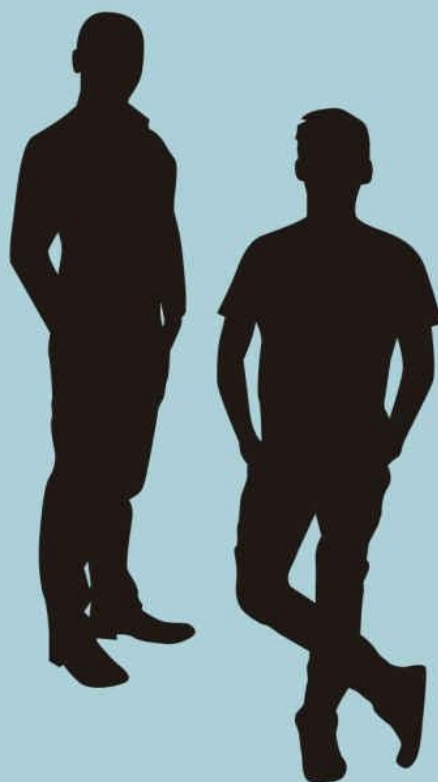


Te
Regala
una
Sonrisa



JOSEFINA FERNANDEZ Lectulandia

“Recordar es fácil para el que tiene memoria, olvidarse es difícil para quien tiene corazón.” – Gabriel García Márquez

Te regalo una sonrisa

El encuentro

Esa tarde ella cogió el metro, en lugar del autobús, como solía hacer habitualmente.

No sabía por qué razón lo hizo, pero agradecería de por vida, al destino, a Dios, al universo o a los astros que se alinearan esa tarde, para que tropezase en la escalera, y ese vigilante de seguridad la ayudara a levantarse.

Miguel la observaba desde lejos, y le llamó la atención esa forma tan femenina de moverse, contorneando su cintura de avispa, y pisando fuerte con esos zapatos rojos de tacón.

María llevaba las manos ocupadas, con una bolsa en cada mano. Bajó las escaleras con bastante prisa, había oído que el metro estaba llegando y no quería perderlo; iba con el tiempo justo para llegar a casa de su hermana Lidia.

Un mal paso en el último escalón, la hizo tropezar, con la mala suerte de caer de lado sobre la escalera mecánica, que seguía en movimiento; se golpeó la pierna derecha, y el roce con la escalera, la hizo una herida bastante grande en el muslo y en el brazo con el que se había apoyado. El pantalón blanco, se le había roto tras la caída.

Inmediatamente Miguel salió corriendo a levantarla; fue en ese momento, cuando se cruzaron por primera vez sus miradas y algo especial sucedió en ese encuentro.

Ella dejó de sentir por un momento el dolor que tenía en la pierna, y el roce de su mano y su fuerza al cogerla, la hizo estremecerse de un modo que ni ella misma, fue capaz de explicarle meses después, cuando con ilusión recordaban ese momento.

Miguel se quedó impactado con sus ojos negros y la fuerza tan intensa de su mirada. Mirada que le puso muy nervioso, y le hizo temblar como un niño. Una emoción que no había sentido nunca con otra mujer.

Preocupado por la sangre que asomaba por encima de su rodilla, la pidió que le acompañara a la oficina que había en el andén de la estación, para pedir un botiquín a su compañero y limpiarla la herida del muslo, que cada vez sangraba más.

María empezó a sentir un dolor muy fuerte en la rodilla, y apenas podía

andar; Miguel no se lo pensó ni un momento, y la cogió en brazos hasta llevarla a la oficina. En ese momento se sintió la protagonista de Oficial y Caballero, y la pareció el más romántico que había vivido con un hombre, a pesar del dolor que tenía.

Con mucha delicadeza y suavidad, Miguel le curaba la herida, separándole el roto del pantalón del muslo, para evitar hacerle daño. Ella le miraba embobada, sintiendo una fuerte atracción, no solo por su físico, que era evidente, sino por su forma de tratarla.

- Bueno, ¡pues ya estás curada!, ¿Qué tal te encuentras? – preguntó él.
- Bien, mejor, me asusté pensando que me había podido romper algo, pero creo que puedo mover las piernas sin problema, solo me escuece la herida. Muchísimas gracias – dijo María con agradecimiento y algo tímida.
- ¿Necesitas que te lleve a algún sitio?, le puedo pedir a mi compañero que se quede fuera durante un rato, sin problema – dijo él muy caballeroso.
- No, no te preocupes, ¡solo faltaba!, estás trabajando y no quiero molestarte más de lo que ya te he molestado.
- ¡De eso nada! estás equivocada, para mí no ha sido molestia, todo lo contrario – dijo Miguel con picardía.
- Gracias, pero ya me cojo un taxi y si veo que estoy peor, me acercaré al hospital.
- No, no puedo consentir que te cojas un taxi, te llevo a casa o al hospital, ¡tú decides! – dijo Miguel muy seguro de sí mismo.
- Bueno, vale, si te empeñas, prefiero ir a casa.

Miguel se fue a por el coche, mientras María le esperaba en la boca del metro. Él no podía permitir que ella anduviera ni un solo paso, tal y como estaba. La recogió a los cinco minutos y al preguntarla la dirección, se sorprendió por el nombre de la calle; él había vivido su infancia en el mismo barrio, y conocía a mucha gente de allí.

Bajaron del coche, y cuando María apoyó la pierna en el suelo, hizo un gesto de dolor, que Miguel enseguida observó. Sin dudarlo ni un segundo, la volvió a coger en brazos, y la llevó hacia el portal.

- ¡No por favor, qué peso mucho! – dijo María coqueteando.
- Anda, si eres un pajarito, no pesas nada – le contestó Miguel guiñándola un ojo.

Otra vez, se repetía la escena y ella estaba encantada de sentirle tan cerca. Al cruzarse con sus vecinos, se sintió un poco ridícula, y le entró un poco de vergüenza, ya que no quería dar demasiadas explicaciones; pero a la vez se sentía orgullosa de que su Richard Gere la estuviera llevando en volandas.

- Por cierto, llevamos una hora juntos y aún no sé cómo te llamas – dijo Miguel con curiosidad.
- María, y ¿tú?
- Yo Miguel, bueno Miguel Angel, pero nadie me llama así, solo mi madre.
- Encantada – le contestó María sonriendo.
- Igualmente.
- ¡Cuídate esa pierna! – dijo él con pena de marcharse.
- Muchas gracias por todo, ¡te debo un café!
- ¡Te tomo la palabra!, me encantaría volver a verte – dijo él con iniciativa.

María entró en casa con una cara diferente; era una sensación extraña, que por unos segundos la hizo olvidarse de la caída y de la hinchazón que tenía en la pierna. Una vez que regresó de Babia..., se sentó en el sofá y se puso hielo durante un rato para ver si bajaba.

En una hora, ya tenía mejor la pierna, y llamó a su hermana Lidia para contarla lo que le había pasado, y el por qué no había llegado a tiempo a acompañarla al ginecólogo.

Dos semanas después, María no dejaba de pensar en Miguel, y cuando subía al autobús, se lamentaba de no cambiar de medio de transporte. Ese hombre le había hecho sentir algo que ni ella misma entendía; todos los días se levantaba y se acostaba pensando en sus ojos verdes.

Se sentía en deuda con él, y pensó en comprarle un detalle como agradecimiento; era la excusa perfecta para volver a verle. Tras salir del trabajo, entró en el centro comercial, y se acercó a una tienda en la que había visto regalos

originales.

Le llamó la atención un llavero plateado con una cara sonriente, y en la parte trasera aparecía grabado: “Gracias”. No dudó ni un segundo en comprarlo, le pareció el regalo perfecto y tenía una ilusión tremenda por dárselo.

El llavero

A la mañana siguiente, en lugar de coger el autobús, se dirigió a la estación de metro. Al pasar la tarjeta por el tornó, su corazón empezó a latir con más fuerza, y el sudor de sus manos, era síntoma inequívoco de que sus nervios comenzaban a aflorar.

A pesar de lo emocionaba que estaba, puso el pie con mucho cuidado en la escalera eléctrica; al sentir el movimiento, recordó su caída, y miró hacia abajo con prudencia, agarrándose fuertemente a la barra. Quiso hacerlo con decisión, ya que se negaba a tener ningún trauma ni tampoco miedo a las escaleras, que tantas veces había subido y bajado, sin problema.

Según se iba acercando al andén, vio lo concurrido que estaba de gente, y prefirió esperar a que se despejara con la llegada del tren. El andén era muy estrecho y esa estación siempre estaba llena; además era hora punta, y al parecer había habido algunos retrasos, durante esos días.

A los dos minutos llegó el tren, y el andén se quedó prácticamente vacío; tan solo se divisaba a un chico alto, moreno y muy atractivo, que se acercaba hacia ella con cara de asombro.

- Pero bueno, qué sorpresa, ¿qué tal estás?, ¿cómo va esa pierna? – le preguntó acercándose a ella y dándole dos besos, con efusividad.

- ¡Muy bien, gracias!, la pierna perfecta, ya apenas me duele.

Antes de que él siguiera preguntando, y evitando que los nervios le jugaran una mala pasada; ya que empezaba sentir que las palabras no le salían en concordancia a lo que había pensado..., quiso ir directamente al grano, y así soltarlo cuanto antes.

- Quería darte las gracias por lo del otro día, y te he comprado este pequeño detallito – dijo tímidamente y mirando hacia abajo.

- ¡Pero qué dices!, no era necesario, lo hice con mucho gusto, y además si ha servido para volver a verte, ¡estoy más que compensado!

- ¡Muchas gracias! – dijo Miguel muy halagado, mientras abría el papel de regalo.

Sonrió al ver el llavero; su cara era un claro reflejo de que le había encantado y no se esperaba para nada ese detalle.

- ¡Me gusta!, hoy mismo lo cambiaré para las llaves de casa – exclamó con entusiasmo.

María por su parte, estaba muy satisfecha al ver su reacción, y se empezó a sentir un poco más relajada.

La química entre ellos era evidente, y esa intensidad de miradas, dejaban en segundo lugar a las palabras; Ese fuego que desprendían sus ojos, iba avivándose poco a poco, sin nada que ya lo pudiera frenar; Era imposible romper la magia de ese momento.

Su compañero Rafa, llegó de repente, y con brusquedad hizo volver a la realidad a la pareja perdida y ensimismada en sus pensamientos.

- ¡Miguel, por favor, sube rápido!, tenemos un robo con violencia, te necesitamos – gritó Rafa desde la escalera.

Miguel se disculpó ante María, y le acarició el hombro.

- Muchas gracias guapísima, ¡nos vemos! – le dijo antes de marcharse.

María le hizo un gesto con la mano de “no te preocupes”, y se marchó caminando hacia la otra escalera para salir del metro.

Llegó a casa muy ilusionada. Los ojos verdes de ese hombre se le habían grabado en su retina, y por primera vez en su vida, creyó en el flechazo, algo de lo que siempre se reía y en lo que no creía, para nada, cuando le contaban sus amigas.

Al día siguiente se levantó muy temprano, para ir a trabajar.

Tenía un despertar horrible, y durante los primeros minutos, era mejor no cruzarse con ella por el pasillo. Desde pequeña había sido así, y su familia bromeaba bastante con ese tema. Su hermana Lidia la llamaba Mary Jekyll y Mary Hyde, por su cambio de humor mañanero; no aguantaba ni un “buenos días” al levantarse.

Trabajaba como responsable de marketing en una agencia de publicidad bastante importante. Llevaba solo dos años, pero se sentía muy a gusto con su equipo. Había un ambiente envidiable en la oficina; Eran diez personas, con una media de

edad muy joven.

Su sede principal se encontraba en Dinamarca, donde solían tener reuniones de equipo una o dos veces al año. Muchas empresas, a escala mundial, contaban con sus servicios por lo que no les faltaba el trabajo. Actualmente estaban colaborando en un proyecto muy interesante con una firma de cosmética.

Por las tardes, compaginaba su trabajo con las clases de canto.

Desde muy pequeña, su madre la inculcó la pasión por la música. Elvira era soprano y durante años, estuvo protagonizando óperas muy renombradas y llenando teatros a nivel nacional.

María, se decidió por la canción más melódica. Para perfeccionar su voz, y siguiendo los consejos de su madre, se apuntó a clases de canto, dos días a la semana. Sin duda, las clases estaban dando su fruto, y su calidad vocal como solista, estaba mejorando, a pasos agigantados, día tras día.

Miguel llegó agotado a casa esa noche. Había sido un día muy complicado en el trabajo y últimamente estaba echando más horas de lo normal. Pero a pesar del cansancio, lo primero que le vino al pensamiento, fueron los ojos negros de María, y ese aliciente le hizo compensar el duro día de trabajo.

El recibimiento de su perrita Niebla, le hizo sonreír; la cogió en brazos, la acarició y jugó con ella durante un rato.

Inmediatamente recordó que había dejado guardado el llavero en el bolsillo de la camisa y fue a buscarlo; quería contemplarlo con más detenimiento. Al mirarlo se transportó a otra dimensión; sintió un estremecimiento, y unas ganas locas de volver a ver a esa mujer.

No se consideraba un hombre romántico, y tampoco creía demasiado en el amor para toda la vida; pero esta vez era diferente; María le había hecho sentir algo nuevo y desconocido.

Elena había sido su gran amor, ese amor de adolescencia que tanto le había marcado en su vida. Tuvieron una relación tormentosa, ya que no eran nada compatibles, pero él siempre perdonaba cada uno de sus enfados, sus malas formas, y sus celos enfermizos.

Después de tres años, se dio cuenta de que esa relación tóxica les estaba haciendo muchísimo daño mutuamente. Apenas tenían intereses comunes, y se pasaban semanas discutiendo y sin hablarse; ambos sabían que aquello no funcionaba. Finalmente, Miguel decidió dar el paso de romper la relación, con todo el dolor de su corazón, porque aún en ese momento, seguía teniendo sentimientos hacia ella.

Con el llavero en la mano, se quedó pensativo, y María volvió a entrar en sus pensamientos. Esa mujer, sin duda le había hechizado. Se arrepintió de perder una oportunidad de oro, al no haberla pedido el número de teléfono.

Hacía muchísimo calor, y decidió darse una ducha, ponerse cómodo, preparar la cena y ver su serie favorita, “Juego de tronos”.

Enseguida, vino Niebla a reclamar su sesión nocturna de mimos, y mientras la acariciaba, se quedó absorto pensando en esos ojos negros y buscando la manera de ver de nuevo a esa mujer.

A la mañana siguiente, tenía muy claro que quería encontrarla; Pensó en esperarla en el portal de su casa, el tiempo que hiciera falta, aunque tuviera que quedarse haciendo guardia todo el día, como si de un paparazzi se tratara, a las puertas de la casa de la famosa de moda.

Era sábado, y decidió no madrugar demasiado, aunque tampoco quería que le pillara el calor sofocante de agosto. Se puso el chándal y como de costumbre, salió a correr por el lago que tenía cerca de su casa.

Regresó una hora más tarde, se dio una ducha, se vistió con una camiseta blanca, que le marcaba sus pectorales, un vaquero clarito, y unas deportivas blancas.

Cogió el coche, y trató de recordar la dirección exacta por la que días antes había pasado. Hacía tiempo que no volvía por esa zona, pero la conocía perfectamente, al haber vivido durante años muy cerca de allí.

Encontró un sitio para aparcar, muy cerca, desde donde podía observar a través del espejo retrovisor interior, y sin salir del coche, si ella entraba o salía del edificio. La suerte, sin duda estaba de su lado, y cuando llevaba menos de media hora allí sentado, escuchando música, vio como María salía del portal.

Sin pensárselo dos veces, salió del coche con decisión, y en dirección opuesta a la que iba ella caminando, simuló un encuentro casual, como si el destino lo hubiera lanzado del espacio justamente ahí.

María se quedó muy sorprendida al verle, y sonrió como si de una quinceañera se tratara, y viera al guapo de la clase esperándola, en la puerta de su casa, para llevarla al baile.

- Pero ¿qué haces aquí?, ¿vives en este barrio? – dijo María muy sorprendida.

- No, pero ya te dije, que conocía muy bien esta zona, me trae muy buenos recuerdos de mi infancia – contestó con una gran sonrisa, tratando de dar naturalidad al reencuentro.

Miguel, ya no tenía más bazas que jugar en esta partida, y decidió ser sincero y decirle la verdad, aunque verla le hizo ponerse bastante nervioso.

- Tenía muchas ganas de volver a verte, y era la única forma que se me ocurrió.
- No fui muy hábil el otro día y no te pedí el teléfono, ¡ya sabes, así somos los hombres, que nos cuesta hacer dos cosas a la vez! – dijo en tono divertido, provocando la sonrisa de María.

Ella estaba tan alucinada, que no sabía ni que contestar a ese pedazo de declaración de intenciones que estaba viviendo en primera persona.

- No sé qué decirte, ¡me he quedado loca, no te esperaba! y de verdad que ha sido una sorpresa súper agradable. Esa camiseta te sienta muy bien, ¡estás muy guapo! – dijo María mirándole fijamente a los ojos y sonriendo.
- Espero que no seas un asesino en serie, y me estés espiando por las noches – siguió ella con tono de humor.

Miguel rio a carcajadas con el comentario.

- No, que va, ¡no te preocupes!, me acabo de fugar del manicomio, y he dejado en el coche la camisa de fuerza, pero no tengo peligro alguno, quédate tranquila – contestó él muy divertido.

María, no paraba de reírse y se dio cuenta de lo mucho que le gustaba ese hombre. Volvió a sentir un cosquilleo en el estómago, tal y como lo había sentido el día que le curó la herida de la pierna. No podía creer que se volvieran a reencontrar y que él tuviera ese interés recíproco por ella. Estaba muy ilusionada.

- Perdona, si te he interrumpido, lo mismo tienes prisa porque vas a algún sitio – dijo él con curiosidad.
- No pasa nada, iba a casa de mi hermana, que llevo días sin verla, pero puedo llegar un poco más tarde, no hay problema.
- ¿Te apetece tomar un café? – preguntó Miguel.
- ¡Sí, claro, te invito yo, que estás en mi barrio! – dijo ella muy entusiasta.

Entraron en una pastelería cercana, y se sentaron en una mesa que había libre en el rincón.

Su conexión era enorme. Estuvieron hablando de todo durante horas, y no se

cansaban de reír. Era como si el tiempo se hubiera detenido y no les importara nada ni nadie. Estaban tan a gusto, que ninguno de los dos miró el reloj, y tampoco tuvieron curiosidad de mirar el móvil.

Él aprovechó para sacar del bolsillo el llavero, donde había guardado las llaves de casa, y se lo enseñó muy orgulloso; estaba encantado, lo usaba todos los días. Quería demostrarla que para él ese regalo era muy especial; cada vez que miraba esa sonrisa, se acordaba de ella.

Se miraron fijamente a los ojos, y sus manos encima de la mesa, intuían un acercamiento inevitable, que estaba a punto de producirse.

Miguel estaba eufórico, y la miraba con mucha atracción. La veía tan guapa, radiante con ese corte de pelo tan moderno, con tanta vida en su mirada, tan femenina, con tanto sentido del humor, y una personalidad arrolladora, que si antes le había hechizado, ahora le tenía loco, pero de amor; Esa mujer le estaba conquistando a la velocidad del rayo.

María sintió que la miraba con deseo, y eso la hizo sentirse un poco nerviosa. De hecho, comenzó a hablar sin parar, y sin dejarle meter baza durante cinco minutos. Eran síntomas muy claros, de que ya estaba cayendo en las redes de ese hombre, que la estaba seduciendo y llevando a su terreno. Le veía guapísimo, divertido, con mucho carisma; conocerle un poco más, fue lo que terminó de convencerla claramente, que ese moreno, estaba destinado para ella.

Una voz interrumpió ese bonito momento, y enseguida volvieron a tierra firme.

- Perdonad, pero vamos a cerrar ya – dijo la camarera del local.

Se miraron, y sonriendo, la pidieron la cuenta. Miraron hacia los lados, y observaron que solo quedaban ellos en la pastelería, ya estaban fregando el suelo y tenían todo recogido.

Eran las tres de la tarde cuando salieron allí; se les había hecho cortísimo el tiempo; María, se sorprendió al mirar la hora en el móvil, y ver cinco llamadas perdidas de su hermana.

Se echó las manos a la cabeza, y resopló con fuerza, sintiéndose fatal por no haberla avisado antes. Seguro que ella y su cuñado, la esperaban para comer.

- Bueno, después de contarnos nuestra vida, es hora de darnos el teléfono, ¿no crees? – dijo Miguel, con muchísimo interés.

- ¡Sí, claro que sí!, mira, toma nota – dijo María mientras le cantaba los números.

- Espera que te hago una perdida, por si me has engañado y me

das un número falso.

María se rio y vio su número en la pantalla del móvil.

- Ok, ¡guardado en el grupo de especiales! – dijo ella con picardía.

Miguel lo estaba deseando desde hacía bastante rato, y acercándose con delicadeza, se puso frente a ella, la cogió de la cintura, le atrajo hacia él, y sin pensárselo dos veces, la besó en los labios.

María sintió un escalofrío tremendo, y le devolvió el beso, con mucho deseo, sorprendiéndole y provocando que el acercamiento de los cuerpos fuera más intenso. En cada pausa, se miraban con ganas de querer mucho más, con ansías de tocarse y de sentirse el uno al otro.

- ¿Te apetece venir a casa? – dijo ella muy atrevida.

- ¿Estás segura? – preguntó él muy excitado.

- Sí, claro que sí – le contestó mordiéndole los labios con deseo.

Esa tarde disfrutaron de una compenetración absoluta, de dos cuerpos, que aunque desconocidos, se entendían a la perfección, dejándose llevar por una pasión incontrolada.

Desde ese día, comenzaron su relación de pareja.

Se entendían a las mil maravillas, no les faltaba comunicación, se reían muchísimo juntos, y compartían intereses en común, aunque también tenían gustos muy diferentes.

La Toscana

Viajar era algo que a ambos les apasionaba; María había estado viendo en un catálogo, un destino que le apetecía muchísimo conocer desde hacía años, y le propuso a Miguel, hacerlo en el mes de junio. Tuvieron alguna dificultad para cuadrar los días, a él, solo le podían dar vacaciones en Agosto; pero finalmente, pudo cambiar esos días con un compañero, y muy ilusionados, se embarcaron en un tour de ocho días, por la toscana italiana.

María estaba eufórica con este viaje; deseaba tanto conocer Venecia, Florencia y Roma, que la espera se le hizo interminable.

En el aeropuerto no paraban de besarse y demostrar su amor en público, en cada uno de los rincones. Estaban muy ilusionados por hacer este primer viaje, juntos, y el itinerario del programa les encantaba, visitarían bastantes ciudades emblemáticas, llenas de historia, y lugares increíbles con mucho encanto.

Comenzaron el tour por la ciudad de Venecia.

Desde que llegaron, no pudieron dejar de admirar el encanto tan especial que tenía esa ciudad y el romanticismo que se respiraba en cada rincón de las estrechas calles, por las que pasaban, sus canales, sus palacios, sus plazas, todo era indescriptible.

María estaba fascinada mirando a todos lados, sin poder parar de hacer fotos y sin soltar la mano de Miguel, a quien sonreía sintiendo la magia que les envolvía paseando por la ciudad.

El grupo no era muy grande, y habían congeniado muy bien con una pareja gaditana, que les amenizaron el viaje con su gracia andaluza. El paseo por góndola era más que obligado, y decidieron hacerlo con esta pareja, ya que estaban juntos en ese momento.

Recorrieron el gran canal, abrazados y dejándose envolver por la voz prodigiosa del gondolero que les regalaba un “Nessum Dorma” que dejó a María sin aliento, y la hizo soltar un par de lágrimas de emoción. Fue un momento muy especial para ella, y la hizo reafirmarse más en su amor por la música.

Bajaron de la góndola, todos muy impresionados por lo bonito que había sido el recorrido. María y Miguel, se despidieron de la pareja gaditana, y decidieron continuar su recorrido, a solas. Entraron en la basílica de San Marcos, y se quedaron impresionados por sus bóvedas, por los mosaicos, por la imponente fachada. Les encantó.

Luego se dirigieron hacia el puente Rialto. Habían leído que era el más antiguo de los cuatro puentes que cruzaba el Gran canal de Venecia, y se sorprendieron por la cantidad de candados que había puestos en el puente. Miguel había comprado un candado, justamente un día antes de salir de viaje, y quiso sorprenderla.

Se hicieron un selfie desde el puente, y una pareja del grupo, que les había visto, se ofreció a hacerles una foto, juntos. Miguel le hizo un gesto con la mano, para que esperase un momento, y aprovechó ese instante para sacar el candado del bolsillo, bajo la mirada atónita de María que no podía cerrar la boca por la sorpresa.

Lo colocó en un rinconcito del puente. Miguel miró fijamente a María, y le señaló algo que había escrito en el mismo, antes de cerrar con la llave y tirarla al río.

- Te amo princesa, nunca lo olvides.

Las lágrimas de María brotaron sin cesar, y le besó con ternura mientras miraba el candado. La chica de la pareja que iba con ellos en el grupo, y que aguardaba con su móvil en la mano, aprovechó ese bonito momento para hacerles la foto, suspirando por lo romántica que le había parecido la escena.

Miguel sonreía porque siempre había pensado que eso de poner candados en un puente era una auténtica chorrada, y no entendía a las parejas cuando las veía por la tele, o en alguna película. No se consideraba demasiado romántico, y cuando se vio escribiendo el texto en el candado, entendió que efectivamente, aquello tenía un significado muy importante y el candado pasaba a segundo plano.

En el autobús todos hablaban de lo que les había impresionado la ciudad, y del bonito día que les había hecho.

Continuaron hacia Florencia, a la que llegaron por la noche, directamente al hotel, donde cenaron y aprovecharon para pasear un rato por las calles más cercanas, y ver el ambiente nocturno de la ciudad.

Al día siguiente la recorrerían con la guía, Francesca, una joven milanesa de veinticinco años, apasionada de la historia del arte; tenía un carácter muy extrovertido, y había conectado muy bien con todo el grupo. Hablaba perfectamente español y también aprovechaba a enseñarles palabras en italiano durante el recorrido en autobús.

Florencia les pareció majestuosa. Se quedaron maravillados al entrar en la catedral. Era una belleza muy difícil de describir, les dejó con la boca abierta durante un largo rato. Miraron hacia la cúpula y se quedaron sin aliento. No podían imaginarse en la vida, que hubiera tanto arte junto y algo tan increíblemente bello.

La puerta del paraíso en el Baptisterio, les dejó impresionados.

Más tarde, fueron a visitar la Galería de la Academia, donde se encontraba una de las esculturas más importantes del mundo, El David de Miguel Ángel.

Cuando vieron la espectacular obra de arte, de más de cinco metros de alto, se quedaron sin habla.

- ¡Qué belleza, qué obra maestra, qué impresionante! – decía Miguel sin salir de su asombro.

Estuvieron sentados durante un rato, observando la maravilla que tenían ante sus ojos, cruzando sus miradas perplejas por tan grandiosa escultura.

Después estuvieron paseando por el Ponte Vecchio, un puente medieval precioso, con sus casas colgantes, y sus candados colgados, hecho que hizo sonreír a María, recordando el que habían dejado en Venecia el día anterior. En ese momento sintió un deseo tremendo de besar a Miguel. Él le correspondió con otro beso aún más largo.

Al día siguiente continuaron su recorrido hacia Pisa. Les sorprendió ver tan cerca esa inclinación de la torre, era muy curiosa. Estaba rodeada de un parque muy bonito, con un jardín verde y bien cuidado.

La pareja gaditana les animó a hacerse una sesión de fotos con ellos, haciendo que sujetaban la torre; era la foto obligada, que no podían dejar de hacer allí. Decidieron subir a la torre, y después de los trescientos escalones, María ya no podía ni respirar, y mucho menos hablar. Había hecho varias paradas técnicas junto con Rosa, la chica gaditana, y los chicos se adelantaron a ellas. Estaban más en forma, y se notaba que ambos hacían bastante deporte.

Después de comer, siguieron su ruta hacia San Gimignano.

Los paisajes eran preciosos, lugares rodeados de viñedos, de colinas, cipreses y una mezcla de colores que envolvía cada rincón de la toscana.

El pueblo de San Gimignano les encantó. Un pueblecito medieval precioso, en la colina, con las calles empedradas, sus torres tan altas y un encanto inigualable. Les hizo sentir como si estuvieran en otro siglo y el tiempo se hubiera parado de repente.

Ese día hacía muchísimo calor, y no tuvieron mejor excusa que entrar en la Gelatería Dondoli, que según les había indicado Francesca, tenía los mejores helados artesanos del mundo.

Con mucha expectación, entraron en la heladería, y se sorprendieron al ver tanta variedad de helados diferentes. Todos tenían una pinta estupenda y les costó bastante decidirse. Finalmente, María no se pudo resistir al de chocolate, y Miguel se decidió por el de pistacho.

María pidió a la pareja gaditana que les hiciera una foto con los helados, y Rosa, no dudó en encontrar el mejor marco, con las vistas más espectaculares del pueblo, para hacerles una bonita foto.

Miguel estaba feliz; justo cuando Rosa les decía con mucha gracia, “patata”, cogió la mano de María y le impregnó el pico del helado en la nariz con un gesto muy cariñoso. Lo que le sorprendió es que María había pensado exactamente lo mismo, y la foto quedó muy divertida.

Esa noche cenaron los cuatro juntos, y durmieron en un hotel precioso de San Gimignano.

Al día siguiente, siguieron su camino hacia Siena.

Al llegar a la Piazza del Campo se quedaron sorprendidos por la dimensión de la plaza y lo bonita que era. Había muchísimo ambiente, y mientras Francesca les contaba la historia de la ciudad, ellos aprovecharon para sentarse en el suelo y admirar todas las casas medievales que la rodeaban.

Luego visitaron la catedral. Su fachada era imponente; su estilo gótico, y las columnas de mármol blanco y verde oscuro, que representaban los colores de la

ciudad, les llamaron mucho la atención.

Aprovecharon a comprarse un dulce típico de la ciudad, que era el Panforte, con miel, almendras y frutos secos. A María le gustó muchísimo y compraron varios, para traer a su familia.

Por la tarde emprendieron camino hacia Roma. Ese trayecto fue bastante largo, así que aprovecharon a dormir un poco en el autobús.

Roma les pareció preciosa. Llegaron a la Fontana di Trevi y después de admirar su belleza, no dudaron en tirar la moneda hacia atrás, pidiendo un deseo en silencio. Ambos se miraron y sonrieron muy cómplices.

Cuando entraron en la basílica de San Pedro, se impresionaron de su magnitud y de lo increíblemente hermosa que era.

No tenían palabras para describir todo lo que estaban viendo. Estaban muy felices.

En Roma se quedaron varios días, aprovechando a visitar todos los lugares más emblemáticos de la ciudad. Cada rincón era historia, y en cualquier sitio por el que paseaban, había algo que les causaba admiración. El coliseo romano, el foro, el monumento a Víctor Manuel II. No se dejaron nada sin ver, y disfrutaron al máximo de la ciudad. María estaba pletórica.

La última noche, decidieron ir a cenar a una trattoria que les había recomendado la guía, a orillas del río Tíber. Salieron encantados del sitio, y no recordaban haber comido un plato de pasta más delicioso en su vida.

Ya de regreso en el aeropuerto, se miraban con cara de pena; se había acabado lo bueno, y se les había hecho cortísimo el viaje; todo había salido mucho mejor de lo que esperaban, y sin duda la Toscana, había sido una muy buena elección.

- Me ha encantado compartir este viaje contigo, Gracias por hacerme tan feliz – dijo Miguel con mucho sentimiento.

- A mí también cariño, Gracias por aguantar mi mal humor mañanero, y por ser tan maravilloso, Te quiero – dijo María acariciando su cara.

Al día siguiente, ya de vuelta a la realidad, ambos volvieron al trabajo y a sus quehaceres diarios.

María siguió con sus clases de canto, y en poco tiempo, comenzaron a llamarla de algunas salas de fiestas, para actuaciones esporádicas. Era algo que compaginaba bastante bien con su trabajo en la agencia, ya que no le quitaba

demasiado tiempo.

Estaba emocionada, y feliz por hacer realidad su sueño de cantar para un público selecto, que valoraba su música; recibir esos aplausos, era el mayor regalo que la vida le había ofrecido, después de Miguel.

Poco a poco se fue haciendo más conocida en distintas salas de fiesta, y los fines de semana, se rifaban por ella.

Aunque estaba bastante cansada, quería aprovechar ese momento, ya que estaba muy feliz cumpliendo su sueño. Su madre estaba muy orgullosa de ella.

La sala estaba completamente llena, y las luces iluminaban un escenario espectacular.

Los músicos preparaban sus instrumentos, y los limpiaban con mucho mimo antes de la actuación. El público estaba expectante y había pagado su entrada con la ilusión de disfrutar de un espectáculo en vivo y en directo, con un elenco de jóvenes promesas de la canción melódica, que sin duda ya se habían ganado un hueco importante en el mundo de la música.

El maestro de ceremonias, subió al escenario y con mucho entusiasmo, hizo la presentación de la primera artista de la noche. Tras los aplausos que muy generosamente le brindó el público, apareció una mujer elegante y con aspecto muy juvenil, que con mucha seguridad, se acercó al micrófono, saludó mirando al frente con una sonrisa preciosa, y comenzó a cantar en un perfecto francés, *“la vie en rose”*.

Tras su flamante actuación, María hizo una reverencia emocionada, contenta de ver al público en pie, aplaudiéndola con fuerza y con vítores que se repetían una y otra vez.

Con lágrimas en los ojos, muy emocionada, se despidió y se metió en el camerino, orgullosa de su actuación. Allí la esperaba Miguel, que con un sentimiento de locura y admiración, la cogió en brazos y la besó.

- ¡Has estado genial cariño! – dijo Miguel con orgullo.
- Estaba muy nerviosa, pero lo he disfrutado tanto, que ha sido una experiencia inolvidable – dijo María, muy satisfecha.

El accidente

Salieron del local, y era tal la felicidad que ambos tenían, que decidieron irse a cenar a su restaurante italiano favorito, para celebrarlo. María ya estaba más

relajada, y le apetecía compartir el mayor tiempo posible con el amor de su vida.

Era una noche de verano con una brisa muy agradable, por lo que caminaron hasta el restaurante cogidos de la mano, y sin soltarse ni un solo segundo.

Llevaban un año juntos, y se compenetraban a la perfección, parecía como si se conociesen de más tiempo. Les encantaba recordar la forma tan peculiar que habían tenido de conocerse y todavía les costaba creer que el destino fuera tan sorprendente.

Al cabo de dos horas, y tras haber disfrutado de una cena estupenda, salieron del restaurante, y se dirigieron hacia el parking subterráneo donde Miguel había aparcado el coche.

Se pararon en un paso de cebra, esperaron hasta que se puso el muñequito en verde, y comenzaron a cruzar.

En ese momento, un coche a toda velocidad, se saltó el semáforo en rojo, arrollándoles con mucha fuerza, y lanzándoles hacia la acera, unos metros de distancia.

Se escucharon gritos alrededor, e inmediatamente curiosos y viandantes que pasaban por allí, asustados por el estruendo del atropello, y tras observar la tremenda escena, cogían sus móviles y llamaban rápidamente al servicio de emergencias.

Los cuerpos inconscientes de Miguel y María, se encontraban tendidos en la acera, perdiendo mucha sangre. El impacto les había golpeado fuertemente la cabeza; la caída, a tanta velocidad, les había causado heridas de gran consideración.

Las personas que se atrevían a acercarse a ellos, se llevaban las manos a la cabeza, al verles que no reaccionaban, incluso con el temor de que pudieran haber fallecido en el acto.

A los cinco minutos apareció un coche de policía, y un minuto después, llegó el Samur.

Los trasladaron rápidamente al hospital más cercano.

Cuando entraron en urgencias los médicos, temieron lo peor. Sus constantes vitales eran muy bajas, y el traumatismo craneoencefálico que habían sufrido ambos, era muy grave. Estaban en estado crítico.

María, se había llevado la peor parte, según indicaba el médico que le hizo la primera exploración en la ambulancia.

Los padres de Miguel llegaron inmediatamente, y un rato después llegaron Jaime y Elvira, los padres de María, con un gesto muy angustiado, y con lágrimas en

los ojos.

Siguiendo las indicaciones de los médicos y enfermeras de la unidad de cuidados intensivos, todos los familiares debían esperar en la sala, hasta que el médico les facilitará la información oportuna, sobre el estado en el que se encontraban Miguel y María.

Los minutos se hacían horas y las horas, días, hasta que finalmente, el jefe de la unidad salió a informar con gesto muy serio y de preocupación.

Se acercó a los familiares y con bastante claridad, les dijo:

- Lamento mucho no darles muy buenas noticias, pero el estado de sus hijos es muy crítico, especialmente el de María Vega. Ella ha sufrido un traumatismo severo que le ha provocado un daño cerebral muy grave, y en estos momentos se está realizando una intervención de urgencia.

La madre de María, al escuchar esta noticia, sufrió un ataque de ansiedad y se desvaneció en medio del pasillo. Enseguida fue atendida por una enfermera que la llevó a otra sala contigua.

Los padres de Miguel, por el contrario, se mantenían con bastante entereza y abrazados en todo momento, aguardaban cualquier novedad por parte del equipo médico.

Transcurrieron tres horas, y la puerta del quirófano se abrió de nuevo.

El doctor Velasco, quién había sido el portavoz médico anterior, se dirigió nuevamente hacia los familiares y esta vez quiso informar directamente a los padres de Miguel.

- Su hijo se encuentra fuera de peligro. Sus constantes vitales ya son normales, y su evolución es favorable.

Beatriz se abrazó llorando desconsolada a su marido, y dando gracias a Dios por la mejoría de su hijo. Era un momento que jamás hubiera querido vivir; la angustia de saber que la persona que más quieres en el mundo, se debate entre la vida y la muerte, no era fácil de asimilar para unos padres.

A pesar de ello, no dejaban de mirar con atención a la madre de María, que se encontraba ausente en sus pensamientos y con la mirada perdida.

El doctor se acercó a ella, y con bastante humanidad, la cogió de las manos, tratando de ser lo más delicado y prudente que pudo.

- Señora, sé que este momento es muy duro, pero debe ser fuerte para afrontarlo.
Su hija se encuentra muy grave, y en estado de coma. La operación

ha sido un éxito, pero el traumatismo ha sido muy severo y ha causado lesiones importantes en su cerebro. Por el momento, debemos esperar a su evolución en las próximas horas.

Elvira respiró profundamente, y muy aturdida, agradeció las palabras sinceras del doctor Velasco; aunque no eran buenas noticias, necesitaba tener fe en su recuperación, y sabía que en ese momento su hija, solo debía recibir la energía más positiva que una madre desesperada, pero luchadora, podía enviarla. No era momento de perder la esperanza, sino todo lo contrario, era el momento de creer que todo saldría bien.

Las dos madres, unidas por el mismo dolor, se abrazaron llorando, dándose todo su apoyo. No se habían conocido hasta ahora, y se lamentaban de que la vida las hubiera juntado en una situación tan complicada, y sin la presencia de sus hijos; aunque conocían perfectamente la relación que ambos tenían desde hacía tiempo, y lo mucho que se querían.

Después de cinco largas horas, el doctor Velasco pidió a los familiares que se marcharan a casa, por el momento, no podían ver a sus hijos, hasta el día siguiente, en el que les había citado a una hora concreta. Si hubiera alguna novedad, les mantendrían informados.

Se marcharon del hospital cerca de las seis de la mañana.

Al día siguiente, Elvira y Jaime, que no habían podido dormir ni un solo minuto, llegaron muy cansados, pero con la esperanza de que le pudieran dar buenas noticias sobre el estado de su hija.

Aún no habían llegado Rodrigo y Beatriz, los padres de Miguel, cuando el doctor Velasco apareció por la sala y se acercó a Elvira, con un gesto muy serio.

- Buenos días. Su hija sigue en estado de coma, y es posible que se mantenga así, varios días, incluso semanas. Confiamos que ahora que hemos estabilizado sus constantes vitales y la frecuencia cardíaca está dentro de la normalidad, su evolución, será favorable, pero muy lenta.
- Les pido que tengan entereza, mucha paciencia, y confíen en su recuperación.

Jaime agradeció las palabras del doctor, y abrazó a su mujer con fuerza.

Justo después, el doctor Velasco se acercó a Rodrigo, y les informó de la evolución favorable de su hijo Miguel.

- Su hijo ha pasado buena noche. El traumatismo ha sido leve, ha despertado y se encuentra consciente, aunque bastante mareado.
- Le hemos tenido que dar varios puntos en la frente, pero las pruebas indican que no hay lesión cerebral. No obstante, queremos

tenerle en observación, para descartar cualquier otra posible lesión interna.

Al día siguiente, Miguel ya se encontraba algo más recuperado. Su movilidad había mejorado, y podía mantener una conversación normal con sus padres, aunque se cansaba mucho al hablar.

Su mayor preocupación era María; necesitaba verla, y no paraba de preguntar a sus padres por ella. Pero los médicos, por el momento, desaconsejaban que tuviera emociones fuertes que pudieran interferir en su recuperación.

A los dos días, Miguel ya se podía levantar, y se encontraba mucho mejor.

En su cabeza solo estaba María, no pensaba en nada más. Ya no podía aguantar ni un solo segundo sin ver a la mujer que amaba.

Hasta ahora, nadie le había querido dar detalles de cómo se encontraba; sus padres lo habían evitado, siguiendo instrucciones médicas. Tan solo le contaban sobre ella que estaba estable, pero obviaron decirle toda la verdad sobre su estado.

Miguel intuyó que le ocultaban información.

Ese día, miró a su padre seriamente, y le preguntó.

- Papá, por favor, dime la verdad, ¿ha pasado algo con María?

Rodrigo respiró muy hondo, y se incorporó hacia adelante, para acercarse más a la cama de su hijo.

- Tranquilo hijo, no tenemos muchas noticias de María.

Tragó saliva y decidió ser honesto con Miguel.

- María se encuentra en estado de coma. Ha sufrido un grave traumatismo, pero tenemos mucha fe de que se recupere – dijo Rodrigo con voz apagada, tratando de aliviar la preocupación de su hijo, aunque sabía que era difícil.

Al oírlo, a Miguel le dio un vuelco el corazón, y la tristeza le llenó los ojos de lágrimas. No podía soportar la idea de perderla.

Sin dudarlo ni un segundo, se levantó de la cama, y con paso lento y acompañado por su madre, se dirigió a la habitación de María.

Al llegar, vio que la puerta estaba entornada, y entró muy despacio a la habitación, mientras Beatriz le ayudaba.

Allí se encontró a Elvira, quien con mucha ternura acariciaba la frente de su hija, retirándole el pelo, y susurrando en bajito que se pondría bien muy pronto.

Miguel se quedó impactado al ver a María dormida, postrada en esa cama, completamente inmóvil.

Se acercó a ella, y la tomó las manos besándolas con mucha tristeza. Sus ojos la miraban con dolor, y verla allí, tan indefensa, le rompía el corazón; necesitaba decirle lo mucho que la quería y lo mucho que la echaba de menos.

- Princesa, despierta por favor, no puedo vivir sin verte, te necesito. Eres valiente y luchadora, y sé que saldrás adelante; Te amo, te amo tanto que no soportaría que algo te pasara. Estaré aquí a tu lado siempre, y esperaré que tus ojos preciosos me vuelvan a mirar – susurraba destrozado, y sin poder contener la emoción.

Elvira observaba con atención cuánto amor y sentimiento desprendían aquellas palabras de ese joven que, aunque apenas conocía, sabía que estaba haciendo muy feliz a su hija.

Justo en ese momento, entró el doctor Velasco junto con otros dos doctores de la unidad neurológica, y les pidió que salieran de la habitación, ya que la querían hacer un chequeo.

Ellos obedecieron y se quedaron en la puerta, deseosos de escuchar nuevas y buenas noticias sobre la evolución de María. Eran demasiados días, y nada había cambiado.

A los diez minutos, salieron de la habitación, y el doctor Velasco se acercó a ellos para darle el parte de su estado.

- Bien, hemos realizado varias pruebas, y comprobamos que ha sufrido una ligera mejoría. Ha reaccionado ante varios estímulos, y eso ya es una buena noticia, aunque debemos ser prudentes, en estos casos, puede ser transitorio; hay que esperar a ver cómo evoluciona en las próximas horas.

Miguel abrazó a Elvira y ambos expresaron sentirse un poco más aliviados.

Miguel tuvo que regresar a su habitación, ya que le tenían que hacer varios controles, antes de darle el alta definitivo; alta que se produjo al día siguiente.

Aquella mañana, Elvira, como cada día, se pasaba el tiempo sentada en el sillón, observando a su hija, con la esperanza de ver un simple movimiento, de su mano, de sus pies, de su cabeza, de sus ojos; algo que ansiaba con todas sus fuerzas. Eran las siete de la mañana, y Jaime acudía todos los días a esa hora, para que ella se pudiera ir a casa a descansar; aunque la mayoría de las veces, no quería moverse de allí.

En ese momento se levantó, y dándole un beso a su marido, decidió ir a la

capilla del hospital, para rezar por María. Creía en Dios, pero hacía mucho tiempo que no pisaba una iglesia ni tampoco rezaba. Pero ese día, se arrodilló en el banco, cruzó sus manos, cerró los ojos, y con un dolor tremendo, se inclinó frente a la imagen de Cristo, y pidió con mucha fe la curación de su hija.

Miguel llegó un rato más tarde, y al entrar en la habitación vio a Jaime, con un gesto triste y cansado, cogiendo la mano de su hija, y acariciándola con ternura.

Miguel le saludó, y se acercó por el otro lado de la cama, para darle un beso en la frente a su novia.

Justo en ese momento, María movió la cabeza.

Ambos se miraron con asombro, y quisieron asegurarse de que los dos habían visto ese movimiento de cabeza.

Los ojos vidriosos de Jaime, confirmaron a Miguel, que sí era cierto lo que habían visto.

Inmediatamente llamaron a la enfermera y esta entró con gesto de preocupación para ver qué pasaba. Nerviosos, le explicaron, casi tartamudeando, que había movido la cabeza, y que los dos lo habían visto.

La enfermera comprobó que sus pulsaciones eran más rápidas, y llamó al médico con bastante urgencia.

El doctor Velasco entró en la habitación, y comenzó a hacer preguntas a María.

- María, ¿cómo estás? Por favor, si me escuchas, mueve la mano derecha.

Hubo un silencio sepulcral en la habitación, y solo se oían las respiraciones profundas y nerviosas de Jaime y Miguel.

Pero María no se movió.

El doctor Velasco pidió prudencia, y al ver que el ritmo de su corazón se había acelerado bastante, pidió que la dejaran descansar y que salieran todos de la habitación. Era un momento delicado y necesitaban hacer un nuevo control de estímulos.

- María, sé que me escuchas, y que eres una mujer valiente. Algo me dice que estás deseando volver a abrir los ojos y ver a tu gente que tanto te quiere. Por favor, sé que puedes hacerlo. Hazme saber que quieres volver a cantar y abarrotar las salas de fiesta, como me ha contado tu madre – le dijo el doctor con humor y muy motivado.

Fue entonces cuando María movió el pie derecho, y luego el pie izquierdo.

- Muy bien, ahora trata de mover las manos y la cabeza, despacito.

María hizo los movimientos muy pausados, provocando la sonrisa del doctor Velasco y de la enfermera que le acompañaba.

- Muy bien María, lo estás haciendo muy bien. Ahora me gustaría que pudieras abrir los ojos, aunque sé que esto te costará un poco más. ¡Inténtalo!

María quiso abrirlos, pero no podía, era como si tuviera una losa pesada en ellos, y no tuviera fuerza suficiente.

El doctor Velasco ya estaba más que satisfecho con su notable mejoría y despertar del coma, era algo que no veían tan probable, en tan poco tiempo. Su traumatismo era muy grave, y aunque sabía que sus secuelas iban a ser importantes, verla evolucionando tan favorablemente, les supuso un alivio y una alegría inmensa.

Salió de la habitación y con una tímida sonrisa, se acercó a Jaime y a Miguel, mientras observaba que Elvira venía también por el pasillo.

- Tengo buenas noticias, María ha despertado del coma.

Jaime abrazó con fuerza a Elvira, mientras se desahogaban en llanto, pero esta vez de alegría. Miguel los observaba y se sentó en una silla con las manos en la cabeza, llorando como un niño.

- Les pediría que se fueran a descansar y no estuvieran hoy con ella. Estos momentos son cruciales en la recuperación, y no podemos permitir que cualquier emoción le afecte en su estado. Necesita estar tranquila e ir asimilando poco a poco sus cambios – dijo el doctor.

Lo entendieron perfectamente y aunque les costó mucho dejar el hospital, se marcharon con la ilusión de regresar al día siguiente y encontrarse a su hija despierta y consciente; era lo que más deseaban en el mundo.

No te recuerdo

Los avances de María fueron cada vez más rápidos. Tras marcharse el doctor Velasco, consiguió abrir los ojos. Al ver todo un poco oscuro, la hizo sentir muy confusa. Se encontraba mareada, y no sabía muy bien qué es lo que le había pasado y por qué estaba allí.

Ainhoa, la enfermera que la asistía, la regaló una gran sonrisa y se sentó con

ella en el borde de la cama, para hacerla sentir más segura.

- ¡Tranquila corazón!, estás en el hospital recuperándote de un accidente. Estábamos todos como locos de verte esos ojos tan bonitos, y por fin, ya nos has regalado tu despertar. Has sido una luchadora nata así que ¡felicidades porque estábamos convencidos de que ganarías esta batalla! – dijo Ainhoa con mucha dulzura.

María sonrió y Ainhoa le dio un beso en la cara con mucho cariño. Llevaba dos semanas cuidándola y sintió una felicidad enorme al verla así. Siempre había tenido confianza de que se recuperaría pronto.

- Gracias – dijo María en tono muy bajito y apagado.

Ainhoa se sorprendió tanto que fue a buscar inmediatamente al doctor Velasco. Que en cuestión de horas, un paciente en estado de coma, no solo despierte, tenga movilidad, sino que abra los ojos y además pueda pronunciar palabras tan rápido, era un hecho que no se esperaba y jamás lo había vivido antes.

A los cinco minutos llegaron tres doctores junto al doctor Velasco, y la llevaron a otra sala para hacer las pruebas pertinentes según el protocolo.

Tras los resultados, se dieron cuenta de las lesiones que se habían producido en el hipocampo; esto le había provocado una amnesia retrógrada. Ahora, debían seguir haciendo todas las pruebas necesarias para comprobar el alcance de esas lesiones, y como afectarían a la pérdida de memoria, que lamentablemente, había sido consecuencia de ese traumatismo.

El doctor Velasco, se sentó con ella, y con mucha sutileza y tranquilidad, le empezó a hacer preguntas, para comprobar su estado.

- Y dime María, ¿cómo te encuentras, te duele algo? – preguntó el doctor mientras examinaba sus ojos con una pequeña linterna.
- Sí, mostrando un gesto de dolor.
- ¿Te duele la cabeza?

María asintió con la cabeza moviéndola lentamente de arriba abajo.

- Es normal, recibiste un fuerte impacto, y además hemos tenido que realizar una intervención quirúrgica, tras el accidente.
- ¿Qué accidente? – preguntó María con dificultad al vocalizar.
- Tuviste un accidente, mientras cruzabas un paso de peatones, y un vehículo os arrolló a ti y a tu novio. – dijo el doctor para ponerla en situación.

- ¿Mi novio? Yo no tengo novio – dijo María algo confusa y con más claridad.

El doctor Velasco comenzó a cambiar su posición en la silla, se incorporó hacia atrás y respiró profundamente, mientras se acariciaba la barba, muy pensativo. En ese momento se estaba dando cuenta que el alcance de la lesión era mayor del que habían intuido; no se esperaba que el episodio de pérdida de memoria abarcara un período tan largo de tiempo.

- Dime ¿qué es lo último que recuerdas, antes de llegar al hospital? – preguntó el doctor.

- No sé cómo he llegado aquí. Salí de la agencia un poco más tarde, y me quedé tomando algo con mi compañera Alicia; después ella se cogió el metro, y yo el autobús como siempre.

El doctor Velasco, no salía de su asombro. Estaba tan sorprendido por la facilidad que tenía al hablar y al contestar, que aunque había tenido un caso similar hacía varios años, este caso le estaba resultando a nivel profesional, como el más extraordinario de su carrera como neurólogo.

A diferencia del otro caso, su paciente anterior, una mujer de mayor edad, tuvo una amnesia pero de un período más corto.

- Muy bien María, es suficiente por hoy, ya te he hecho hablar demasiado, y sé que estarás agotada, ahora necesitas descansar.
- María cerró los ojos y se quedó dormida.

El doctor salió de la habitación pensando en encontrar la forma más adecuada para informar a sus familiares de su pérdida de memoria. Sin duda, sabía que a Miguel, esto le iba a causar un shock importante, y trataría de decírselo con el mayor tacto posible.

Al día siguiente, Miguel fue el primero en llegar al hospital. No había pegado ojo en toda la noche, y apenas pudo descansar. Tras las palabras de aliento que les había dado el doctor, el día anterior, solo deseaba una cosa en su vida; volver a mirar los ojos de María, y sentir de nuevo sus besos.

Entró en la habitación, abriendo la puerta muy despacio, no quería asustarla. Ella estaba dormida. Eso le hizo sentir cierta tristeza y decepción, al no haberla encontrado de la manera que a él le hubiera gustado. Pero aun así, se sentó en la silla, y se quedó mirándola, con la esperanza de que pudiera despertar en cualquier momento.

María al oír cierto ruido, se despertó y se giró hacia él, abriendo lentamente sus ojos.

Miguel se levantó bruscamente, y con el corazón a mil por hora, la cogió las manos y con una sonrisa muy nerviosa, empezó a hablarle.

- Hola mi amor, mi bella durmiente, qué ganas tenía de verte otra vez – dijo Miguel con la voz quebrada, y secándose las lágrimas de los ojos, para que ella no le viera así.

María, le miró muy asustada, y al no reconocerle, se incorporó un poco en la cama, soltándole bruscamente las manos.

- Perdóname, pero no sé quién eres – dijo María con un tono serio y algo temerosa.

Miguel se quedó callado, con la mirada totalmente perdida. Si en ese momento, hubiera podido desaparecer de la faz de la tierra, lo hubiera hecho. Las palabras no le salían, y se quedó completamente bloqueado. Una terrible punzada en el pecho le hizo reaccionar, y en ese momento escuchó como los padres de María acababan de entrar en la habitación.

- ¡Hija mía, mi vida, qué alegría verte así!, Gracias Señor por este milagro – dijo Elvira al ver a su hija despierta e incorporada en la cama.

- ¿Cómo te encuentras cariño, estás bien?

- Sí mamá, me duele bastante la cabeza, pero no te preocupes, estoy bien. No sé porque estoy aquí, sigo muy confundida. El doctor me ha dicho que sufrí un accidente, pero no lo recuerdo.

Jaime y Elvira miraron a Miguel, y le vieron completamente abatido, con la cara desencajada y mirando hacia la ventana, como si no estuviera. Es en ese momento cuando se encontraron con la realidad más dura, a la que nunca hubieran querido enfrentarse, su pérdida de memoria era más que evidente.

El doctor Velasco interrumpió en la habitación y les pidió que salieran un momento, ya que debía hablar con ellos. Le habría gustado hacerlo antes de que hubieran visto a María, para ponerles en preaviso, pero no lo pudo evitar.

- Entiendo que esta situación será muy complicada para vosotros, pero debéis tener mucha paciencia y comprensión con María. Ha sufrido un tipo de amnesia, se denomina amnesia retrógrada, que le ha causado una pérdida de memoria, de los recuerdos más recientes a su accidente. Desde el momento de la lesión se pueden almacenar recuerdos, pero su cerebro no puede acceder a la información acumulada con anterioridad a la lesión.

- Es muy probable que no recuerde nada de lo que le haya

sucedido en un tiempo aproximado de un año o dos años, aunque es algo que aún no podemos saber.

- Oh, Dios mío, doctor, pero ¿es posible que con el tiempo pueda recuperar la memoria? – preguntó Elvira muy afectada.

- No podemos afirmarlo, es posible, pero muy a largo plazo – respondió con franqueza el doctor Velasco.

Miguel seguía ausente en sus pensamientos, pero sí logró escuchar la última respuesta del doctor. Se levantó, sin mediar palabra, y se fue sin despedirse. Necesitaba estar solo, y asimilar todo eso; era lo más duro que le había pasado nunca, y sus fuerzas le flaqueaban; no podía seguir allí, no se encontraba fuerte para recibir ese golpe que le estaba dando la vida.

Ya en la habitación, sus padres la abrazaban y la tocaban el pelo, con la protección de una niña pequeña, que necesitaba cariño y atención.

- Papá, ¿quién es este chico que estuvo aquí hace un rato? – preguntó María.

Jaime se pensó muy bien la respuesta, y no sabía si hacía bien o mal, pero le contestó la verdad.

- Ese chico es tu novio, llevas con él un tiempo, y estaba contigo cuando sufristeis ambos el accidente – contestó su padre con cierto temor de haber metido la pata.

- No le recuerdo, no puede ser, me acuerdo perfectamente de vosotros, y de todo lo que hoy hemos estado haciendo en casa, pero no de él, ¿por qué? – dijo María con extrañeza.

Cuando sus padres escucharon eso, supieron que María se había quedado estancada en el tiempo, y no sabían exactamente desde cuando había perdido la memoria. Aconsejados por el médico, quisieron hacerla varias preguntas, para averiguarlo.

- Dime mi vida, ¿Qué es lo que hemos estado haciendo en casa? – preguntó Elvira.

- Hemos pintado las paredes de mi habitación mamá, o ¿ya no te acuerdas? – contestó María muy convencida.

Jaime miró a Elvira con un gesto cómplice, transmitiendo la tristeza que esa respuesta les había provocado.

Esas paredes las habían pintado hacía más de un año, y no podían creer que

fuera el último recuerdo de su hija.

Durante un buen rato, estuvieron haciendo más preguntas, hasta que vieron que María ya se estaba agotando de hablar, y consideraron que por esa tarde, ya había sido suficiente. Su hija tenía que descansar. Eran conscientes de que para ella, esa situación tampoco sería nada fácil; aunque al menos, no parecía sufrir por ello, hecho que les tranquilizaba.

Al fin y al cabo, se sentían felices por haber recuperado a su hija, y era el mejor regalo que podían tener.

Miguel se encontraba tumbado en el sofá, con Niebla encima, mirándole como si supiera que le pasaba algo. Le lamía con efusividad, como tratando de consolarle, y él la respondía recíprocamente con una caricia.

La vida le había dado un revés importante, y no sabía cómo afrontarlo.

Que la mujer de su vida, a la que amaba con locura, no pudiera reconocerle, era un plato difícil de digerir. Tenía sentimientos encontrados: por un lado estaba feliz de que hubiera despertado, pero por otro, es como si aún permaneciera durmiendo; para él el reencuentro no se había podido producir, y peor aún, tampoco sabía si se produciría algún día.

Lloraba desconsolado, no había nada que le pudiera aliviar esa angustia. Era injusto que ese fatídico accidente diera ese giro inesperado en su vida, en el momento más dulce de su relación; nunca había sentido tanta felicidad con nadie como con María.

Después de recapacitar y tratando de aceptar este duro golpe, decidió no tirar la toalla tan pronto, y fue a visitarla a la mañana siguiente.

- María estaba sola, despierta y se encontraba desayunando, sentada en el sillón, en lugar de la cama. Los médicos habían aconsejado que se moviera para que fuera fortaleciendo poco a poco su musculatura, que después de tanto tiempo sin moverse, estaba completamente afectada.

Al ver entrar a Miguel, se quedó fijamente mirándole, y le lanzó una tímida sonrisa.

Miguel la aceptó como si de un premio se tratara.

- Hola, ¿qué tal, cómo te encuentras hoy? – preguntó él con cierto temor al rechazo.

- Estoy mejor, pero me duelen bastante las piernas. Me han dicho que mañana me obligarán a que dé mis primeros pasos; necesito que mis músculos vuelvan a trabajar – dijo ella algo más

distendida.

- Estás muy guapa, tienes muy buen aspecto – dijo él, con cariño.
- Gracias – María bajó la mirada y se quedó en silencio.

Miguel, sintió que quizás se había precipitado con el cumplido, y eso a ella no le había gustado demasiado.

- Lo siento, pero no sé quién eres. Mis padres me han hablado de ti, pero no recuerdo muchas cosas de las que me hablan, incluso cosas sobre mi trabajo, mis hobbies, mis amigos. Entiendo que para vosotros esto debe ser algo duro, y lamento el daño que os puedo estar haciendo, pero ojalá pudiera reiniciar mi cerebro – dijo ella resignada.

- No te preocupes, tú no tienes que disculparte de nada. Lo importante es que ya estás mejorando, y en pocos días estarás de nuevo en casa. Seguro que poco a poco te irán viniendo los recuerdos y tu vida volverá a ser como antes – dijo Miguel con gran deseo de que así fuera.

Al mirarla, su corazón le lanzaba mensajes continuamente, y se quedó con ganas de decirla algo, pero se arrepintió en el último momento. No estaba seguro de si esas palabras podrían provocar en ella un acercamiento o causar todo lo contrario. Al fin y al cabo, él era un extraño...

Todos los días, mientras María estuvo en el hospital, Miguel se pasó a verla, con la esperanza de que sus recuerdos pudieran aparecer de nuevo, y esa gran pesadilla, que tanto le atormentaba, se pudiera pasar pronto.

Pero María estaba exactamente igual, le seguía tratando como un extraño, del que no conocía absolutamente nada, salvo que la visitaba día a día, y le contaba cosas de su trabajo. Ya le había apodado, como el chico de seguridad, y se refería a él así, cuando hablaba con sus padres.

Jaime y Elvira estaban tratando de acostumbrarse a su falta de recuerdos, y después de una semana, de conocer la noticia de su lesión, tuvieron que aceptar que una parte de sus vidas, es como si no la hubieran vivido juntos. Pero tenían que seguir adelante, construyendo una nueva historia, con nuevos recuerdos y apoyando a su hija en todo lo que necesitara. Era lo único que les preocupaba.

Sentían lástima por Miguel, y siempre le mencionaban en las conversaciones con su hija, pero esto no cambiaba nada. María comenzaba a sentirse incómoda con el tema, y en alguna que otra ocasión, pidió a sus padres que no le volvieran a

mencionar. No quería sentirse forzada a vivir algo que no recordaba y que solo habían vivido los demás, ella no, al menos no en su recuerdo; y mucho menos podían obligarla a sentir algo que no sentía.

A los pocos días, María ya había comenzado a dar sus primeros paseos, y las piernas la respondían perfectamente. Los médicos consideraron que sería más beneficioso para ella estar en casa tranquila, y volver a su vida normal lo antes posible, para una mejor recuperación.

Aunque María vivía sola, desde hacía un año, sus padres la pidieron que se quedara en casa con ellos durante un tiempo. Ella aceptó encantada, y ya se estaba acostumbrando demasiado a los mimos.

Una semana más tarde de volver a casa, comenzó a recibir la visita de amigos, familiares y compañeros de trabajo. Sus padres se encargaron de advertirles de la situación de María, para que estuvieran al corriente de su pérdida de memoria y no se sorprendieran si ella no recordaba algunos episodios más recientes que hubieran compartido el último año.

Miguel quiso dejar pasar un par de días antes de visitarla.

Esa tarde, ella se había arreglado el pelo y se había pintado los ojos. Cansada de estar con el camisón y la bata, decidió ponerse su camisa fucsia y sus vaqueros pitillo que tan bien la sentaban. Había adelgazado bastante, y le quedaban un poco flojos, pero se seguía sintiendo muy cómoda con ellos.

Miguel quiso creer por un instante, que se había puesto guapa para recibirle a él, y ese gesto le emocionó y le hizo sentir muy bien.

Más tarde se dio cuenta de que nada más lejos de la realidad. Ella seguía igual, distante y poco habladora, apenas le preguntaba cosas y su presencia, daba la sensación, que esta vez la molestaba.

Se preguntaba día tras día: dónde se había quedado esa chispa, esa magia, esa atracción, esa verdad y ese profundo amor que existía entre ellos, antes de aquél maldito accidente...

Sonaba música de fondo, y la voz de María interpretando una melodía preciosa. Su madre necesitaba comprobar si ella se reconocía en esa voz. La repetía una y otra vez que se sentía muy orgullosa de lo bien que cantaba, y que debía reiniciar otra vez sus clases de canto. Pero María no se reconocía en esa voz.

Mientras cogía el abrigo y se marchaba, Miguel se dio la vuelta y encontró la mirada de María clavada en sus ojos. Esto le hizo estremecerse y trató de disimular las emociones que estaba sintiendo. No quería hacerse ilusiones, pero hasta ahora no había visto esa mirada en ella y le gustó.

Efectivamente María le observó, esta vez, de una forma distinta, a cómo lo había hecho antes. No supo por qué, pero al mirarle como sonreía, sintió algo especial que no supo interpretar bien.

Dos meses después, María se incorporó de nuevo al trabajo en la agencia de publicidad.

Le prepararon un recibimiento sorpresa, que ella, muy emocionada, agradeció a cada uno de ellos. Alicia se alegraba muchísimo de volver a verla, y durante el tiempo que había estado en el hospital, lo había pasado francamente mal, sobre todo los días posteriores al accidente, cuando supo que estaba en coma.

Tenían una relación muy especial, y más que compañeras eran muy amigas.

Su jefe, Christoffer, un alto, elegante y atractivo danés, la pidió que los primeros meses redujera su jornada laboral, ya que incorporarse al trabajo, después de estar tanto tiempo convaleciente, la podría suponer un desgaste físico y mental, que quizás todavía no estaba preparada a aguantar.

María le agradeció el ofrecimiento y pactó con él el nuevo horario, de nueve a dos.

Esa mañana, mientras tomaba el café con Alicia, esta se dio cuenta del verdadero alcance de su lesión. En los últimos meses habían hecho muchas cosas juntas, entre ellas, irse de viaje a París. Pero María no tenía ningún recuerdo de ese viaje, y al escuchar el relato tan entusiasta que Alicia le hacía de sus cuatro días en la ciudad de la luz, ella se sintió bastante mal por no recordarlo y su amiga tampoco pudo disimular su tristeza; aunque en todo momento le transmitía su apoyo y comprensión.

Alicia le enseñó varias fotos. En una de ellas, aparecían las dos juntas en la Torre Eiffel, y en otra estaba solo María en la catedral de Notre-Dame.

María al verlas se puso a llorar, sintió mucha impotencia, al no recordar nada absolutamente de ese viaje y de ese lugar.

Su compañera, había sido testigo muy directo de la relación que tuvo con Miguel, ya que habían salido muchas noches juntos a cenar, ambas con sus parejas; en los dos últimos meses, Alicia y su marido Javier, no se habían perdido ninguna de las actuaciones de María en teatros y salas de fiesta.

Una nueva ilusión

Una vez que se reincorporó al trabajo, María decidió marcharse a su casa. Ya se encontraba muy recuperada, y los últimos controles que se había hecho en el hospital, la confirmaban que todo estaba muy bien. Solo se quejaba de algunas

migrañas que ya eran bastante más habituales, sobre todo por la tarde, y que podían ser ocasionadas por el cansancio del trabajo.

Ella cogía el autobús para ir a trabajar, y aprovechaba a leer bastante; la cundía mucho el trayecto de casi dos horas, entre ida y vuelta.

Los médicos le habían aconsejado la lectura; esto ejercitaba la memoria y sin duda le ayudaría en su recuperación. Aunque ella no lo recordaba, estaba de nuevo leyendo dos de sus libros favoritos que hacía tiempo, ya había terminado de leer.

Elvira le animó a que volviera con sus clases de canto por las tardes, ahora que tenía más tiempo, y había reducido su jornada laboral; Así que decidió hacer ese hueco los martes y los jueves, e iniciar sus clases como solista; aunque en realidad, ya lo era, pero aún ella no lo sabía.

Rubén la miraba por el espejo retrovisor. Llevaba varios días fijándose en ella, y ya había observado que siempre era la última que bajaba del autobús. Casi todos los días, se quedaban solos durante un trayecto aproximado de quince minutos, y ese día, se decidió a llamar su atención.

- La próxima vez, me encantaría que te sentaras más cerca, y no tan atrás, así me cuentas lo interesantes que son esos libros que tan enganchada te tienen – dijo Rubén en tono divertido.

María, que también se había fijado en él, levantó los ojos del libro y mirando hacia el retrovisor, le contestó.

- ¡Venga, vale!, el próximo día intento coger esos sitios, si no están ocupados claro.

- Si es por eso, no te preocupes, pongo mi chaqueta y queda reservado para ti – dijo él con complicidad.

Habían llegado a su parada, y en vez de bajar por la puerta de atrás, como solía hacer, María se dirigió hacia él y bajando por la puerta delantera, se despidió con un “hasta mañana”, muy entusiasta.

Esa tarde llegó a casa con una sonrisa de oreja a oreja y ciertas sensaciones que le estaba gustando sentir. Ese conductor le había llamado mucho la atención. Su porte, su forma de expresarse, su sentido del humor, su pelo rubio, su atractivo físico, lo educado que era con los pasajeros, en definitiva, le había gustado todo de él.

Había quedado con Alicia a las cinco para ir de compras. Javier cumplía los años el fin de semana siguiente, y quería que María le ayudara a decidirse entre

varios regalos que había pensado hacerle.

Se fueron al centro comercial, y aprovecharon a comprarse algunas cosillas de temporada, aparte de comprarle también el regalo a su marido.

Cuando salieron de la relojería, María vio a Miguel subiendo las escaleras eléctricas hacia la planta donde estaban ellas. Él no las había visto; ella por alguna extraña razón, prefirió no cruzarse con él y pidió a Alicia que se fueran en la otra dirección.

Alicia estaba tan sorprendida, que no pudo ni reaccionar. Si por ella hubiera sido, habría hecho lo posible para que ese encuentro se produjera. Le gustaba muchísimo Miguel para su amiga, y estaba completamente convencida de que era el hombre de su vida. No recordaba haber visto a ninguna otra pareja anterior de María, demostrando tanto amor por ella, como lo había hecho Miguel. En ese momento, sintió de corazón, que la pérdida de memoria hubiera podido romper algo tan bonito y tan real.

Por fin era viernes, y María estaba muy cansada de toda la semana. Habían tenido bastante trabajo los últimos días, y ya su cabeza le había dado varias señales de que parara un poco el ritmo.

Decidió salir un poco antes del trabajo, y su jefe no le puso ningún impedimento. El día había amanecido muy lluvioso, y el pronóstico del tiempo anunciaba tormentas fuertes por la tarde.

Con el paraguas en la mano, María se dirigió a la marquesina, mirando continuamente el reloj. Sabía que aún no era la hora, y debía de esperar un rato, así que se sentó y se quedó pensativa en sus cosas, recordando la sonrisa de su conductor favorito; estaba ansiosa por ver llegar el autobús.

Eran las dos y cinco de la tarde y como si de relojería suiza se tratara, Rubén llegaba a la parada. Abrió la puerta y dejó que subieran varias personas, a las que vio alguna intención de sentarse en el primer asiento de su derecha; asiento en el que había colocado su chaqueta, detalle, que hizo que los pasajeros pasaran de largo.

María sonrió al verle, y más aún cuando vio que su chaqueta le estaba reservando su nuevo sitio, donde a partir de ahora se sentaría.

- Hola, buenas tardes preciosa, ¿qué tal estás? - preguntó Rubén con cierto coqueteo.

- Muy bien, desde aquí la perspectiva es muy diferente, ¡qué maravilla, qué bien se ve todo! -contestó ella sin darle mucha importancia al piropo que le había soltado.

- Sí, la verdad que sí, la panorámica es mucho mejor.

María no sabía muy bien como continuar la conversación, así que esperó a que él se lanzara.

- Y bueno, estoy intrigado, ¿me contarás hoy de qué se trata el libro que estás leyendo? – preguntó Rubén.
- Es una historia de dos hermanas muy diferentes que heredan una fortuna, y cada una la invierte en cosas completamente distintas. Una malgasta el dinero, y la otra lo dona a la ciencia para ayudar a combatir ciertas enfermedades.
- Suena bien la historia, ya me contarás el desenlace – le dijo Rubén con ganas de profundizar más en la conversación.

María, algo nerviosa, abrió el libro y continuó leyendo por donde lo había dejado el día anterior.

De repente sintió un pequeño mareo, y quiso dejar de leer y cerrar los ojos hasta que se le pasara. Cuando los abrió, vio cómo Rubén la estaba mirando por el espejo retrovisor, y preocupado, la preguntó.

- ¿Estás bien?
- Sí, gracias, me he mareado un poco; al leer mucho tiempo, me suele pasar – contestó ella, restándole importancia.

En ese momento ya se habían bajado todos los pasajeros, y solo quedaba María.

Rubén no paraba de mirarla y cada día la veía más guapa. Esa tarde llevaba una cazadora marrón clarita a juego con unos botines de tacón, que se había comprado con Alicia el día anterior.

Era una mujer muy estilosa, le encantaba llevar pañuelos en el cuello; los tenía de todos los modelos y colores. Su gusto por la ropa, la hacía estar siempre a la moda, y lucía muy bien todo lo que se ponía.

- No te lo he dicho hasta ahora, pero eres una mujer muy atractiva. Tu marido o novio es muy afortunado – dijo Rubén con bastante picardía.
- Cuando lo tenga se lo diré – dijo ella en tono divertido.

Rubén ya había recibido la respuesta que quería, y no quiso perder baza.

- Entonces los hombres deben estar muy ciegos. No es posible que una mujer como tú esté soltera, a menos que sea por elección propia.
- Bueno, no te sabría contestar a eso. Pienso que eso no es una cuestión de elegir, sino de que te llegue o no te llegue la persona adecuada – contestó ella muy segura.

La contestación de María, le sorprendió, y le hizo sentir patoso o poco original con el comentario que había hecho antes. Esa mujer era inteligente y muy diferente a las que había conocido. Hablar con ella, le había hecho sentir muy bien.

Llegó a su parada, y Rubén la miró con cierta pena. Se le había hecho muy corto el trayecto.

Abrió la puerta delantera, y la cogió de la mano para ayudarla a bajar el escalón. Ambos sintieron un escalofrío al tocarse, y se miraron durante unos segundos sin apartar los ojos el uno del otro.

- Cuídate preciosa, hasta mañana.
- Hasta mañana.

María salió cantando del autobús, y sonrió a dos personas que paseaban tranquilamente, y se habían girado para escucharla, con un gesto de aprobación y asombro por lo que bien que cantaba.

Aún no sabía ni cómo se llamaba, pero lo que sí sabía es que ese chico le gustaba, y mucho.

Al girar la calle, y cruzar por el paso de cebra, se dio cuenta de que un autobús se acercaba muy lentamente, y solo alcanzaba a ver, el brazo del conductor con algo en la mano, que movía de arriba a abajo, llamando la atención de todos los viandantes que iban caminando por la acera.

- Preciosa, ¿no echas nada en falta?

María se quedó a cuadros, al ver a su conductor favorito, parado en medio de la carretera, con su pañuelo fucsia en la mano. Ni había reparado en que se lo había dejado en el asiento.

- ¡Vaya cabeza, muchas gracias, ni me había dado cuenta! – dijo ella algo avergonzada por la situación.

Los coches que venían detrás del autobús comenzaron a tocar el claxon de forma insistente, y se empezaron a escuchar protestas, incluso algún insulto para que

siguiera avanzando; se había formado una caravana monumental.

María un poco culpable y cómplice de la que se estaba formando, se acercó rápidamente a la ventanilla y cogió su pañuelo, no sin antes desenfundar su arma de seducción más irresistible, esa mirada intensa que muy pocos hombres conocían y que a su nueva ilusión, no dudó en regalarle.

Rubén, al verla que lo estaba pasando mal, por la cantidad de protestas e improperios, que iba en aumento, se echó a reír, le lanzó un beso con la mano, seguido de un guiño y puso en marcha el autobús.

María estaba eufórica, y tenía tal mezcla de emociones, que decidió hacer una visita a sus padres, que hacía días que no veía.

Jaime y Elvira se llevaron una estupenda sorpresa al verla aparecer y tan recuperada.

Elvira se quedó fijamente mirando a su hija, como si una diosa hubiera irrumpido en su casa, y lanzara destellos de felicidad. Hacía meses que no veía tanto brillo en sus ojos.

- Cariño, estás guapísima, y me encanta verte tan contenta.
- Sí, mamá, la verdad es que estoy muy ilusionada.
- Ah, sí, ¡cuenta, cuenta!, ¿has estado hablando con Miguel?

Su madre no dejaba de pensar en él y sabía todo lo que estaba sufriendo por ella. Todas las semanas llamaba y se interesaba por saber cómo se encontraba.

Desde que se había ido a su casa, Miguel ya no se atrevía a presentarse directamente allí, por miedo al rechazo. No era lo suficientemente fuerte para intentarlo, no al menos en ese momento.

- No, no sé nada de ese chico. Y ¡deja ya de hablarme de él, mamá!, mira que lo hemos hablado veces ya – contestó María con cierto enfado.
- Vale, vale hija, tranquila, perdóname, no volveré a mencionarle.

Jaime miraba a Elvira con cierta tristeza, ya que él también había cogido bastante cariño a Miguel y le veía un buen chico.

- He conocido a alguien, aunque no ha pasado nada aún entre nosotros – dijo María con entusiasmo.

- Y ¿dónde le has conocido, es algún compañero de trabajo?
- No, le he conocido en el autobús.

Sus padres se echaron a reír, con bastante complicidad; les despertó mucha curiosidad lo que contaba su hija.

- Pero, entonces ¿qué hay entre vosotros? – preguntó Jaime muy intrigado.

- De momento, charlas, papá, aún nos estamos conociendo, aunque más le vale que no tarde mucho en pedirme una cita – y se echó a reír.

Elvira la miraba embelesada y tenía sentimientos encontrados. Por una parte estaba feliz de ver a su hija ilusionada, pero por otra, sentía mucha pena, porque ella no era consciente de que estaba abriendo las puertas a un nuevo amor, sin haber cerrado las del amor de su vida.

Miguel llegó a casa con el ánimo por los suelos, tal y como llegaba cada día, desde hacía algunos meses.

Después de lo de María, no quiso seguir trabajando como vigilante de seguridad en el metro. Sus recuerdos le atormentaban, y no soportaba ese dolor.

Rodrigo, su padre, trataba de ayudar a su hijo a recomponer su vida. Notaba que estaba descuidando mucho su aspecto físico y ya no parecía ni el mismo. Había adelgazado varios kilos, estaba demacrado y al borde de la depresión. No le motivaba nada, ni hacer deporte, ni siquiera ya salir a correr, como había hecho durante años.

A parte del aspecto físico, tanto Rodrigo como su madre, Beatriz, se habían dado cuenta de que ya apenas se reía, estaba irascible, y había cambiado de amistades, algo que no les gustaba demasiado.

Preocupados por la salud de su hijo, creyeron oportuno que le vendría bien comenzar a trabajar, de nuevo, y eso le ayudaría a estar más distraído.

Rodrigo era el gerente de una compañía de seguros muy reconocida a nivel nacional, por lo que le ofreció un puesto en la empresa, como delegado comercial. Confiaba plenamente en las habilidades sociales de su hijo y en su carisma; Su preocupación al verle tan deprimido le hizo pensar que tener una responsabilidad nueva, le podría ayudar a salir del pozo sin fondo en el que se encontraba.

Miguel aceptó la oferta de su padre, y quiso darse una oportunidad. Necesitaba hacer un pequeño paréntesis en su vida, y desconectar por un tiempo del

ambiente que rodeaba a María. Esto le ayudaría a afrontarlo todo con más fuerza.

El fin de semana, María lo pasó muy tranquila, leyendo y ordenando sus armarios, que era lo que últimamente la tenía muy entretenida. Se estaba convirtiendo en una maniática del orden. Le gustaba tenerlo todo por colores.

El domingo aprovechó para visitar a su hermana, y echarla una mano con sus dos sobrinos, Hugo y Marcos, dos gemelos de nueve mesecitos, a los que después de un mes y medio, empezaba a adorar...

Su hermana Lidia, trataba de asimilar la pérdida de memoria de María, pero no le estaba resultando nada fácil.

María no recordaba haber visto embarazada a su hermana, ni tampoco el día que nacieron los niños. El regalo de la cuna y unos chupetes de plata con el nombre grabado de cada uno, se los había hecho ella, dos meses antes de nacer. No se perdió ninguna de las visitas al ginecólogo con ella, ya que el marido de Lidia, Tomás, viajaba con bastante frecuencia y no podía acompañarla; pero tristemente estos bonitos recuerdos, estaban borrados de su memoria.

Lidia estaba sufriendo mucho con esta situación. Uno de los días más tristes que había vivido, fue cuando María entraba por su casa, y ella la dirigía a la habitación de los niños. Lo primero que hizo al ver la pared decorada con dibujos, fue exclamar lo bonita que era y lo mucho que le había llamado la atención la jirafa naranja que había al lado del armario de los bebés.

Esa jirafa la habían comprado juntas en una tienda de ropa infantil.

Después se acercó a la cunita, y vio a los niños dormiditos. Eran dos criaturas preciosas que no recordaba en absoluto, y que veía por primera vez....

Ese gesto en la cara de María, no se le olvidaría en la vida a Lidia. Muy afectada, salió de la habitación y se fue al baño a llorar para que su hermana no la viera. Aquel momento fue un golpe muy duro de realidad; realidad para la que aún no estaba preparada.

Rubén había aprovechado el día para irse a ver una carrera de motos con su hermano Santi.

Durante el trayecto de vuelta, Santi vio a su hermano bastante distraído y muy sonriente. Sabía que algo se guardaba en secreto, e intuía que tenía nombre de mujer.

- ¿Y a ti qué te pasa, que te veo con cara de enamorado? – preguntó Santi con curiosidad.

- ¡No digas tonterías tío!, ¿por qué dices eso? – respondió Rubén como si le hubieran pillado de lleno.

- A mí no me puedes engañar, te conozco muy bien, y esa cara solo puede ser por una razón, a ver, ¿cómo se llama?

Rubén se echó a reír, y se dio cuenta de lo mucho que le conocía realmente su hermano.

- No lo sé, y he sido tan tonto que todavía ni se lo he preguntado – contestó Rubén muy sincero.

- Pero, es del trabajo, o ¿dónde la has conocido?

- La he conocido estos días, en el autobús. Sube todas las tardes a la misma hora.

- ¿Y cómo es, está bien? –preguntó con picardía Santi.

- Es preciosa, inteligente, y derrocha simpatía a raudales. Tiene unos ojos negros que te hechizan y una forma de hablar que te envuelve.

- Uf, hermano, ¡menuda descripción, te veo muy pillado! – dijo Santi dándole una palmadita en la espalda.

Rubén se empezó a sentir algo incómodo, y quiso cambiar rápidamente la conversación. Su hermano había dado en el clavo, y María ya se había coronado como reina de sus pensamientos.

Estaba como loco por volverla a ver.

Al día siguiente, decidió ponerse su perfume favorito, y se alisó el pelo, como solía hacer en las ocasiones especiales.

Ese lunes lo era; iba a ver a su nueva ilusión, y quería sorprenderle.

Se puso un jersey de cuello alto de color azulón y una cazadora beige clarita que le resaltaba muchísimo el color moreno de su pelo.

Cuando llegó a la agencia, todos se fijaron en el cambio del pelo, y no tardó en recibir cumplidos y halagos por la mayoría de sus compañeros.

A las dos menos cuarto, ya era la quinta vez que había mirado el reloj en los

últimos diez minutos. Estaba nerviosa, y se había retocado los labios y el maquillaje para estar perfecta. Tenía muy claro que quería impresionarle.

Sin ninguna gana de contestar los dos correos que le acababan de entrar en el Outlook, apagó el ordenador, entró en el baño, se recolocó el pelo, y resopló muy nerviosa.

Luego cogió el bolso, se puso la chaqueta beige y despidiéndose muy sonriente de sus compañeros, se dirigió hacia la marquesina dos minutos más tarde.

Rubén no pudo evitar poner cara de tonto, al verla entrar en el autobús. La vio guapísima, y enseguida le llamó la atención el pelo. El alisado la marcaba más los rasgos aniñados de su cara.

- Buenas tardes señorita, ¡qué guapa estás! – dijo Rubén con asombro.

- ¡Muchas gracias!

María sonrió al ver de nuevo la chaqueta de él puesta en el asiento, y la quitó con mucho disimulo.

- Llevamos días hablando, y aún no sé cómo te llamas –preguntó él muy directo.

- María, ¿y tú?

- Rubén.

Ambos se miraron por el espejo retrovisor, aunque él aprovechó también para darse la vuelta y mirarla más detenidamente.

- No te distraigas señor conductor – dijo María coqueteando

Rubén se echó a reír. Esa mujer le tenía completamente abducido.

- Si no tuviera a una mujer tan guapa detrás, no lo haría.

Ella había conseguido su propósito y estaba encantada. Le tenía rendido a sus pies, y eso le divertía.

- Todos los días subirán mujeres guapas, no me digas lo que a todas – le puso a prueba María.

- Sí, cierto, no lo voy a negar, mujeres guapas veo muchas, pero ninguna me gusta como tú.

María se quedó cortada, ante esta directa por la escuadra que le había lanzado.

- ¿Eso es una declaración formal?
- Si lo quieres llamar así, sí, lo es – contestó Rubén con decisión.

Casi todos los pasajeros ya habían bajado, y solo quedaba ella.

Rubén aprovechó el momento para hacer una parada anterior a la suya, y una vez había quitado la llave del contacto, se levantó hacia ella con un gesto muy insinuante.

Se apoyó en la barra que estaba delante del asiento, y mirándola con ojos de deseo, se inclinó y se acercó a su cuello para olerla, rozándole suavemente con la nariz.

- Uhmm, hueles genial, me encanta ese perfume que llevas.

María al ver su boca tan cerca, se empezó a poner tensa, y a notar como el latido del corazón duplicaba las revoluciones.

Rubén se dejó llevar por su impulso y la besó con puro deseo.

Ella le correspondió y se fundieron en un carrusel de besos y caricias apasionadas, del que ninguno de los dos quería bajar.

- Me gustas, me gustas mucho, me vuelves loco – la susurró Rubén al oído.
- Tú a mí también sexy driver – dijo ella con picardía.
- ¿Qué haces el sábado, tienes planes? – preguntó él muy ansioso.
- No, no tengo nada interesante, ¿alguna proposición?
- Sí, pero indecente – contestó arqueando la ceja y guiñándole un ojo.
- Andaaa, dame tu teléfono que lo grabó en el móvil – dijo ella con iniciativa.
- ¿A qué hora quedamos el sábado? – preguntó María.

- A las ocho y media aquí en tu parada, ¿te parece bien? – preguntó Rubén.
- ¡Me parece genial!, ¿Has pensado en ir a algún sitio en particular?
- Sí, me apetece invitarte a cenar en un sitio que me encanta. Está muy cerca de aquí – dijo Rubén señalando la calle perpendicular a la que estaban.
- ¡Ok, suena bien, ya has ganado cinco puntos extras!. Ah, ¡por cierto! no como ni carne, ni pescado, ni pasta, ni verduras, te lo digo para tu información – dijo ella con la cara muy seria.
- ¿Estás de coña, no? – dijo Rubén muy impactado.

María se echó a reír a carcajadas, y le dio un beso en los labios, mientras bajaba las escaleras del autobús.

- Es broma, ¡no soy tan rarita!– le dijo desde la acera, mirando el gesto de su conductor favorito, que aún no había cerrado la boca.

El sábado por la mañana, María decidió ir a ver a sus padres, y de paso, coger alguna ropa que todavía no había recogido desde que había salido del hospital, y que su madre tenía guardada en una maleta.

Entre las cosas que Elvira le había guardado, se encontraba un vestido, que justamente era el que había decidido ponerse para su cita con Rubén.

Era un vestido de ante marrón clarito sin mangas, cortito y muy entallado. Lo combinaba muy bien con sus botas de media caña, color chocolate, y una cazadora granate, que aunque ella no recordaba, se la había regalado su hermana Lidia el año anterior.

- ¡Te veo estupenda cariño, estás guapísima! – dijo Elvira
- Gracias mamá, estoy muy feliz – contestó ella con ganas de contarles.
- Dime, ¿ha pasado algo con ese chico del autobús?- preguntó su madre con mucha curiosidad.
- Sí, he quedado con él esta tarde.

Jaime acababa de entrar al salón, y no le hizo falta preguntar nada más. El gesto de su hija lo decía todo, y él estaba feliz por verla ilusionada de nuevo.

Ese gesto de alegría en su rostro, ya les era muy familiar, y durante los últimos meses lo habían visto día a día; ahora se repetía de nuevo. Pero esta vez, el causante de la felicidad de su hija, no se llamaba Miguel, sino que era un hombre desconocido.

Les costaba asimilar esto, pero a pesar de ello, querían disimular y mostrar la mayor naturalidad posible.

- Por cierto papá, ¿no tenías que ir a hacerte una prueba? – preguntó María.

Jaime se quedó pensativo, y no sabía bien a qué prueba se refería. El corazón le empezó a latir más deprisa, al creer que su hija estaba recuperando la memoria. Pero enseguida se dio cuenta de que la prueba a la que se refería era una colonoscopia que le habían hecho hacía más de un año.

Respiró profundamente y le contestó con total sinceridad.

- La prueba ya me la hicieron, me quitaron un pólipo pequeño, pero todo está muy bien hija, no te preocupes.

María cambió el gesto, y se quedó muy seria. Era consciente de lo que sus padres estaban sufriendo con su pérdida de recuerdos, y se sentía mal en muchas situaciones. Esto la causó cierta tristeza, porque realmente se dio cuenta de que sus padres le ocultaban mucha información, solo para evitar hacerla daño.

- Me alegro mucho papá, y lo siento – dijo ella con sentimiento de culpabilidad.

- No tienes que sentir nada hija, tú no tienes la culpa. Nos encanta verte tan recuperada, y ahora solo tienes que pensar en rehacer tu vida. Nosotros solo queremos tu felicidad, y el pasado “ausente” ahora no importa.

María se abrazó a su padre y se quedó durante un rato unida a él, dejándose acariciar la espalda, como cuando era una niña.

Elvira la despidió con un gran beso mientras la daba la maleta y la deseaba mucha suerte para esa cita.

Eran algo más de las ocho y Rubén ya había llegado. Estaba nervioso y se movía de un lado a otro, con las manos en los bolsillos. Volvió a mirar el móvil, y solo había pasado un minuto desde la última vez.

Se había puesto muy guapo, con un pantalón vaquero negro y una camisa blanca con los puños de color negro. Había aprovechado la ocasión para estrenar su cazadora nueva negra con forro polar en su interior.

Eran las ocho y veinticinco cuando vio llegar a María, caminando con paso rápido por la acera de enfrente.

Las manos le empezaban a sudar, y se sentía como un quinceañero. Eran sensaciones que no tenía desde hacía muchos años.

María se acercó efusivamente y le dio un beso en los labios; que aunque él en realidad sí esperaba, le pilló un poco desprevenido por el ímpetu con el que se lo dio.

- ¿Qué tal?, ¡qué guapo estás!
- Tú sí que estás preciosa, bueno como siempre – dijo él un poco tímido.

Se quedaron frente a frente, agarrados de las manos, y mirándose fijamente a los ojos en silencio; silencio que rompió Rubén que se dejó llevar por las ganas locas que tenía de besarla.

De la mano, comenzaron a caminar hacia el restaurante, y María no paró de hacerle preguntas durante todo el rato.

Ya en el restaurante, y al traerles la carta, Rubén la miró y sonriendo le preguntó.

- ¿Entonces qué, pasamos al postre directamente?

María que no sabía muy bien por donde iba la indirecta, reaccionó con tono de humor.

- Pues sí, sería una buena idea, como te dije, ni como carne, ni pasta, ni nada- y se echó a reír.

Cogieron la carta y cada uno pidió un plato diferente. Rubén llamó al camarero para que les trajera una botella de vino, y cuando este llegó, llenó las copas y alzó la suya para dedicarla un brindis.

- Por ti, una mujer espectacular, que he tenido la gran suerte de conocer.

María sonrió, alzó su copa y le dio las gracias con un beso.

Ella estaba encantada, el sitio era precioso, pequeño pero muy acogedor y con un ambiente muy romántico.

Durante más de dos horas estuvieron contándose sus cosas, y aunque consideraba que era algo pronto, se sintió muy cómoda para contarle lo de su accidente.

Rubén la escuchó atentamente, sin pestañear ni un segundo; cuando terminó

de relatar la historia, se quedó perplejo. Lo primero que le salió del corazón fue levantarse y abrazarla con todas sus fuerzas.

En ese momento, María tenía lágrimas en los ojos, y se había emocionado bastante. No era fácil para ella poder contar algo que ni siquiera recordaba cómo había sucedido.

Rubén mostró toda la comprensión que ella merecía, y trató de consolarla con un convencimiento claro que tuvo al conocer el episodio de la pérdida de memoria.

- Siento mucho lo que te ha pasado, pero estoy completamente seguro de que el tiempo te ayudará a recuperar tus recuerdos perdidos. ¡No lo dudes!

Muy contrario a esa intuición, le vino un pensamiento, que no había podido ignorar durante el relato. Ella le contó que en el momento del accidente iba con una persona, a la que el coche también arrolló.

María le dijo que era algo que le habían contado sus padres, pero en ningún momento se refirió a esa persona como su novio. Quizás de forma consciente prefirió obviar el tema, y no lo consideró oportuno.

Pero Rubén se quedó con muchas ganas de saberlo, y no pudo aguantar la curiosidad.

- ¿Esa persona era algo más en tu vida?

- No lo sé, si lo fue, no lo recuerdo – dijo ella con gesto muy serio y mirando hacia abajo.

Rubén se dio cuenta de que la noche que él esperaba estaba resultando algo diferente, y cambió enseguida la conversación. Quería disfrutar de esa mujer tan maravillosa, sin temas del pasado que pudieran entorpecer su comienzo de relación, que fluía a las mil maravillas.

Salieron del restaurante, y María le propuso ir a tomar algo a un pub que había a diez minutos andando. Rubén encantado con la sugerencia, la cogió de los hombros y muy acaramelados comenzaron a pasear.

Cuando cruzaron hacia la otra calle, de repente vieron como dos chicos discutían con otra persona, cerca de la puerta del pub en el que iban a entrar.

Uno de ellos estaba bastante borracho y su amigo tiraba de él, obligándole a marcharse de allí, un poco avergonzado por el bochornoso espectáculo que estaba dando su amigo.

María se quedó atónita al ver que ese chico era Miguel.

- ¡Madre mía, qué fuerte!, le conozco – dijo ella sintiendo vergüenza ajena.

Miguel al reconocerla, se acercó rápidamente tambaleándose, de lado a lado, y sin apenas poder vocalizar.

Mirando a Rubén, y muy enfadado comenzó a gritar muy alto.

- Es mi novia, tú quién eres, no la toques, ella me quiere y yo a ella también.

Miguel hizo un gesto de querer acercarse más a María, pero Rubén le apartó y protegiéndola con el brazo, entraron en el pub.

- ¿Estás bien? – preguntó Rubén.

- Sí, sí, es un amigo de la familia y me ha sorprendido verle así, eso es todo.

María no tuvo el valor suficiente para decirle que ese hombre, era su “supuesto novio”, el mismo que la acompañaba el día del accidente, y al que ella no recordaba.

Pero tuvo miedo de que Rubén pudiera imaginarse otra cosa o tuviera dudas de ella.

Estuvieron un rato tomando algo, muy a gusto, y dándose muestras de cariño constantemente. No se despegaban el uno del otro, había mucha sintonía entre ellos.

Salieron después de una hora, y María empezó a sentirse muy cansada; se quejaba de un gran dolor de cabeza. Este dolor era muy habitual, sobre todo en ambientes donde había mucha gente, y la música estaba un poco alta. Rubén, al verla tan cansada, le propuso llevarla a casa. Él también tenía que trabajar al día siguiente, y así descansaba igualmente.

Les costó mucho despedirse, y ninguno de los dos quería perder el campeonato de besos y caricias que se había iniciado.

Entre arrebatos de pasión y deseo, se les había pasado más de una hora, sin darse cuenta; hasta que ella miró el reloj, y con mucha pena, se separó y dándole el último beso, salió del coche.

- Hasta mañana guapísimo.

- Hasta mañana preciosa. Mañana te llamo. Descansa.

Esa noche Rubén, no podía conciliar bien el sueño. Las palabras que dijo ese

hombre borracho, se le quedaron muy grabadas. Pronunció la palabra “novia”, y eso a él le hizo sospechar que María le había ocultado la verdad, y que ese hombre pudiera ser quien la acompañaba el día del accidente. O también pensó que podría ser un antiguo novio suyo, al que ella ya solo consideraba como un amigo.

Fuera lo que fuera, había algo que no le cuadraba en la historia.

Pero después de un buen rato, decidió no darle más vueltas y pensó que era algo que hablaría con ella personalmente el próximo día.

El domingo hablaron durante varias horas por teléfono, y María cada vez sentía estar más ilusionada con él. Se entendían a la perfección, y él la hacía muchísimo de reír. Rubén era detallista, muy divertido y nunca se enfadaba por nada.

Al día siguiente, llegó a la agencia y se encontró a su compañera Alicia con la cara algo desencajada.

- Buenos días, ¿Qué te pasa Ali?
- Ahora te enterarás – dijo algo afectada, Christoffer quiere hablar con cada uno de nosotros.

En ese momento, Christoffer su jefe, salió del despacho, y llamó a María para que entrara. Su gesto era de seriedad absoluta, y María no entendía nada de nada.

- No te asustes, no pasa nada grave, pero quiero contaros algo importante para mí, y que lamentablemente también os afectará a todos.
- ¿Qué pasa? – preguntó impaciente María.
- He estado hablando con el financiero y las cifras durante este año no van nada bien María. Tenemos trabajo lo sé, pero los gastos son cada vez mayores y ya no podemos hacer frente a tantas deudas. Uno de nuestros mejores clientes ya ha dejado de trabajar con nosotros.
- De seguir así, me veré obligado a tener que prescindir de personal, o a cerrar esta agencia y llevar todo el negocio desde Dinamarca. Para mí, daros esta noticia, no es plato de buen gusto, lo estoy pasando muy mal con esto, pero sinceramente no tendremos otra alternativa.

- Por el momento no habrá cambios, pero os quiero poner en preaviso, por si queréis buscar alguna otra cosa durante este tiempo. No os pondré ningún impedimento en horarios si tuvierais necesidad de salir.

María aún no había salido de su asombro, y quiso aclarar un punto.

- Pero, ¿entonces si me estás diciendo esto es porque yo soy una de las personas de las que vais a prescindir?

- No María, no he pensado en eso todavía, solo quería informaros de cómo está actualmente la empresa y de que puede ocurrir en un tiempo, para que no os pille de sorpresa. Sé que no es agradable la noticia, pero quiero que ahora trabajéis tranquilos, y cualquier novedad ya os iré informando.

María entendió en ese momento, la cara desencajada de su compañera Alicia. No era para menos.

Precisamente no había sido su mejor día, pero al mirar el reloj y ver las dos y cinco, todo ya la daba igual, porque iba a ver a su amor y es lo que más deseaba en el mundo.

Su cara se le iluminó cuando vio entrar al autobús.

Rubén la estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja, abriendo los brazos de par en par para recibir a su amada, con los piropos más divertidos y sonoros que la podía dedicar.

El resto de viajeros los miraba con cara de envidia, y no precisamente de la sana; se les veía muy embobados y sin ninguna vergüenza de que la gente les viera hacerse sus arrumacos, cuando el autobús paraba en algún semáforo.

María no tuvo mucho tiempo de contarle lo del trabajo, pero se lo resumió en los últimos diez minutos, en los que se quedaban a solas.

Rubén la dio ánimos y con su positividad de siempre, le dijo que a lo mejor la empresa resurgía, que no se preocupara antes de tiempo, pero por si acaso que fuera actualizando el currículum.

Estuvieron hablando de los progresos en las clases de canto, y María se lo explicaba muy entusiasmada. Las clases cada vez le gustaban más y la música empezó a despertar en ella una mayor curiosidad de la que había sentido antes.

Día a día su relación se fue consolidando más y más, y al año siguiente, los dos tenían muy claro, que querían casarse.

Elvira y Jaime ya habían conocido a Rubén, y se sintieron muy felices al enterarse de la noticia. Lidia, su hermana, también felicitó a la pareja, preparando una cena familiar en su casa para celebrar el enlace.

Rubén adoraba a los pequeñajos de la casa, y se pasaba horas y horas jugando con ellos. Le encantaban los niños, y estaba deseando formar una familia, era el sueño de su vida.

Una nueva vida

Era un día precioso de primavera, hacía mucho calor; los invitados aguardaban, ya sentados en la iglesia, deseosos por ver llegar a la novia.

Rubén, con un traje negro oscuro, muy elegante, esperaba en el altar, mirando hacia la puerta y frotándose las manos con mucho nerviosismo. La emoción le recordaba en cada latido, que estaba ansioso por ver llegar a la mujer de su vida, del brazo de su padre.

María se hizo de rogar, y llegó veinte minutos más tarde.

Sonriente y con gestos de timidez, hacía su llegada en un flamante mercedes negro, que conducía muy orgulloso su padre.

Salió del coche con un ramo de flores espectacular, y al lado, su hermana Lidia, tratando de colocarle la cola del vestido para que no se la pudiera pisar.

Lucía un vestido precioso, de color blanco roto, y con escote barco que resaltaba la bonita forma de sus hombros. En la parte de abajo, destacaba un bordado con pedrería fina y muy elegante, a juego con unos zapatos de tacón muy alto y totalmente bordados con la misma pedrería.

Delante, y para acompañar a la novia en su cortejo de entrada a la iglesia, estaban sus sobrinos, Hugo y Carlos, con una bandejita de plata cada uno, llevando las arras, y provocando la sonrisa de todos los asistentes, que con cariño, les daban besos y les gritaban lo guapísimos que iban vestidos; ambos, con una camisa de manga larga blanca y un pantalón bermudas negro.

Jaime con orgullo, le ofrecía el brazo a su hija, mientras cruzaban la entrada de la iglesia y divisaban al novio al fondo.

Elvira estaba sentada en el primer asiento y no pudo contener las lágrimas al ver a padre e hija caminando hacia el altar.

Rubén abrió los ojos al verla entrar. Se quedó sin palabras mientras María se

acercaba, y veía lo espectacularmente guapa que estaba. La besó en los labios y la cogió de la mano, sin soltarla en toda la ceremonia, excepto en el momento en el que se pusieron los anillos.

- Os declaro marido y mujer, ya puedes besar a la novia- dijo el sacerdote.

Se miraron fijamente, ambos muy emocionados, y se fundieron en un tierno beso.

A la semana siguiente ya estaban haciendo las maletas para irse a Thailandia, donde pasarían su luna de miel.

Regresaron encantados con ese país, con sus gentes, con sus playas, y la maleta llena de regalitos para todos, sobre todo para los más pequeños.

Estaban muy felices juntos y la convivencia estaba siendo estupenda.

Eran las siete de la mañana, y el despertador sonó como todos los días.

María se despertaba con mucha pereza, mirando la hora en el display del reloj, que marcaba en números grandes de color rojo, las siete en punto. Girándose hacia el otro lado de la cama, y con la almohada puesta en la cabeza, se hacía la remolona, renegando del sonido del despertador, que por segunda vez, en un minuto, sonaba sin parar.

Desde el accidente sufría bastantes migrañas, y algunas noches la costaba mucho conciliar el sueño.

Rubén ya se había marchado. Él se despertaba a las cinco de la mañana. A pesar del madrugón, ya estaba más que acostumbrado; no tardaba nada en ponerse en pie, ducharse, hacerse un buen café bien cargadito, y ponerse en marcha.

María ya había cambiado su horario de nuevo, y continuaba con su jornada completa en la agencia de publicidad.

Aunque estaba muy a gusto en la empresa, desde hacía algún tiempo, después de la última conversación con su jefe, le estaba rondando en la cabeza, la idea de cambiar de trabajo. En realidad, no sabía muy bien qué quería hacer, pero lo que sí tenía claro es que necesitaba algo diferente; tenía la intuición de que ese cambio le iba a llegar muy pronto.

Llevaban muy poco tiempo casados, pero ya se estaban planteando aumentar la familia. María, estaba a punto de cumplir cuarenta años, y Rubén estaba como loco

por ser padre.

No estaban poniendo medios, y desde el principio, tuvieron claro que viniera cuando viniera, iba a ser muy bien recibido.

María se levantó con muy mal humor, como casi todos los días; era algo que no podía controlar. Su lado oscuro, como la decía Rubén, era más poderoso que ella durante los primeros diez minutos del día. Su marido le gastaba bromas, cuando la veía tan enfadada, y le dejaba post it pegados en el espejo del baño, con un corazón:

“Te quiero Mary Vader, que la sonrisa te acompañe”.

En cuanto se tomaba su café en la taza de spiderman, que se había dejado en casa su sobrino Hugo, ya empezaba a ser persona, y a sentirse un poquito más simpática, incluso con ella misma. Sin duda, los primeros minutos ni se podía mirar al espejo, porque su reflejo le lanzaba improperios contra sus pelos de loca, sus ojeras y su pijama hortera.

Abrió el armario, y se quedó mirando las camisas y los pantalones. Era una maniática del orden, y le gustaba tener todo colocado por colores y los jerseys perfectamente doblados.

Su ritual mañanero, a parte del café con tostadas, también incluía parada obligatoria en su armario, y recolocación express de las camisas, que tenían que estar colgadas en perchas del mismo color; no salía de casa, hasta no dejar cada oveja con su pareja.

La siguiente parada era el armario de Rubén, y con el mismo ritual diario, colocaba las camisas y los pantalones en perchas de colores, poniendo las más claras en la parte izquierda y las oscuras en la parte derecha del armario.

¡Pobre Rubén cuando las cambiaba de orden!

Después de sentarse en el borde de la cama, y abrir su armario de par en par, se pasó casi cinco minutos tratando de visualizar distintas combinaciones posibles para ponerse ese día.

Finalmente se decidió por una camisa gris con escote de pico, mangas anchas, y un elástico que le marcaba su cinturita de avispa y la estilizaba bastante. La combinó con un pantalón negro recto y unos botines de tacón de aguja que ensalzaban su feminidad.

Se puso una chaqueta negra finita, y su pañuelo rosa fucsia que tanto le gustaba; salió de casa, cerca de las ocho.

María no tenía carnet de conducir, y se cogía el autobús todos los días para ir al trabajo.

A pesar de los intentos de Rubén por animarla a sacarse el carnet, ella no se veía con ganas, y se sentía muy cómoda yendo en transporte público. De hecho, le recordaba más de una vez, que de no haber sido así, nunca se hubieran conocido.

Rubén le daba la razón cuando le decía esto y la besaba con agradecimiento.

María llegó a la oficina muy temprano, y decidió tomarse un café con Alicia, para contarle todos los detalles de su viaje.

Notó que su compañera no estaba tan receptiva como siempre, y aunque sí la escuchaba atentamente; algo en su gesto la hizo intuir que había sucedido algo durante estos días, en los que ella estuvo de luna de miel.

Volvió a su mesa, encendió el ordenador y cuando estaba dejando el bolso colgado en la percha, Christoffer se acercó al despacho.

- Enhorabuena María, felicidades por tu boda. ¿Qué tal ha ido el viaje?
- Muchas gracias, todo muy bien.

Christoffer, de forma un poco cortante, cambio la conversación, y le dijo en tono serio.

- Por favor, cuando puedas pásate por mi despacho.

María, algo sorprendida, se levantó y se dirigió con él al despacho.

- Siéntate por favor – dijo Christoffer con seriedad.

Ella, muy obediente, y sin mediar palabra, se sentó, cruzó las piernas, y con gesto de “¿qué pasa?, esto no me huele nada bien”, observaba como él se frotaba las manos denotando nerviosismo.

María, ya empezó a temerse malas noticias.

- Bueno María, siento tener que decirte esto, y más aún, ahora que acabas de incorporarte después de estos días, pero para mantener la continuidad de la agencia, nos hemos visto obligados a cerrar esta oficina y continuaremos operando en nuestra sede principal de Dinamarca.
- Os damos la oportunidad de seguir allí trabajando, aunque entendemos que a muchos de vosotros esta opción no os resultará muy viable, por lo que optaríamos por ofrecer una indemnización.

- Siento muchísimo que esto haya tenido este desenlace, pero créeme, que no lo hemos podido evitar.
- Quisiera aprovechar esta ocasión para agradecer tu trabajo, tan profesional y tan valioso que siempre nos has aportado.

María no daba crédito a las palabras que escuchaba, y se sintió muy triste por la decisión que había tomado finalmente la empresa. Pero entendió que así debía ser y con sinceridad le dio su opinión.

- Me da pena que esta agencia tenga que cerrar. Hemos hecho un buen trabajo, y el equipo que formamos es perfecto; siento mucho que no haya funcionado como se había previsto.
- Yo también quiero agradecerte todo el apoyo, tu motivación, tu creatividad, tu experiencia, pero sobre todo tu humanidad y lo buen compañero que has sido, aparte de jefe.
- Gracias María, muchas gracias – contestó Christoffer abrumado.

A la semana siguiente, María ya dejaba de trabajar en la agencia. Lo había estado hablando con Rubén, pero estaba claro que no estaba en sus planes trasladarse a vivir a Dinamarca, y menos aun cuando se acababa de casar y tenía una vida estable en España, con planes de formar una familia.

Pocos días después, Raquel, una compañera de la agencia, la llamó por teléfono para comentarle sobre unas vacantes que había visto en una empresa de seguros.

María le pidió el correo electrónico a Raquel y envió su currículum. Se alegró de haber hecho caso a su marido, y lo tenía actualizado desde hacía unas semanas.

Era viernes por la tarde, y chequeando sus correos, puso cara de sorpresa, al ver la respuesta de esta empresa, en la que agradecían su interés por la vacante del puesto de atención comercial, indicándole la posibilidad de realizar una entrevista el lunes siguiente.

Muy contenta, inmediatamente llamó a Raquel y le comentó sobre este correo. Raquel también había recibido la misma respuesta y ambas se presentarían el lunes para la entrevista; intuían que junto con muchas más candidatas...

María llegó a la empresa, algo antes de la hora, como era habitual en ella. El edificio era enorme, y tenía varias puertas de acceso, a las distintas plantas, por lo que

preguntó en la entrada a un vigilante de seguridad quien le indicó que debía coger el ascensor del fondo a la derecha, para subir a la oficina de Recursos Humanos, que estaba en la tercera planta, de las seis que tenía el edificio.

Al mirar el uniforme de ese hombre, sintió un pellizco en el corazón, que no supo bien interpretar, y siguió caminando hacia el ascensor.

De repente escuchó su nombre.

- ¡María, espera! – exclamó Raquel, que acababa de entrar en el edificio.

María se dio la vuelta y espero a su ex compañera para subir juntas a la planta tercera.

En realidad, estaban un poco expectantes al no saber el número de puestos que necesitaba cubrir la empresa, ya que la oferta de trabajo no indicaba este dato.

Por un momento dudaron de la posibilidad que fuera solo una vacante, y de la cantidad de personas que iban a optar al puesto, pero muy optimistas, ambas charlaron tranquilamente mientras esperaban en una sala contigua al despacho de recursos humanos, que divisaban desde esa sala, y que un amable chico les había indicado.

Pasaron diez minutos y se dieron cuenta de que no había llegado ninguna otra persona más, solo estaban ellas dos. A Raquel le habían citado a las nueve y a María a las nueve y media.

- Raquel Díaz – dijo una voz alegre en la puerta del despacho.

Sí, soy yo – contestó Raquel mientras se levantaba y se dirigía con entusiasmo hacia donde estaba la chica que la había llamado, quien sujetaba la puerta con una sonrisa.

María mientras tanto, se entretenía mirando todos los despachos de la planta; la sorprendió la decoración y los cuadros tan originales, los espacios tan abiertos y luminosos que tenía ese sitio y las plantas naturales tan bien cuidadas. Sin duda era una gran empresa y se veía todo impecable y muy bien organizado.

Enseguida escuchó un bip en el móvil, y vio que era un mensaje de Rubén.

- ¿Qué tal cariño, cómo ha ido la entrevista?

- Aún estoy esperando, acaba de entrar Raquel. Este sitio me encanta, ya te contaré. Un beso mi niño. Te quiero.

A los veinte minutos, salió Raquel con gesto sonriente, y no le dio tiempo a acercarse a María, cuando la misma chica de antes, ya la estaba nombrando en alto.

- ¡María Vega!
- Sí, soy yo – se levantó cogiendo el bolso que tenía apoyado en la silla de al lado, y se dirigió hacia esta chica.
- Buenos días María, soy Inma la responsable de Recursos Humanos – le dijo estrechándole la mano.

Dentro del despacho había dos personas más a parte de la responsable, que observaban con atención cada palabra y cada gesto de María.

- Él es Eduardo y ella Elena, trabajan conmigo en el departamento, desde hace ocho años.
- Muy bien María, hemos estado revisando tu currículum, y vemos que tienes bastante experiencia en marketing, ¿ha sido tu último trabajo, verdad? – preguntó Inma.
- Sí, así es, anteriormente trabajé como comercial en una empresa de seguros, en la que estuve casi cinco años – dijo María con sinceridad, revelando el nombre de la empresa.
- Ajá, sí, ya lo hemos visto; justamente es lo que nos ha hecho decidirnos por ti como una candidata al puesto, dado que la experiencia que nos podrías aportar sería muy valiosa – dijo Inma con delicadeza y mucho agrado.
- Permíteme que te comente un poco sobre la vacante que queremos cubrir.
- Te encargarías de gestionar las llamadas a los clientes, sus pólizas y resolver cualquier duda que puedan tener, así como otras labores más administrativas que ya te comentaría más en detalle, la directora comercial, Carolina Martínez.
- Perfecto, considero que tengo experiencia y puedo aportar muchas cosas para este puesto. El sector de los seguros me es muy familiar, y lo conozco bastante bien, por lo que creo que encajo perfectamente en el perfil – contestó María con mucha rotundidad.
- Muy bien María, estamos finalizando el proceso de selección, así que agradecemos mucho que hayas venido y te llamaremos durante esta semana para comunicarte cualquier decisión –

concluyó Inma con claridad y firmeza.

Cada uno de ellos la estrecharon su mano, y se despidieron de ella con agradecimiento por asistir a la entrevista.

Muy contenta por cómo había ido todo, se dirigió al ascensor, no sin antes pararse a tomar un poco de agua en la fuente que había al lado del pasillo, que daba paso a las escaleras.

Pulsó al botón del ascensor y la puerta se abrió con dos señores que charlaban en el interior.

Rodrigo se quedó sorprendido mirándola y la reconoció rápidamente. Sabía que era ella, la novia de su hijo Miguel, a la que la última vez que había visto, había sido tristemente en una cama inmóvil, tras el accidente.

María entró en el ascensor, y saludó con un “Buenos días” muy efusivo. Sin reparar en la cara de asombro de Rodrigo; cogió el móvil y le puso un mensaje a Rubén.

- Ya está cariño, he salido muy contenta de la entrevista, y algo me dice que pronto voy a trabajar aquí.

Antes de salir por el edificio, ya había recibido la respuesta de su marido.

- Genial preciosa, ojalá así sea, confío en ti

Rodrigo llegó a su despacho, y no se podía quitar la imagen de María de la cabeza. Verla tan recuperada le hizo sentir muy bien, pero por otro lado, no sabía qué habría detrás de ese inesperado encuentro y se preguntaba si esto significaría algún cambio en la vida de su hijo, quien por fin se estaba recuperando de una gran depresión.

Miguel se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo, y esto le restaba tiempo para pensar en el dolor que le habían causado las consecuencias de ese fatídico accidente.

Había comenzado a correr de nuevo, y hacer la misma vida que llevaba antes. Todo, excepto estar con la mujer de su vida, quien la naturaleza del cuerpo humano, quiso separar de la suya de una forma tan injusta.

Durante seis meses estuvo visitando a un psicólogo, que le había recomendado una amiga de su madre; la terapia con él, le ayudó a soportar esta situación. Le hizo entender que a veces en la vida suceden cosas que no esperamos, pero debemos ser capaces de comprenderlas y dejar que el tiempo ponga todo en su sitio, con aceptación y con positividad ante todas las cosas.

Hubo una frase que le dijo el psicólogo, y se le quedó grabada:

- Si finalmente ella es para ti, será, ¡no lo dudes!. Mientras tanto, ¡vive, y disfruta cada momento de tu vida!

Miguel decidió no visitar más a María, tras la última vez en la que se sintió muy rechazado por ella. En las últimas llamadas que había hecho a su casa, sintió que Elvira ya no le contestaba como antes, y también notó cierta molestia en su voz.

No recordaba el día que la vio en la puerta del pub, pero su amigo Pedro se encargó de recordárselo al día siguiente. Cuando lo supo, sintió una vergüenza terrible, y unos celos inmensos de ese hombre que según su amigo le acompañaba. Se preguntaba si serían pareja y si se había enamorado de él. Eso le atormentaba profundamente.

Aunque en el fondo, y aunque no lo había hablado con nadie, su corazón le decía que María recuperaría la memoria en algún momento. Momento que él ansiaba vivir con todas sus fuerzas, pero a la vez le asustaba porque ya estaba rehaciendo su vida con otra persona.

Lucía llegó en el momento oportuno. Él ya se encontraba más recuperado y con ganas de vivir de nuevo, de salir y tener más relaciones sociales.

El trabajo, sin duda, le había ayudado bastante, y estaba inmensamente agradecido a su padre por haberle dado esta oportunidad, que sin duda fue el primer escalón para salir del pozo sin fondo donde había caído.

Lucía trabajaba también en la empresa desde hacía cinco años, como administrativa en el departamento financiero.

Desde que Miguel comenzó a trabajar allí, ella no le había quitado los ojos de encima.

Coincidían en el comedor, y es ahí donde comenzaron un primer acercamiento.

Miguel, en un principio, no se sintió atraído por ella, pero según la fue conociendo, su interés por ella fue en aumento.

A los dos meses ya estaban saliendo, y parecía que compaginaban bastante bien. Aunque Lucía era una mujer muy posesiva y celosa, y a veces discutían por pequeñas historias que ella creía, pero no tenían fundamento alguno.

Rubén llegó a casa sobre las siete de la tarde. Entró con su alegría de siempre y silbando, haciendo ruido para que su mujercita le saliera a recibir con un

beso, que es lo que más deseaba en ese momento. El día había sido muy duro, un tráfico intenso que le había producido muchísimos retrasos, que junto con la lluvia lo había complicado aún más.

María estaba eufórica, le acababan de llamar de la empresa para comunicarla que la habían seleccionado y que en una semana comenzaría a trabajar.

Salió a recibir a su marido, y no solo le dio un beso sino que aprovechó a insinuarse y a provocar una tensión sexual que resolvieron rápidamente en el dormitorio, celebrando esa buena noticia.

Rubén encantado con el recibimiento y más aún con el festejo posterior, abrazó a su mujer y la sugirió que se ducharan juntos para poner la puntilla a ese momento apasionado de desenfreno y frenesí. María aceptó sin dudarle ni un segundo, y culminaron el momento con un memorable, fantástico y placentero fin de fiesta.

Antes de cenar, María recibió la llamada de Raquel, quien la preguntaba con mucha curiosidad si la habían llamado de la empresa.

- ¿Qué tal, cómo te fue en la entrevista? –preguntó Raquel muy intrigada.

- Muy bien, me han llamado para decirme que he sido seleccionada. Perdona, no me ha dado tiempo ni a llamarte (obvió que había estado entretenida en otros menesteres...)

Raquel se quedó callada y enseguida le cambió el tono de voz.

- ¡Enhorabuena!, me alegro mucho – dijo con un tono de decepción que quiso disimular.

- Gracias, siento de verdad que no nos hayan podido coger a las dos – contestó María con pena.

- No pasa nada, esto es así, en realidad yo no tenía nada de experiencia en seguros, y tú tienes muchos años, eso es lógico – dijo Raquel con resignación.

- Bueno, pero no te preocupes porque guardarán tu currículum y es una empresa muy grande; seguro que surge alguna otra vacante, ¡ya verás!. No dudes que estaré atenta, y cualquier cosa te llamaría.

- Gracias guapa, ¡ya me contarás qué tal en esta nueva etapa, mucha suerte! – dijo Raquel algo más animosa.

- Un beso, cuídate.

Al día siguiente María asistió a su clase de canto. Era jueves y la clase está más llena que los martes. Se habían incorporado tres personas nuevas y el profesor estaba encantado con el grupo.

Martin ya conocía a María, y sabía el potencial de voz que tenía, y como había mejorado en los últimos meses. Fue él quien le había ayudado con las últimas actuaciones de las salas de fiesta, en las que cantó, justo antes del accidente, pero María no lo recordaba.

Para Martin fue muy complicado también, sobre todo los primeros días, en los que sabiendo cómo había llegado a cantar, y reconociéndola públicamente como una importante solista de canción melódica, ahora la veía ahí, ilusionada por hacerlo cada día mejor, sin recordar que había llegado a abarrotar salas y a levantar a muchísimo público de sus asientos.

Pero la calidad vocal que María tenía ahora, era algo inferior, y debían trabajar mucho tiempo juntos para volver a conseguir que ella cantara como antes.

Elvira trataba de animarla y motivarla con sus discos y en su casa, siempre solía escucharse música clásica, ópera y zarzuela.

A la semana siguiente, María se presentó muy puntual a su primer día de trabajo.

Subió a la cuarta planta, donde le habían indicado que preguntara por el Sr. Vidal, responsable del área comercial del departamento.

El Sr. Vidal se presentó a los pocos minutos, y con mucha educación, la saludó con la mano, dándole la bienvenida a la empresa.

- Bien, María, nos alegramos de que formes parte de esta gran familia, y este será tu puesto de trabajo – dijo muy correcto, señalando la mesa que tenían delante, situada justamente enfrente de su despacho.

- Te presento a Isabel, y a David.

Los dos se acercaron a darla dos besos de forma muy cariñosa. Isabel estaba sentada a la derecha de su mesa, y David justamente detrás.

- En el día de hoy, me gustaría que revisaras la base de datos de clientes, y que te familiarizaras un poco con el programa de CRM con el que trabajamos. Cualquier duda que tengas, por favor me dices. Aquí te dejo el listín telefónico con los teléfonos y extensiones de toda la empresa.
- Muchas gracias – contestó ella agradecida.

Al cabo de un rato, Isabel se acercó a María, para darle la bienvenida de una forma más personal. Gesto que ella agradeció y le hizo pensar que esa chica, iba a ser una buena compañera.

Durante las dos primeras horas María, estuvo revisando los programas que tenía instalados en el ordenador, y una vez que supo las claves de acceso, comenzó a trastear por el programa y a revisar la cartera de clientes.

Le pareció bastante sencillo, aunque no lo conocía, ya que ella había trabajado con otro programa diferente.

El Sr. Vidal muy pendiente de ella, vino amablemente a preguntarla qué tal estaba y a pedirla que por favor bajara a Recursos Humanos para firmar el contrato.

Justo cuando estaba recogiendo su documentación, aparecieron dos hombres muy trajeados, y se metieron en el despacho del Sr. Vidal.

María que tenía curiosidad y muchas ganas de ir conociendo a sus nuevos compañeros, preguntó a David que quienes eran esas personas, y si pertenecían al departamento comercial.

- El señor más alto es el director general de esta empresa, Rodrigo Suárez, y el otro, Luis Jiménez, el director adjunto – dijo David para ponerla en situación sobre el comité de dirección de la empresa.
- Gracias por la información.
- Somos cuatrocientos empleados, así que tranquila, aún te tomará tu tiempo conocernos a todos. Yo no conozco ni a un tercio de la plantilla todavía.
- Ya imagino, poco a poco – contestó María con asombro por la cantidad de personas que trabajaban allí.

Como le había pedido el Sr. Vidal, María, en lugar de coger el ascensor para una sola planta, se decidió a bajar las escaleras y así se hacía mejor con el lugar de trabajo y descubriría más detenidamente los despachos y salas que tanto le habían impresionado el día de la entrevista.

Llamó a la puerta del despacho, y escuchó la voz de Inma, quien le pidió que entrase.

- ¿Qué tal María?, ¡Bienvenida!, ¿cómo estás?

- Muy bien, muchas gracias. Estoy muy ilusionada con este trabajo y espero no defraudaros.

- ¡Claro que no, estamos convencidos! – respondió Inma con entusiasmo.

- Por favor, necesitamos que nos entregues tu DNI y tu número de cuenta. Mientras hacemos copia de tus documentos, puedes ir rellenando este formulario. Es un registro de datos personales que rellenan todos los empleados.

Entregó el formulario relleno, y firmó el contrato inicial de tres meses, que si todo iba bien, se ampliaría directamente a un año. Salió del despacho cerca de las dos, y con un talonario de vales de comida para todo el mes, que le acababan de entregar también. Algo que la sorprendió gratamente.

La oficina estaba bastante lejos de su casa, y solo tenía una hora para comer, por lo que aunque ese día no se había traído comida, estaba pensando en ir preparando tupper para toda la semana en cuanto llegara a casa.

Cogió el bolso, y le pidió a Isabel que le indicara donde estaba el comedor. Isabel se ofreció a acompañarla con su tupper en la mano. El comedor estaba en la planta baja, justo al otro lado de la entrada al edificio.

María se quedó perpleja al ver las dimensiones que tenía, pero claro, teniendo en cuenta la cantidad de empleados que eran, tampoco le debía de extrañar, pensó en voz baja.

Se acercó a mirar el buffet, y tenía tal cantidad de variedad que no supo ni qué elegir. El menú estaba muy bien de precio y lo mismo ya se iba a pensar mejor lo de traerse todos los días comida.

Isabel se sentó con un grupo de compañeros a los que se notaba que conocía muy bien, por la complicidad que veía entre ellos, y la invitó a compartir la misma

mesa, para que así fuera conociendo a más gente.

- Te presento: Rafa, Vero, Susana, Enrique y a David ya le conoces– dijo Isabel.
- Uf, creo que con algún nombre me he quedado pero no con todos, perdonad. Soy María, dijo un poco cortada.
- ¿Es tu primer día aquí? – preguntó Rafa.
- Sí, he empezado hoy.
- ¡Bienvenida! - contestó el resto.

El reencuentro

María aprovechó para echar un vistazo a todo el comedor, mientras dejaba que ellos hablaran de sus cosas; no quería ser el centro de atención, y prefería pasar más desapercibida.

Terminó el segundo plato, y se disponía a comerse el postre, cuando se dio cuenta de que no había cogido la cuchara.

Entonces se levantó y se dirigió a una de las mesas cercanas al buffet, donde antes había visto todos los cubiertos. Justo cuando estaba cogiendo la cuchara para las natillas, se escuchó muy cerca un estruendo enorme; al darse la vuelta, vio una bandeja completamente llena de comida tirada en el suelo.

Levantó la mirada y se encontró a Miguel justo enfrente, mirándola muy asustado, con ojos de haber visto un fantasma. El impacto que le supuso verla, hizo que se le cayera todo lo que llevaba en las manos, incluido el vaso de cristal que se había hecho trizas.

Lucía que estaba con Miguel, le miraba extrañada, y no entendía nada de lo que estaba pasando. Le vio raro y al ver como miraba a esa mujer, le cogió del brazo y le llamó torpe delante de todas las personas que se quedaron mirándole.

Miguel no reaccionaba y María quiso salir de ese jardín lo antes posible.

- Hola, ¿qué tal?, ¿Trabajas aquí también? – preguntó ella con mucha curiosidad.
- Sí, ¿has dicho también?, ¿desde cuándo estás aquí? – preguntó él sin salir del asombro aun.
- Hoy es mi primer día. Estoy trabajando en el departamento de atención comercial. ¿y tú?

- Yo también trabajo en el área comercial, pero en la planta sexta. Llevo aquí un año y medio.

Miguel no podía creer que eso fuera verdad, eso tenía que ser una broma, pensó, y además de mal gusto. No porque no quisiera verla sino porque esa situación le complicaba mucho las cosas y estaba convencido de que tarde o temprano, más bien temprano, le volvería a desestabilizar.

- Bueno, te dejo, voy a ver si me acabo el postre – dijo ella un poco evasiva.

Miguel, de nuevo, se dio cuenta de que nada había cambiado. La vio muy guapa, y bastante cambiada. Se la veía feliz y muy segura de sí misma, esto para él no era nada nuevo. Ver la alianza de oro tan flamante en su mano, le hizo sentir una punzada en el corazón.

Lucía muy intrigada, le preguntó enseguida qué quien era y dónde la había conocido. Estos arrebatos de celos era lo que peor llevaba Miguel, y en ese momento, prefirió salir rápido del paso.

- Era una compañera del instituto que no veía hacía mucho tiempo.

Lucía no se tragó mucho la historia, pero lo dejó estar. No le había parecido que esa chica, por la reacción que ella había tenido hacia él, pudiera suponer un peligro en su relación.

Esta tarde, María llegó muy contenta a casa. Rubén aún no había llegado y decidió preparar una cena especial para su maridito.

Metió una botella de vino espumoso en la nevera para que estuviera fresquito, y preparó una ensalada de queso de cabra y nueces, que a Rubén le encantaba, que aderezó con una salsa de miel y pistachos, que había comprado en el súper que estaba cerca de su casa. Luego preparó unos solomillitos al horno con unas patatas panaderas que estaban para chuparse los dedos.

Rubén entró un poco más tarde de las ocho, y como siempre abrió la puerta silbando y con ganas de un beso de su mujer.

María se abrazó a él con fuerza y acariciándole la cara con ternura le dio un beso en los labios muy sugerente.

- Hola cariño, ¿qué tal te ha ido el día hoy? - preguntó ella.
- Regular, hemos tenido una avería en el autobús y se nos ha quedado parado en medio de la carretera. Hemos formado un

atasco monumental y hasta que no ha venido el mecánico, no he podido seguir con la ruta. He perdido más de dos horas.

- Vaya, lo siento, bueno relájate, no ha sido culpa tuya, son cosas que pasan – dijo María para animarle.

- Date una buena ducha, y ponte cómodo que ya tenemos la cena lista.

Rubén vio la mesa puesta y el vino en la nevera, y se alegró de cualquier celebración que se terciara, eso era siempre señal de buenas noticias!

- Uhm qué buena pinta tiene todo, ¡qué rico mi niña!!

Mientras cenaban relajadamente, Rubén la preguntó por su primer día de trabajo. Ella le contó que le encantaba la empresa y los compañeros que había conocido eran muy majos. Se encontraba muy a gusto, y enseguida se haría con el trabajo.

Miguel llegó a casa bastante desanimado, y con un sentimiento extraño. Se sentía mucho más fuerte mentalmente, pero el encuentro con María, no le había dejado nada indiferente, y consiguió desestabilizarle. Aunque la terapia había dado su fruto, y tuvo mejor control de sus emociones, le afectó enormemente ver el anillo en su mano.

Era algo que jamás hubiera pensado poder ver, y se hizo varias preguntas, que le crearon cierta ansiedad: ¿cómo en tan poco tiempo se había podido casar?, ¿estará enamorada de él?, ¿esa persona sabrá algo de mí?; todas esas respuestas le provocaban mucha incertidumbre.

Abrió el cajón de la mesilla de su dormitorio, y sacó varias fotos de su viaje a Italia.

No pudo contener las lágrimas cuando vio la primera foto, juntos con un helado en la mano, la cara manchada de chocolate, y una sonrisa de felicidad absoluta. En la otra foto se veían radiantes paseando en góndola por Venecia.

Niebla llegó rápidamente a saludarle y a darle una dosis de cariño, que sin duda, él necesitaba.

Cogió el llavero que aún conservaba y en el que todavía tenía sus llaves, y lo dejó encima del aparador. No quería volver a deshacer todo lo que había conseguido avanzar. La situación era difícil, y trataría de hacer lo posible por no cruzarse con ella, aunque algo en su interior, le pedía todo lo contrario.

Miró el móvil, y vio que Lucía le había llamado cinco veces, para preguntarle dónde estaba.

Miguel se empezaba a sentir muy agobiado.

Después de un mes, María se encontraba muy cómoda en la oficina. Empezaba a tener algo más de trabajo, y se desenvolvía muy bien con los clientes. Tenía bastante don de gentes, y le gustaba todo lo que hacía.

Estaba muy concentrada en sus cosas, pero también tenía tiempo para observar las miraditas que Isabel y David se lanzaban, como si fueran dos quinceañeros. No sabía si había algo más entre esos dos pipiolos, pero estaba claro que si no lo había, lo habría y muy pronto.

En el comedor, ya había descubierto varias parejas, y como si del sálvame se tratara, el cotilleo de las mesas por las “noticias rosas del corazón” era el más aclamado. A María no le gustaba demasiado este tipo de cotilleos, y prefería evitarlos, pero a veces se divertía.

Esa tarde la contaron que el Sr. Vidal tenía una aventura con Inma, la responsable de Recursos Humanos. María se quedó perpleja al oírlo, no se lo esperaba para nada. Tenían una diferencia de edad abismal, pensó, ¡pero para gustos los colores!.

En la tertulia de cotilleos, entró Rafa con noticias frescas y María sonreía cada vez que venía y se sentaba en la mesa. Le llamaban “radio macuto” porque no había nadie que se enterara de más cosas que él.

- ¡Me acabo de enterar de una bomba! – dijo Rafa creando expectativas.

- Han visto al hijo del jefe con la chica nueva del departamento financiero. Imaginaos cuando se entere Lucía... – dijo moviendo la mano de arriba abajo.

María, un poco desconectada de los nombres y parentescos de los altos cargos de la empresa, preguntó muy ilusa.

- ¿Y quién es el hijo del jefe?

- Aquél chico alto de la camisa azul – dijo Rafa señalando a la primera mesa.

María se dio la vuelta y vio a Miguel con una camisa azul. Se quedó sin palabras en ese momento.

Algo extraño que no entendía bien le pasó por la cabeza. Empezó a recordar cuando le vio por primera vez en el hospital, y no tenía ni idea de quién era. Luego cuando sus padres le contaron que era su novio. Después cuando vino a visitarla a casa.

Un cocktail de ideas inundaron su cabeza, y no era capaz de explicarse el por qué le había venido todo aquello junto, así de repente.

Esa sensación le incomodó, y quiso pensar en otra cosa. Se levantó de la mesa, se despidió de sus compañeros, que aún estaban con el café, y subió a la oficina a seguir terminando el trabajo que había dejado pendiente.

Mientras esperaba el ascensor, vio cómo se acercaba Miguel.

Se saludaron al entrar, y él pulso los botones cuatro y seis, sin preguntar. Recordaba que se lo había dicho María la primera vez que se encontraron en el comedor.

Estaban los dos solos, ninguno quiso decir ni una palabra.

Miguel estaba nervioso, la presencia de María a su lado le provocó un estremecimiento en todo el cuerpo que le hizo enmudecer. María también estaba nerviosa, pero no sabía el motivo. Estar tan cerca de él le provocó un extraño escalofrío que no había sentido antes al verle.

Ella salió en la cuarta planta, y antes de que cerraran las puertas del ascensor, se giró y le miró fijamente a los ojos. Miguel no podía dejar de mirarla, completamente ensimismado.

Al llegar a su mesa, sintió cierto temblor en las piernas, y su corazón estaba un poco acelerado. Quiso beber un poco de agua para recomponerse, pero su botella estaba vacía. Se levantó y fue a llenarla en la fuente que tenía más cerca.

Al pasar por el almacén, vio que la puerta estaba cerrada, cosa rara, ya que solía quedarse abierta, y al acercarse escuchó unos ruidos o más bien gemidos, que procedían de allí dentro. Ella no daba crédito a lo que estaba escuchando, y sonriendo se llenó la botella de agua y se volvió a su sitio. Demasiada casualidad que ni Isabel ni David no estuvieran en sus sitios; por lo que supuso claramente que los dos pipiolos estaban dando rienda a su pasión en la oscuridad del almacén.

Al rato, vio llegar primero a Isabel, con el pelo bastante despeinado y con restos de pintalabios en el cuello y en la barbilla, y al ratito llegó David, con la bragueta del pantalón desabrochada.

María sonrió con complicidad; eran evidentes las pruebas del delito....

- ¡Me gusta la idea, mañana mismo iré a verte!. Yo también quiero probarlo; ya te imagino subiéndote a la caja, uhm....- dijo Rubén mientras María se lo contaba por la noche; y se echaron a reír a carcajadas.

Esa mañana, María decidió coger el metro para ir a trabajar. Los atascos de los últimos días le habían hecho llegar tarde tres días seguidos, y no le gustaba nada.

Había visto otra alternativa en el metro, en la que se ahorraba diez minutos de camino y solo tenía que hacer un trasbordo, así que quiso probar.

Como hacía tanto tiempo que no viajaba en metro, vio que ahora tenía que usar una tarjeta que podía recargar para hacer tantos viajes como quisiera. Pasó la tarjeta por el tornó, y miró hacia las escaleras, antes de llegar al andén.

En ese momento, le vino una imagen borrosa a la cabeza, y un dolor punzante le hizo pararse durante unos segundos. Bajó las escaleras con cierto miedo. Algo le impulsaba a bajar así de despacito y agarrada de la barra.

Cuando llegó abajo, vio como dos vigilantes de seguridad controlaban el andén, y fue en ese instante, al ver ese uniforme, cuando el recuerdo de una imagen muy clara le vino a la memoria. No conseguía identificar quien era esa persona, pero la imagen aparecía y desaparecía fugazmente.

Sintió un ligero mareo y enseguida se sentó con la cabeza apoyada en la pared.

Uno de los vigilantes se acercó a ella y se interesó por su salud.

- ¿Se encuentra bien señora?
- Sí, sí, solo estoy un poco mareada, gracias – respondió ella cerrando los ojos.
- ¿Quiere un poco de agua? – le preguntó el joven muy preocupado.
- Sí, muchas gracias, te lo agradezco.

El joven apareció con una botella en la mano, y se la ofreció a María, quedándose frente a ella para ver si se recuperaba. María abrió los ojos y vio al chico muy cerca. Le miró la camisa, y el bolsillo con ese escudo que le estaba siendo tan familiar. Fue justo en ese momento cuando le vino un flash back muy nítido con la imagen de Miguel.

Se quedó muy impactada. El joven vigilante no sabía qué la pasaba y la preguntó si necesitaba asistencia médica.

- No, no es necesario, estoy bien, gracias – dijo ella con un sentimiento nuevo que no era capaz de asimilar.

A los pocos minutos, se levantó y miró el reloj. Se dio cuenta de que ya era tarde y debía continuar hacia el trabajo.

Llegó puntual a la oficina, y encendió el ordenador para revisar todos sus correos. Aún no se había recuperado del mareo y la imagen de Miguel, con el uniforme de vigilante, no paraba de aparecer en su recuerdo, una y otra vez.

Se encontraba un poco asustada y sin pensárselo dos veces, decidió llamar al hospital para que le pudieran dar una cita con el doctor Velasco. Anotó la cita en su móvil, y se alegró de que fuera tan pronto, tan solo en dos días.

El doctor Velasco se alegró de verla con tan buen aspecto, y sobre todo tan recuperada en todos los aspectos. Le hizo un chequeo riguroso y varias pruebas de lectura y escritura, para ver su evolución. Le sorprendió gratamente lo bien que estaba y las pocas secuelas aparentes, que parecía haberla dejado el traumatismo. Sin obviar, por supuesto la más grave, su pérdida de memoria en ese período tan largo de tiempo.

Precisamente María le quería comentar sobre ese asunto. Le había sucedido un episodio que necesitaba que el doctor supiese interpretar.

Al terminar de relatarle lo que le había pasado en el metro, el doctor le hizo una última prueba y se dio cuenta de que los valores anteriores ya no coincidían con los de ahora. Eso solo podía significar que sus recuerdos le estaban comenzando a llegar. Era una noticia extraordinaria y que se sintió muy orgulloso de dar.

- María, puedes estar tranquila, son muy buenas noticias, y es muy probable que estés empezando a recuperar recuerdos de una forma intermitente. No te asustes, y trata de llevarlo lo mejor posible. Cualquier cosa que te sientas o algún dolor que puedas tener a partir de ahora, por favor, pide cita conmigo inmediatamente.

María se fue mucho más tranquila del hospital, pero a la vez muy inquieta. No sabía qué recuerdos llegarían ahora, y le asustaba. Quizás no estaba preparada para afrontarlo todavía.

Al día siguiente, y como había hecho durante la semana, cogió de nuevo el metro. Sin duda, se ahorra más de diez minutos en cada trayecto, y a partir de entonces eligió esta alternativa para llegar al trabajo.

Los primeros días echaba mucho de menos a Rubén, y se acordaba de sus viajes en autobús, de vuelta a casa, pero el horario ya no le cuadraba y trabajaba en una zona bastante más alejada donde la ruta que llevaba Rubén no cubría ese itinerario.

Iba con el tiempo justo, y decidió acelerar un poco más el paso. Al bajar las escaleras, escuchó que llegaba el metro, y tratando de bajar más rápido, apoyó mal el pie; una señora que venía detrás de ella, sin darse cuenta, la empujó y María terminó

en el suelo.

La señora se sintió fatal y pidiéndola disculpas la agarró de un brazo, mientras otro chico joven que bajaba también, la trataba de ayudar levantando el otro brazo.

- ¿Estás bien, te has hecho daño? – le preguntó la señora muy compungida.

- Estoy bien, no, no me he hecho daño, solo ha sido el susto – contestó María tocándose el muslo que le empezaba a doler de la caída.

El metro ya se había ido, y continuó hacia el medio del andén para esperar el próximo que llegaría en tres minutos.

Miró al frente y vio al vigilante de seguridad de la otra vez, hablando con la oficina de la estación. De repente le vino otro recuerdo, y esta vez mucho más nítido que el anterior.

Vio perfectamente la cara de Miguel, y un poco de sangre en su pierna, que no supo qué significaba. Después apareció la imagen de un coche, y volvía a ver a Miguel conduciendo.

El ruido de un grupo de japoneses llegando al andén, la hizo despertar de ese recuerdo y volvió a la realidad en un segundo. Entró en el metro, y se encontraba confusa y asustada. En tan poco tiempo la imagen de Miguel en su cabeza, y ahora tan nítida, la estaba haciendo revivir algo que estaba fuera completamente de su control.

Llegó a la oficina, e Isabel la saludó muy efusiva; María la correspondió de la misma manera, dándole unos buenos días muy enérgicos. La verdad es que estaban congeniando muy bien, y tenían muy organizado el trabajo. El Sr. Vidal ya les había transmitido su felicitación a los tres por la eficiencia con la que estaban resolviendo todas las gestiones con los clientes.

A la media hora, María vio llegar a Lucía con otra chica, y las dos se dirigieron a la máquina de café que estaba justamente detrás del despacho del Sr. Vidal. Observó que Lucía no le quitaba ojo durante el tiempo que estuvieron sacando los cafés, y la miraba de forma muy descarada, incluso señalándola y haciendo un gesto de desprecio.

- No entiendo por qué tienen que subir a esta máquina, si hay una en cada planta – dijo David muy extrañado refiriéndose a las dos chicas.

María guardó silencio, prefirió no opinar, aunque aquello no lo había pasado por alto, y le resultó bastante incómodo.

- El mundo está al revés, cómo puede tener la cara dura de parecer su amiga del alma, cuando se está tirando a su novio – exclamó David muy sorprendido.

María recordó la conversación que habían tenido días antes en el comedor, y lo que comentó su compañero en aquel momento no le pareció importante; sin embargo, ahora sí estaba provocando en ella una mayor curiosidad.

- ¿Esa es la chica que está liada con el hijo del jefe? – preguntó ella con ánimo de indagar un poco más.
- Sí, alguien les vio besándose el otro día en la sala de reuniones de la segunda planta. Desde entonces se rumorea que están liados. Además también les han visto salir del coche juntos, hace unos días – contestó David.
- ¿Y cómo se llama esa chica?
- Lourdes – contestó él.

María no sabía por qué estaba haciendo tantas preguntas, y a qué se debía su interés tan repentino, así que siguió haciendo su trabajo tratando de concentrarse en sus correos y no pensar ni un minuto más en Miguel.

Quedaba solo un mes para Navidad, y ya empezaban a decorar todas las plantas con adornos navideños y árboles muy frondosos cargaditos de bolas y luces de colores.

María estaba encantada. La Navidad era una época del año que le gustaba muchísimo y ya había empezado a comprar los primeros regalos. En eso le gustaba ser muy previsora, y no dejaba nada para última hora. Ya tenía en casa los regalos para sus gorditos preferidos, Hugo y Marcos.

Miró en la bandeja de entrada, y vio que tenía un correo sin leer. Este estaba personalizado con su nombre y el remitente era Recursos Humanos. En el asunto indicaba “Cena de Empresa”.

María leyó el correo, con mucha curiosidad, en él anunciaban la fecha, el lugar y la hora en la que se celebraría la cena de la empresa. Se pedía confirmación

de la asistencia a ser posible en esa semana, ya que tenían que reservarlo con antelación y las reservas en esas fechas eran muy complicadas, sobre todo para un número tan grande de personas. Por eso siempre la celebraban o a finales de noviembre o a primeros de diciembre.

Ella sin dudarlo ni un segundo, confirmó su asistencia. Era su primer año, y le hacía bastante ilusión. Pensó que era una muy buena oportunidad para relacionarse con más gente, que todavía no le había dado tiempo a conocer, en los pocos meses que llevaba trabajando allí.

Ese día se había llevado los canelones que le habían sobrado del día anterior. Los había hecho Rubén, y le habían salido exquisitos. Bajó al comedor con Isabel, y mientras ella le cogía el sitio en la mesa, María se acercó al microondas para calentar los exquisitos canelones.

Se hizo un pequeño lío con los botones, y empezó a sentirse un poco torpe con la tecnología digital. Nunca había visto tanta modernidad en un aparato tan simple, y no conseguía ver donde estaba el botón del tiempo.

- Espera, tienes que darle a este primero – dijo Miguel pulsando el botón, mientras la rozaba la mano.

María se giró y se encontró con su boca muy cerca de la suya. Sus ojos se encontraron y durante un par de segundos no pudieron desviar sus miradas.

Ella se puso muy nerviosa y al olerle sintió un tremendo escalofrío. Sus manos se pusieron a sudar y empezó a sentir un temblor muy brusco en las piernas. Miguel estaba muy nervioso también y las siguientes palabras que pronunció, no tenían mucha coherencia.

- Quieres, si eso, yo puedo – dijo casi tartamudeando y sin sentido.

María sonrió e interpretando lo que había querido decir, le agradeció simplemente el detalle.

- No te preocupes, trataré de no quemarme.

Lucía llegó inmediatamente, y se puso de forma muy brusca entre los dos. Le besó en los labios marcando territorio y la miró con una mirada muy desafiante.

María se quemó cogiendo sus canelones, pero con un gesto muy digno y como si no la hubiera dolido, se marchó hacia la mesa donde estaban Isabel, David y Rafa.

Mientras se tomaba el postre, vieron entrar a Lourdes, quien con mucho desparpajo se sentó en la mesa de Miguel y Lucía.

María no salía de su asombro. Se quedó un buen rato observando el panorama, y se dio cuenta de que Miguel estaba como reprimido, ni siquiera giraba la cabeza hacia Lourdes. Se le notaba con tensión y bastante incómodo. Sin embargo Lourdes estaba feliz, y provocándole con su escote de infarto, el cual enseñaba con orgullo, cruzando los brazos en el pecho, y apoyándose en la mesa, de una forma muy descarada.

María se preguntaba si Lucía no se había dado cuenta de las intenciones y las provocaciones de su querida compañera.

Eran las seis y cinco, y María se disponía a salir de la oficina, no sin antes archivar algunas pólizas con las que había trabajado y contestar el último correo del día.

Recogió su bolso, y se pasó por el baño para retocarse un poco. Esa tarde había quedado con Rubén, que irían a un concierto de música clásica, al que les habían invitado unos amigos de su madre, Elvira.

Se quitó los brillos de la cara, con un trozo de papel, se echó un poco de colorete, para no parecer tan pálida, y se pintó los labios rojos algo más oscuros que los que llevaba. Se peinó con el cepillo que siempre llevaba en el neceser, y se echó un poco de perfume, que guardaba en un frasquito muy pequeño, que tenía el tamaño ideal para llevar en el bolso.

Pulsó el botón del ascensor, y vio que tardaba más de lo habitual. Esperó un par de minutos, y al ver que no venía, pensó que quizás se había estropeado, así que decidió bajar por las escaleras y hacer algo de ejercicio.

Cuando iba por la primera planta, escuchó una voz muy entusiasta

- ¿Hoy te toca hacer deporte? – dijo Miguel mientras bajaba el último escalón tratando de alcanzarla.

María sonrió y le hizo un gesto con la cabeza.

- Pues sí, menos mal que no son muchas plantas. El ascensor se ha debido de estropear.

- ¿Qué tal, cómo te encuentras? Perdona que estos días ni te haya preguntado, lo siento.

María se quedó un poco bloqueada, y quiso salir airoso con la pregunta.

- Muy bien, gracias, estoy contenta de estar aquí.

- Bueno, yo me refería más a tu salud, si te encuentras mejor y si sigues haciendo tus controles rutinarios – dijo Miguel con mucho interés.

María de repente se quedó un poco pillada. Nadie en esa empresa sabía absolutamente nada de su accidente y de todo lo que le había pasado. Era algo que no quería comentar, al menos hasta que no tuviera más confianza con los compañeros. La pregunta de Miguel la hizo volver otra vez a recordar algo triste para ella, y que últimamente no lo había hablado ni con sus padres, ni incluso con su marido.

- Estoy bien, sigo con mis controles, y aquello ya pasó, hago una vida normal – contestó María con cierta incomodidad.

Miguel vio que su cara se estaba poniendo algo tensa, y eso ya lo había vivido antes. Era como un Deja vu que no quería volver a tener. Enseguida quiso cambiar la conversación.

- ¿Y ya has confirmado tu asistencia a la cena de Navidad? – preguntó con mucha curiosidad.
- Sí, me hace ilusión ir. Espero así conocer a más gente, y puede ser divertido. ¿Y tú ya has confirmado?

Miguel sonrió.

- Si te soy sincero, esa semana ya la tenía reservada para hacer un viaje. No sé aún qué haré. Pero estaría muy mal que no fuera a la cena, el hijo del jefe, ¿no crees? – dijo él con tono distendido, sonriendo y guiñándola un ojo.

María se había quedado en la palabra viaje, desde hacía unos segundos y mirándole fijamente a los ojos, tuvo otro nuevo recuerdo. En ese momento le había venido una imagen muy nítida de él pidiéndola que sonriera mientras le hacía una foto. En esa imagen se veía un puente grande y detrás agua.

Miguel la observaba con atención, y vio que ella se había quedado con la mirada perdida en un punto de la puerta del edificio. Lo que no sabía es que él formaba parte de sus pensamientos en ese momento.

Se quedó con las ganas de seguir hablando con ella, era lo que más hubiera deseado, pero quiso escuchar esta vez a la cabeza, y dejar a un lado el corazón. Se estaba poniendo a prueba para ver hasta dónde era capaz de controlar esta situación. Tenía delante a la chica que amaba, y que aún no había podido olvidar, pero era consciente, que para María, él seguía siendo un extraño; actuar de otra manera,

seguramente sería perjudicial para ambos.

Esa misma tarde llamó a su amiga Alicia y se fueron a comprar un vestido para la ocasión.

Alicia le regañaba porque sabía que en su armario tenía una colección enorme de vestidos de todos los colores, y algunos preciosos, que no se había vuelto a poner. Pero María tenía muy claro que quería estrenar un vestido nuevo; lo tenía tan claro como el color, sin duda, tenía que ser rojo.

Después de tres horas de tienda en tienda, María encontró el vestido que buscaba. Un vestido rojo, sencillo pero elegante, sin mangas, no demasiado corto, entalladito, y con un bonito escote redondo que le daba juego para ponerse un colgante mono.

Los zapatos no los quiso ni mirar, porque sabía que Rubén algún día la echaría de casa por ocupar un armario entero de zapatos de todos los estilos.

Esa noche, Rubén preparó la cena, con unas tapitas de jamón ibérico y una tortilla de patatas que sabía que a María le chiflaba. La hacía con bastante cebolla y tenía una maestría tremenda para darle la vuelta y dejarla con una forma perfecta. A los dos les gustaba poco hecha y no muy doradita.

Como estaban en vísperas de navidad, abrieron una de las botellas de vino del bueno, que les había regalado el padre de María, y disfrutaron de una cenita tranquila.

El vino hizo mella en María, y le empezó a entrar esa risa nerviosa que tanto le gustaba a Rubén, y que era presagio de un fin de fiesta muy entretenido.

María no estaba acostumbrada a beber vino, y en general, ninguna bebida con alcohol. De hecho, desde el accidente la desaconsejaron que tomara cualquier bebida con alcohol, para evitar que pudiera causarle mareos y fuertes dolores de cabeza.

Pero ella estaba feliz y beber un poco de vino con la comida, no pensó que le pudiera perjudicar.

Cenaron tranquilamente y las miradas de María hacia su marido, cada vez eran más sugerentes. Pusieron música para bailar, y Rubén sonreía dejándose llevar por los caprichos de su chica, que le hacían divertirse también a él, y disfrutaba por verla tan contenta.

Ella empezó a insinuarse y a darle besos en el cuello y Rubén que no era de piedra, la correspondía con la misma intensidad de deseo y atracción. Continuaron

sus artes amatorias en el sofá, y en el momento más pasional y culminante de la noche, María le llamó Miguel, en dos ocasiones.

Ella no fue consciente, hasta que vio la cara desencajada de su marido, levantándose y recomponiéndose tras semejante papelón.

Rubén se fue muy serio al baño, y no salió hasta bastante tiempo después. Tras darse una ducha, se quedó sentado encima de una alfombra, con las manos en la cara, y conteniendo la impotencia que sentía.

Fue justo en ese instante, cuando recordó aquellas palabras sobre el chico amigo de la familia. Palabras que siempre puso en duda, y que ahora delataban que posiblemente ese hombre tenía mucho más peso en su vida.

Sintió un dolor tremendo en el pecho y no supo cómo enfrentarse a ello con su mujer.

María le estaba esperando, apoyada en el marco de la puerta del baño. No podía creer que se le pudiera escapar otro nombre en un momento tan inoportuno. Se sentía fatal, y lo peor de todo es que no entendía por qué le había salido, no lo hizo de forma consciente. Ahí se dio cuenta de que su subconsciente le había jugado una mala pasada, y se asustó por no haberlo podido controlar.

Rubén salió del baño y la vio en la puerta. Pasó de largo con gesto serio y se fue a la cama sin mediar palabra.

María no quería dejar las cosas así; todo eso merecía una explicación, aunque no se encontraba con capacidad para dársela, porque ni ella misma, sabía cómo.

- Lo siento mucho cariño, no sé por qué he dicho ese nombre, créeme, no he sido consciente. Sé que te he hecho daño y te pido perdón. Te quiero con locura y me gustaría que no le dieras más importancia de la que no tiene – le dijo María con lágrimas en los ojos.

Rubén se giró en la cama, y le hizo un gesto de aceptar sus disculpas, pero no quería seguir hablando del tema. María se echó hacia su lado y abrazándole como hacía cada noche, trató de dormir, pero no pudo conciliar el sueño ni un solo minuto.

Rubén tampoco.

A las cinco de la mañana sonó el despertador, y Rubén que no había pegado ojo y había visto todas las horas en el reloj, se levantó muy desganado y se metió en el baño.

Tras ducharse, se tomó un café rápido y se marchó. Esta vez no le dio un

beso a María.

Ella que estaba despierta, no entendió su actitud. A pesar de todo, creía que su disculpa al menos había servido de algo; pero tras ese gesto tan frío, y muy desconocido de Rubén, supo que su marido estaba mucho más dolido de lo que imaginaba.

María llegó al trabajo con un cansancio muy notable, y le hicieron falta varios cafés para poder concentrarse en la cantidad de trabajo que tenía pendiente.

A pesar de las bromas que le lanzaban Isabel y David, para atraer su atención, ella no tenía humor para nada y prefería mantenerse un poco ausente.

- ¿Qué te pasa Mary? – le preguntó Isabel cariñosamente y con preocupación.

- Nada, no he dormido mucho, y estoy con un sueño terrible.

Isabel se dio cuenta enseguida de que efectivamente algo serio la pasaba, pero respetó que no lo quisiera compartir con ella.

Encendió su ordenador y vio que le habían entrado bastantes correos, así que empezó a contestarlos uno a uno.

En ese momento, le entró un correo nuevo. No tenía asunto, y el remitente era desconocido para ella.

- *“No me gusta nada que hables con mi novio, y mucho menos que tontees con él. ¿Entendido?, espero no tener que repetírtelo otra vez. Lucía”.*

María no salía de su asombro, eso ya era demasiado para comenzar el día, la dosis de “día desastroso”, ya se había cubierto, no podía con más extras.

Cerró el correo y ni se molestó en contestarlo. Inmediatamente se lo pensó mejor, y lo borró.

Faltaba un día para la cena de empresa, y se pensó muy seriamente si asistir o no. La verdad es que no tenía ni pizca de ganas de ver a esa petarda como una lapa pegada a su novio para que no se lo quitaran.

Pobrecillo, este chico no sabe la víbora que tiene al lado, pensó en voz baja, sintiendo compasión por él.

Lo que María no sabía es que Miguel no estaba nada bien con Lucía, y lo había intentado dejar varias veces, pero ella le tenía completamente presionado, haciéndole chantajes emocionales y montándole numeritos por todos los sitios donde iban. En la empresa le encantaba hacer paripés delante de los demás, y presumir de

ser la novia perfecta del hijo del jefe.

Se rumoreaba por los pasillos, que Miguel se había liado con Lourdes para provocar que Lucía le dejara.

María pasó el día como buenamente pudo, y ni siquiera comió en el comedor. Prefirió comprarse un bocadillo en una tienda cercana a la oficina, y se sentó en un banco tranquilamente, aunque pasando mucho frío.

Llegó a casa cerca de las siete, y vio que Rubén ya había llegado.

Le saludó con un beso, y Rubén le correspondió, aunque manteniendo aún cierta seriedad en su cara.

No la había dado tiempo de dejar el abrigo en el perchero, cuando Rubén que estaba sentado en el sofá, con la televisión apagada, le preguntó en voz alta.

- ¿Quién es Miguel?

María, intuyendo que esa tarde sería intensa y de confesiones importantes, se fue al dormitorio, se quitó los zapatos de tacón y volvió al salón, para sentarse justo enfrente de Rubén con los pies cruzados debajo de las piernas.

- Miguel para mí es un desconocido. Según mis padres, fue mi novio durante un tiempo, y el día del accidente, el coche nos arrolló a los dos. Pero no tengo ningún recuerdo de él y no puedo contarte como fue nuestra relación, porque siento que no la he vivido, no recuerdo nada – dijo María con mucha sinceridad.

- ¿Por qué me dijiste que aquel hombre borracho era un amigo de la familia, él era Miguel?

- Sí, lo era, pero sentí vergüenza al verle en esas condiciones, y no sé por qué te mentí, no lo sé, quizás porque no estaba preparada a traer a mi presente a alguien que ni siquiera he sabido recordar en mi pasado. Puede que inconscientemente quisiera proteger su anonimato y a la vez protegía mi vida presente contigo.

- ¿Cuándo le viste por última vez? – preguntó Rubén con firmeza.

María empezó a tragar saliva y a juntar los labios hacia dentro con bastante nerviosismo. No estaba segura de si era el momento de decir la verdad. La cara de Rubén era ciertamente intimidatoria y temía que sus sospechas las pudiera interpretar equivocadamente.

- La última vez le vi en casa de mi madre, meses antes de casarnos.

María no se atrevió a contarle la verdad, y se sintió cobarde. Pensó que esa noche no era el momento adecuado.

Rubén lo estaba pasando muy mal; a pesar de su optimismo y buen humor, aquello había herido su orgullo masculino.

Después de la conversación, se empezó a sentir más relajado, y quiso restar importancia al tema. Se acercó a María y la abrazó con fuerza, pidiéndola perdón.

- No me tienes que pedir perdón. Te quiero gordi, te quiero mucho – le dijo María mientras le besaba con ternura.

Esa noche se reconciliaron y durmieron plácidamente, aunque Rubén evitó tener relaciones, muy en contra de su voluntad y de sus deseos.

Sentimientos que regresan

A la mañana siguiente, María se levantó a la misma hora que todos los días, aunque esta vez sin prisas por ir a trabajar. Solo pensaba en la cena de empresa y aún no estaba convencida de si iría o no.

Su mal humor madrugó también, y Rubén al escuchar su primer “Qué careto”, en el cuarto de baño, ya sabía que Mary Vader estaba en pie y necesitaba sus diez minutitos de rigor.

Él, sin embargo, había aprovechado para estirarse, ocupando el espacio todo lo largo que era, disfrutando un rato más de los dos metros de cama para él solito. Era sábado y no tenían ningún plan previsto, salvo quedar por la tarde con su hermano Santi y unos amigos, aprovechando que María, se marchaba después a la cena de empresa.

María, desperezándose, puso a calentar la leche en el microondas, y colocó el pan en la tostadora; mientras salían las tostadas, aprovechó a colocar las cápsulas de café en el dispensador giratorio. En lugar de colocarlas por nombre de cápsula o intensidad, como lo hacía Rubén, las cambiaba y las colocaba por colores alternos: verde-azul-marrón-rosa, que según ella le daba más colorido a la cocina. Era otra de sus tantas manías con el orden.

Cuando estaba saboreando el riquísimo café, de repente, sonó su móvil.

Por lo temprano que era, se extrañó un poco, y lo cogió rápidamente. En la pantalla vio un número desconocido para ella, que no tenía en sus contactos, y contestó un poco seria.

- Sí, dígame.
- ¿María? – dijo una voz muy entusiasta.
- Sí, ¿quién eres?
- Soy Isabel.
- Ah, ¡hola Isa! ¡no te había conocido la voz! – dijo María sorprendida.
- Perdona que te llame a estas horas, pero es para decirte que hoy no podré ir a la cena, y cómo había quedado en recogerte a las ocho, prefería avisarte con tiempo.
- ¿Pero ha pasado algo?
- Sí, ha fallecido mi abuelo y justamente estamos de camino al pueblo. El pobre ya era muy mayor y llevaba muchos años enfermo.
- Vaya, lo siento mucho – dijo María lamentándose.
- Gracias – dijo Isabel algo afectada.
- Le he dicho a David que pase a recogerte él, que vive muy cerca de ti y le pillará de camino.
- ¡Vale, perfecto, gracias guapa y mucho ánimo!
- ¡Pasarlo bien en la cena, y mandadme alguna foto!
- Ok, te echaremos de menos. Un beso muy grande y otro para tu familia.

María colgó el teléfono con un poco de pena, al saber que Isa no podría ir a la cena. Era lo que le faltaba para decidirse a no ir, pero pensó que tampoco quería dejar plantado a David, después de haberse ofrecido a llevarla.

- Era Isa, que no puede ir a la cena, ¡vaya faena! – le dijo María a Rubén desde la cocina.
- Y entonces cómo vas a ir, ¿quieres te que acerque yo? – preguntó Rubén.
- No te preocupes, que tú has quedado con tu hermano. Pasa

David a buscarme; dice Isa que le pilla de camino.

Rubén, aunque era un poco celoso, se quedó más tranquilo al saber que la recogía David. Tenía muy claro que bebía los vientos por Isabel y no tenía nada de qué preocuparse.

Eran las siete, y empezó a arreglarse. Se lavó el pelo y decidió rizárselo con un poco de espuma. Tenía el pelo fino, pero bastante fosco, así que se le rizaba perfectamente, casi sin utilizar el difusor; en esta ocasión sí lo hizo para marcar un poco más el rizo y terminó echándose un poco de laca para fijarlo mejor.

Se empezó a poner muy nerviosa, sobre todo en el momento de sacar el vestido del armario, y sintió un sudor frío muy raro en las manos, que hacía que se la resbalara todo lo que cogía.

Ponerse las medias fue una ardua tarea, y después de varios intentos, por fin, se las pudo colocar bien rectas; ya era la cuarta vez.

Miró el reloj, y vio que le quedaban diez minutos, así que trató de darle vidilla a la cosa, y se puso los zapatos negros de plataforma, a falta únicamente de maquillarse.

Se decidió por un maquillaje muy natural, y una sombra gris perlada que le hacía una mirada muy atractiva. Tenía las pestañas muy largas y cualquier rímel que se pusiera le iba bien, no necesita ni siquiera echarse dos capas.

Se pintó los labios de rojo pasión, se revolvió el pelo mirando hacia abajo, y subió la cabeza mirando hacia el espejo; se hizo un gesto de aprobación cuando vio el resultado esperado. Se veía guapísima, tanto que se hizo un selfie y se lo mandó por whatsapp a Rubén.

El mensaje de Rubén no se hizo esperar: “Estás preciosa cariño, pásalo muy bien.”

A las ocho en punto estaba recibiendo el mensaje de David – “ya estoy abajo”.

Cogió el bolso y el abrigo, dispuesta a salir, cuando recordó que se había olvidado de echarse perfume. Rápidamente se fue a la habitación y se echó su perfume preferido, en las muñecas y en el cuello.

Llegaron al hotel, y vieron que aunque habían sido de los primeros, ya había bastante gente dentro del salón. Era enorme el sitio, pero a pesar de ello, tuvieron que utilizar dos salones contiguos para que pudieran entrar tantas personas. Las mesas eran redondas y todas tenían puesto un papelito encima de la servilleta. Eso fue algo que inquietó de primeras a María y a David.

María observó que había una tarima enorme al final del salón, y a parte de algunos instrumentos, en el medio también se veían dos micrófonos altos, por lo que intuyó que posiblemente o bien durante o después de la cena, habría alguna actuación musical.

Al mirarlo sintió deseos de acercarse y se visualizó cantando, sorprendiendo a todos los asistentes y demostrando sus dotes de solista, que poco a poco estaban despuntando.

De repente un recuerdo muy fuerte le vino a la memoria, y se vio con un vestido largo azul, con el micrófono en la mano y con lágrimas en los ojos, tras escuchar el aplauso intenso del público. Este recuerdo la dejó impresionada. Se había visto claramente subida a un escenario, y eso le produjo una sensación maravillosa.

Lejos de asustarse, recordó las palabras del doctor Velasco, y se sintió feliz por creer firmemente que esos recuerdos dormidos era muy probable que estuvieran despertando poco a poco. Estaba convencida más que nunca, que había una parte de su vida que sin duda quería recuperar, porque algo la decía que esa etapa había sido muy especial.

A los diez minutos vio llegar a Lucía, pero venía sola. Esto le pareció rarísimo, pero sin darle mayor importancia, siguió hablando con David, y con Rafa que acababa de llegar. Luego ya no volvió a reparar en ella durante toda la noche; aunque esto no fue recíproco.

En cuanto llegó Rodrigo Suárez, el director general, todos comenzaron a entrar al salón, y se fueron sentando en sus respectivos sitios, mirando los cartelitos que había en cada servilleta.

María no encontraba el suyo, hasta que Inma, la responsable de Recursos Humanos, le hizo una señal con la mano, y le indicó la mesa en la que estaba. Su cara era todo un poema, cuando vio que le había tocado en la misma mesa en la que estaba la petarda de Lucía. Afortunadamente había dieciocho personas más...

Las mesas se habían colocado cogiendo los cartelitos al azar, ya que los responsables de la organización, querían que las personas se mezclaran entre sí; eso favorecía las relaciones entre compañeros.

Cuando estaban casi todos sentados, apareció Miguel con cara de desesperación por haber llegado tan tarde. Él se sentó en la mesa de los altos directivos, que en esta ocasión no quisieron mezclarse con la plebe, como decía David.

Miguel se percató rápidamente de la mesa donde estaba Lucía y se sintió

muy aliviado al ver que se encontraba de espaldas a él, rebajando un poco su límite de acción y control. Por suerte, a María la tenía muy cerca y no pudo evitar apartar sus ojos de ella; esa noche estaba espectacular.

Mientras tanto, María conversaba distendidamente con Ruth y Silvia, dos compañeras del departamento financiero a las que acababa de conocer y con las que estaba echando unas risas.

Al cabo de dos horas, los camareros ya estaban sirviendo los cafés y algunos chupitos. Lucía había bebido bastante, y empezó a dar la nota en la mesa. Para sorpresa de María, comenzó a señalarla con el dedo, dirigiéndose a ella como “la guarrilla”. El resto de compañeros que estaban mirándola anonadados, se avergonzaban por las voces y por el espectáculo tan bochornoso que estaba protagonizando. Algunos miraban a María, y sonriendo le hacían gestos cómplices para que hiciera oídos sordos y no entrara al trapo.

María por supuesto que no quiso hacerlo, primero porque Lucía estaba muy bebida y era una tontería hacer ni decir nada, y segundo porque no era el lugar adecuado. Aunque sin duda, y cuando tuviera ocasión, estaba claro que la diría unas cuantas palabras a esa petarda. Pero prefirió seguir hablando con sus compañeras e ignorar a esa mujer.

Miguel que no perdía prenda del lamentable espectáculo, se levantó y fue a hablar con Lucía. Esta le quitó la mano y le dijo con un tono despectivo, que la dejara en paz, y se fuera con la guarrilla.

Llevaban unos cuantos días sin verse, tras la última discusión, y Miguel prefirió no provocar más la situación, volviendo a su mesa. Aunque lo que más le apetecía hacer es llevarla a casa a dormir la mona, y regresar a la cena, para disfrutarla con el resto de sus compañeros.

Su padre se había percatado de todo, y justo al mirar a la mesa, se quedó boquiabierto al ver a María. Le sorprendió verla allí sentada, y aunque ya se había cruzado con ella en el ascensor, tiempo atrás, no sabía que era empleada de la empresa. También le extrañó mucho que su hijo no le hubiera comentado nada.

- ¿Por qué no me habías dicho nada? – preguntó Rodrigo a su hijo.
- ¿A qué te refieres papá?
- A María, Miguel, a María. No sabía que trabajaba aquí.
- Lleva pocos meses. Preferí no comentar nada del tema. Sabes perfectamente que es algo muy delicado para mí. Yo también me sorprendí al verla aquí, créeme – dijo Miguel con cierta apatía.
- ¿Y cómo estás hijo?

- Lo llevo, me cuesta, pero trato de llevarlo lo mejor que puedo.

Rodrigo no se quedó muy conforme con la respuesta, y se dio cuenta de que su hijo volvía a sufrir otra vez por esa mujer. O quizás nunca había dejado de hacerlo.

Lucía seguía bebiendo y casi no se tenía en pie. Había tenido una discusión muy fuerte con un camarero, que no quiso seguir sirviendo más vino, al verla en las condiciones en las que estaba. Muy enfadada, le quitó bruscamente la botella de las manos al camarero, provocando que se cayera, haciéndose trizas y llenando todo el suelo de cristales.

Miguel ya no pudo aguantar más, y se fue hacia ella; estaba muy ebria y se tambaleaba; la cogió en volandas y salieron del salón.

- Te voy a llevar a casa, estás fatal.
- ¡Estás loco, quita idiota!, yo no voy a ningún sitio – le gritaba Lucía mientras entraban en el coche.

Miguel la llevó a casa y luego volvió al cabo de una hora aproximadamente.

Cuando regresó, ya habían quitado todas las mesas de los dos salones, y había comenzado el baile, amenizado por una banda de músicos que tocaban canciones pachangueras muy variadas. Él ya se encontraba más relajado y es en ese momento, cuando sintió que comenzaba a disfrutar de la cena oficialmente.

Muchos habían abierto el cotillón, y se habían puesto sombreros, diademas y gafas divertidas que animaban mucho más el ambiente de fiesta.

Estuvo buscando durante un rato a María, pero no conseguía verla.

Ella se estaba divirtiendo con su compañero Rafa, que la llevaba con mucha gracia al ritmo rumbero de “*Amigos para siempre*”, que tantos buenos recuerdos le traía de su adolescencia.

David se ofreció a ir a la barra a por una copa, y le preguntó a sus compañeros si querían beber algo. María le dijo que cualquier zumo que tuvieran, porque no quería beber alcohol y Rafa le pidió una cerveza.

Al rato, se empezó a escuchar de fondo *Paquito el chocolatero*, un clásico que no podía faltar en la fiesta, y María se unió a uno de los grupos más marchosos de la empresa, bailando con ellos a ritmo de hey, hey, mientras agachaban y subían la cabeza.

Inma, completamente entregada, se subió al escenario, y con su diadema de bolas y sus gafas de brillos, informó a todos los presentes, del momento musical más divertido: el concurso de karaoke. De repente quitaron la cortina que tapaba una enorme pantalla en el fondo, y con una carpeta en mano, repleta de canciones, fue pidiendo voluntarios para el concurso.

Sin saber por qué razón, se acercó en primer lugar a María, y ésta muy sorprendida, dudó por unos instantes, pero enseguida eligió la canción. No le hizo falta seguir mirando más, esa canción de la primera página, le gustaba muchísimo desde siempre, y lo tuvo muy claro.

El karaoke era por parejas, así que eligió a David, quien muy tímido le dijo que no con la mano.

- ¡Cantó fatal María, por favor, no, que voy a destrozar la canción!. Elige a otra persona, que sé que tú cantas muy bien y yo fatal, pero fatal – exclamaba David.
- Me da igual, se trata de divertirse, ¡vamos, que nos echamos unas risas!
- ¿Y cuál has elegido?, a ver...- dijo David mirando la hoja.
- “Sin miedo a nada”, de Alex Ubago y Amaia Montero. Es preciosa esta canción – dijo María con orgullo por la elección.
- Buf madre mía, qué ridículo voy a hacer – y se empezó a poner nervioso.
- Anda tonto, que seguro que te la sabes más o menos, ¡no pasa nada! – trató de animarle María.

Inma estrenó el karaoke con el Sr. Vidal. Ya no ocultaban su relación; estaban muy desinhibidos y les dejó de importar mostrar en público infinidad de gestos de cariño y complicidad.

Se decidieron por la canción de “A quién le importa” de Alaska, y la verdad, lo bordaron; estuvieron muy divertidos.

Luego llegó el turno de María y David. Después de la anterior actuación, tenían que dejar el pabellón alto. María no dejaba de sonreír a su compañero, transmitiéndole calma. Ella no sintió miedo escénico, al contrario que David, que se empezó a poner de todos los colores, cuando María le dio uno de los micrófonos y vio a más de doscientas personas silbando y aplaudiendo con entusiasmo.

Sin haberlo ensayado anteriormente, María le dio una señal a David para que empezara él la primera parte de la canción, y luego continuó ella. Ya juntos en el estribillo, compactaron bastante bien las voces, y se hizo un silencio enorme en la sala mientras cantaban:

*Me muero por conocerte,
Saber que es lo piensas,
Abrir todas tus puertas
Y vencer esas tormentas que nos quieran abatir,
Centrar en tus ojos mi mirada,*

Cantar contigo al alba
Besarnos hasta desgastarnos nuestros labios

Fue en ese momento cuando Miguel miró al escenario. Escucharla cantar le produjo un escalofrío y una emoción que no fue capaz de controlar. Sus ojos se empañaron de lágrimas y no pudo aguantar escuchar toda la actuación. Se giró y salió del salón.

La ovación fue bien merecida y los compañeros aplaudieron con fuerza, silbando y gritando, otra, otra. María y David se abrazaron y saludaron con una reverencia divertida a todos sus compañeros.

Un poco más tarde, María aprovechó para hacer un descanso y le pidió a Ruth si la acompañaba al baño, que no tenía ni idea de por dónde estaba.

Al salir del baño, María se fijó que Miguel estaba sentado solo en un sofá, con un gesto muy pensativo. Le dijo a Ruth que ahora entraba, y se dirigió hacia el sofá.

- ¿Qué solo estás, qué te pasa, no te apetece bailar? – preguntó María frente a la mirada atónita de Miguel que no se la esperaba.

Miguel se incorporó nervioso y se levantó del sofá rápidamente.

Se miraron fijamente y María esta vez sintió que su corazón palpitaba muy rápido y que ese hombre provocaba en ella algo que la hacía vibrar.

- No soy muy bailón, pero sí me gusta ver que la gente se divierte, justamente ahora iba a entrar – dijo él con la voz temblorosa.

- ¿Qué tal tú, te estás divirtiendo?

- Sí, la verdad es que sí, al contrario que a ti, a mí me encanta bailar.

Miguel ya lo sabía, y cuando lo dijo con esa seguridad, pensando que él no sabía nada de su vida, sintió un dolor inmenso y una tristeza que cada día que pasaba, le era más difícil disimular.

Pero esta vez, no pudo aguantar más y quiso comprobar si su memoria podría romper la barrera de ciertos recuerdos que para él eran inolvidables.

- Lo sé, y sé que lo que más te gusta es bailar rumba, y música latina.

María se quedó con los ojos abiertos, como si hubiera visto pasar un extraterrestre.

- ¿Y qué más sabes de mí? – dijo con mucho atrevimiento y curiosidad a la vez.

Miguel quiso medir bien las palabras antes de precipitarse a contestar. No quería herir sus sentimientos, y tampoco estaba preparado para otro nuevo rechazo.

- Sé que no te gusta nada madrugar, que te levantas de mal humor por las mañanas, que te chiflan los helados de chocolate, que tienes dos sobrinitos, Hugo y Marcos, que cantas como los ángeles – y no quiso seguir...

María en ese momento se quedó en estado de shock, y sintió un ligero mareo que la hizo sentarse en el sofá, aunque no perdió el conocimiento.

- ¿Estás bien? – preguntó Miguel sentándose a su lado y con preocupación.

- Sí, sí, no te preocupes, no es nada.

Miguel se levantó y le trajo un vaso de agua, que se bebió en un santiamén.

- ¿Mejor? – preguntó él.
- Sí, mucho mejor. Vaya..., sí me conoces, ¡me has dejado loca!. Es increíble lo que sabes de mí – dijo esta vez más con tono de humor que con frustración.

Miguel no dejaba de mirarle los labios; estaba tan guapa, que tenerla tan cerca, solo le producía deseos de besarla, pero no podía hacerlo, le daba miedo que ella le apartara.

María se sentía cómoda, ese hombre le transmitía nerviosismo pero a la vez una tranquilidad inmensa. Sus ojos hablaban por él, era transparente y previsible. Ya había intuido sus gestos de deseo hacia ella.

En ese momento, Miguel sacó del bolsillo el llavero que ella le había regalado cuando se conocieron.

María se llevó la mano al pecho, con un gesto de haber visto algo que era muy especial para ella. El recuerdo de entregarle ese llavero le vino a la mente de forma muy clara, y el corazón le empezó a latir con mucha fuerza.

Cogió el llavero con dulzura, acariciándolo y dándole la vuelta buscando el grabado. Sus lágrimas comenzaron a caer sin parar, mientras miraba los ojos llorosos de Miguel, que tampoco pudo contener su emoción.

Se abrazaron con muchísima fuerza, y Miguel la besó en los labios. No podía aguantar más esa tortura y esa agonía que llevaba sufriendo desde hacía tanto tiempo. Era la mujer de su vida, y aunque la memoria se la había arrebatado, jamás la pudo

olvidar. La amaba, y nadie sabía lo que pudo haber soñado con ese momento. Ese momento en el que los ojos más bonitos de la faz de la tierra, le estaban hablando de nuevo.

María temblaba, y le correspondió con mucho sentimiento. Esa sonrisa del llavero, le hizo revivir de nuevo un momento único, dormido en su memoria y que afortunadamente pudo despertar.

Miguel la cogió de la mano, y subieron las escaleras hacia la primera planta. Él había reservado el día anterior una habitación en el hotel; abrió la puerta con mucho nerviosismo, pero a la vez con una felicidad inmensa.

Ella no podía dejar de llorar, y Miguel la miraba embelesado con admiración, retirando cada lágrima que le caía.

- Te amo princesa, nunca lo olvides.

María al escucharlo, sintió un pellizco en el corazón, esas palabras significaban tanto para ella... Le acarició la cara con mucha ternura y le volvió a besar en los labios. Tenía la necesidad de tocarle, de sentir su piel, su calor, sus abrazos. Hacer el amor con él era lo único que deseaba con todas sus fuerzas. Y se entregó a él, sin importarle nada más; estaba feliz, muy feliz.

Se quedaron abrazados, en silencio. Las palabras no podían romper ese mágico instante.

Pero María, al acariciar el pelo de Miguel, se quedó mirando la alianza de oro que con fuerza brillaba en su mano, y despertó del sueño. Se sintió mal, se sintió sucia y se estaba dando cuenta de que había traicionado a su marido, un hombre que la hacía muy feliz, y al que ella quería, pero de forma diferente.... Rubén era su presente, y debía regresar a casa.

Recogió su ropa, se vistió y le dio un beso de despedida a Miguel, con los ojos muy llorosos.

Eran las dos de la mañana cuando entraba por casa, y Rubén parecía estar dormido, pero al oírlo entrar, aunque fue sigilosa, él se dio la vuelta y la preguntó qué tal lo había pasado.

- Shhh, duérmete, mañana te lo cuento – dijo María para no despertarle más.

Ella necesitaba pensar en todo, su cabeza era como una película de los años veinte, con secuencias a toda velocidad; demasiada información para asimilar en tan pocas horas. Sentía que le había fallado, y le atormentaba la idea de cómo se lo iba a contar a su marido.

Era domingo y Rubén se levantó temprano, sobre las siete y media. Vio que María aún estaba plácidamente dormida, y se asomó a la ventana, sorprendido de ver caer tanta nieve de forma tan copiosa. Ya había cuajado en los tejados y los coches estaban completamente blancos.

Estaban en vísperas de Navidad y no podía haber un marco más ideal para esas fechas. Aunque él pensaba que de seguir así nevando, al día siguiente, tendría muchas dificultades en la carretera, y no le hacía demasiada gracia. Los días de nieve y lluvia se complicaban bastante para las rutas y los retrasos eran inevitables. Eso sumado a la cantidad de tráfico que había por las compras navideñas, le auguraban una semana movidita.

Se puso el café y probó las magdalenas de su madre, que siempre solía traerles para estos días. Mientras tanto, echaba un vistazo al Facebook para ver las publicaciones de sus amigos, ya que él apenas accedía y publicaba nada, pero sí le gustaba seguirles.

De repente escuchó “¡Qué horror, qué pelos!”, y sonrió imaginando a su mujer frente al espejo auto lanzándose sus piropos mañaneros.

- ¡Buenos días!- saludó María con cierta brusquedad.
- ¡Buenos días cariño!

María se recogió el pelo con una goma y se puso la bata más calentita que tenía, porque estaba sintiendo frío. Se asomó a la ventana y vio cómo estaba nevando, pero no hizo ningún comentario.

- Muy callada, se calentó su café y cogió una de las magdalenas que había en la bolsa.

Rubén la miraba con buenos ojos, como siempre, y la veía especialmente guapa esa mañana. Pero sin romper el protocolo de los diez minutos, se mantuvo calladito, recogió su taza, la lavó en el fregadero y la volvió a colocar en su sitio.

Se sentó en el sofá, se puso cómodo con los pies apoyados en la mesa auxiliar del salón, y decidió continuar leyendo el libro de las dos hermanas gemelas, que le había recomendado María, como una de las mejores historias que había leído.

Rubén se estaba aficionando a la lectura, y antes jamás conseguía terminarse un libro. Lo intentaba, pero como no le enganchara lo suficiente, siempre lo dejaba y luego no le motivaba seguir con él. Sin embargo, este libro, desde el principio le había enganchado, y solo le quedaban veinte páginas, así que continuó con su reto de finalizarlo.

María volvió de la cocina, con un gesto extraño, que Rubén detectó inmediatamente.

- ¿Qué tal lo pasaste ayer en la cena? – preguntó sin más

dilación.

- Bien, muy bien, bailé bastante y me lo pasé genial con David y Rafa. Qué pena que no pudiera venir Isa, se hubiera divertido.

María, estaba preparando el camino, pero no encontraba las piedrecitas que le guiaran en él.

- ¿Y la cena fue buena?
- Sí, todo muy rico, yo no pude acabarme el postre, y mira que la tarta de chocolate estaba espectacular.

Rubén notaba que ella no explicaba las cosas como siempre, con el detalle y el énfasis que le ponía a todo.

- ¿Cuántos eráis al final, imagino que un grupo enorme, no?
- Faltó bastante gente, pero calculo que seríamos unos doscientos cincuenta o así.
- ¿Quién te trajo a casa? – preguntó con curiosidad Rubén.
- Me vine en un taxi, preferí no comprometer a nadie. Estaba cansada.

María comenzaba a ponerse nerviosa y estaba entrando en un terreno para ella muy peliagudo. Pero necesitaba sacar todo eso, cuanto antes mejor, y con mucha valentía se lanzó a contarle la verdad.

- Tengo que contarte algo que el otro día no tuve el valor de decirte.

Rubén cerró el libro y lo dejó encima de la mesa. Apoyó los codos en sus piernas, cruzó sus manos, levantó la cabeza y con gesto muy serio la prestó toda la atención.

- Me preguntaste cuando fue la última vez que vi a Miguel, y mentí. Trabajo en la misma empresa que él y le veo con bastante frecuencia. Nunca supe que él trabajaba allí, hasta que nos encontramos el otro día en el comedor.

La cara de Rubén era todo un poema. Ella prosiguió.

- Durante estos últimos días, he recuperado algunos recuerdos de forma intermitente. Me sentí preocupada por ello, y fui al hospital para ver al doctor Velasco y comentarle lo que me estaba sucediendo.
- ¿Por qué no me dijiste nada María?, te hubiera acompañado –

dijo Rubén con preocupación, pero a la vez con la incertidumbre de cuál sería el final del relato.

- Lo sé, tienes razón, pero decidí no preocuparte y tener la opinión de un profesional que lo valorara, antes de contar nada a nadie.

- Me dijo que todo estaba muy bien, y que era muy buena noticia que los recuerdos me fueran apareciendo. Esto me hizo muy feliz, porque hasta ahora no había sido consciente de que una parte de mi vida, la había perdido – dijo María con lástima, mientras se preparaba para el plato fuerte.

- Estos primeros recuerdos..., y se quedó en silencio.

Rubén se incorporó y apoyó la espalda en el respaldo del sofá.

- Estos primeros recuerdos han sido de Miguel. He podido recordar ciertos episodios que he vivido con él, y esto es muy duro para mí Rubén – comenzó a llorar desconsoladamente.

Rubén no daba crédito a lo que estaba escuchando, y no sabía cómo reaccionar ante semejante noticia. Sus ojos se empezaron a poner vidriosos, y la tensión de su boca era notable. Tenía una mezcla de lástima y de rabia, y no sabía que sentía María por ese hombre en ese preciso instante.

- ¿Sientes algo por él María? – preguntó con la voz quebrada.

- Siento algo sí, pero todavía lo estoy descubriendo, todo esto me está volviendo loca, me está superando, porque te quiero Rubén, te quiero mucho, pero ese hombre también está en mi corazón, ahora lo sé – contestaba María con dolor y con la voz temblorosa.

- No quiero hacerte daño, solo quiero que me ayudes con tu comprensión y tu cariño; sé que para ti no es nada fácil tampoco.

- No, no lo es, ahora mismo no sé qué decirte, estoy muy confundido – dijo Rubén con lágrimas en los ojos.

Se hizo un gran silencio; seguido de una mezcla de miradas intensas entre uno y otro con una expresión de tristeza que poco podía mejorar la realidad del momento que estaban viviendo.

Rubén dudó un segundo en abrazarla y darle su cariño, pero su desconcierto, y su amor propio le impidió hacerlo. Sin duda alguna, ese no había sido su mejor día.

Llevaba una semana aquejado de un fuerte dolor de riñones, y también de su zona genital. Había querido obviar esto último para no preocupar a María, y tampoco

quería darle demasiada importancia, salvo que últimamente sí había sentido alguna molestia, en especial, con las relaciones sexuales.

Justo el lunes anterior, había pedido cita en el médico, y este le remitió al especialista, aunque a simple vista, no parecía nada preocupante, lo que le dejó algo más tranquilo.

Esa misma mañana, tuvo la consulta con el urólogo, y le hizo varias pruebas diferentes para descartar las posibles causas. Tras realizarle un chequeo muy completo, le citó para dentro de dos semanas y poder darle los resultados de los análisis.

Prefirió no comentarle nada a su mujer, ya que tenía la intuición de que sería una simple infección de orina, algo que ya había tenido años atrás.

Se levantó del sofá y se fue al dormitorio. A los cinco minutos volvió vestido con un chándal, se puso la bufanda y el impermeable y salió por la puerta.

María, por su parte, llamó a su hermana, y le preguntó si la invitaba a comer. Lidia al oírla la voz, enseguida supo que algo la pasaba y le dijo que se pasara cuando quisiera.

Le dejó una nota a Rubén, diciéndole que estaba en casa de su hermana.

Lidia abrió la puerta y vio a María con cara de desaliento. La dio un beso enorme y un abrazo cura penas, mientras la ayudaba a quitarse el abrigo.

Tomás salió también a saludar a su cuñada y la ofreció algo de beber.

Los peques estaban revoloteando por el salón, y jugando con las bolas del árbol de Navidad. En cuanto escucharon a su tía llegar fueron corriendo muy contentos a abrazarla. Esa recarga de energía era justamente la que ella necesitaba. Ya habían empezado a parluchear y se les entendía perfectamente lo que decían. Estaban para comérselos.

María se paró a mirarles, y una imagen apareció inmediatamente en su cabeza. Era el momento de verles por primera vez en el hospital. Su hermana con cara de orgullo cogiendo a cada uno con cada brazo y sonriendo a sus padres y a ella con emoción.

- Mary, ¿qué te pasa, estás mareada? – preguntó Lidia preocupada

- No, no, estoy bien. Solo me acordaba de la carita tan rojita que tenía Hugo y del pelito de punta de Marcos cuando nacieron.

Lidia enmudeció de repente, no podía creer lo que había escuchado, y sus labios empezaron a moverse y a temblar mientras miraba a su hermana y la abrazaba emocionada.

- ¡Dios mío cariño!, ¿desde cuándo te han vuelto esos recuerdos?
- Hace muy pocos días, estoy teniendo recuerdos de forma muy progresiva; hay veces que me vienen varios juntos, y otras tengo recuerdos aislados por situaciones que tienen alguna relación – dijo María con bastante serenidad.
- ¡Pero eso es maravilloso!, ¡qué buenas noticias, ¿por qué no nos lo habías contado antes? – preguntó Lidia con asombro.
- ¿Papá y mamá lo saben?
- No, aún no, el día de Navidad pensaba contároslo a todos – contestó con cierta apatía.
- ¿Por qué tengo la impresión de que me sigues ocultando algo?
- No, Lidia, no es eso. Hoy he tenido una conversación con Rubén, sobre mis recuerdos, y ha sido todo muy duro.
- ¿Acaso él no se alegra?
- A medias, sinceramente creo que no mucho – prosiguió María.
- Durante estos días he vuelto a recordar a Miguel, y lo que he sentido Lidia, ha sido algo maravilloso. Entiendo que esto es muy difícil para Rubén, pero he sido muy sincera al contárselo, tratando de hacerle el menor daño posible. Le quiero, es un marido ejemplar, y para mí esta situación es horrible – dijo con la voz temblorosa.

Lidia escuchaba tan atentamente a su hermana, que ni siquiera se había percatado del llanto tan voluminoso que tenía Marcos, por una patada que le había dado su hermano. Tomás intermedió entre ellos y se los llevó a jugar a la habitación para que las hermanas pudieran tener algo más de intimidad.

Lidia la abrazó con mucho cariño y la cogió las manos que se movían muy temblorosas.

- Bueno, tómate tu tiempo, sé que todo saldrá bien. Lo más importante es que has vuelto a recuperar tus recuerdos, ¡eso es un milagro! Ellos forman parte de ti, y de esa vida que has protagonizado tú. Debes mantener la serenidad y actuar según te dicte tu corazón. Piensa que en la vida todo pasa por alguna razón,

y lo que ha de ser para ti, será. Quiero que seas feliz, y solo tú podrás elegir el camino.

Aunque no fue capaz de contarle toda la verdad a su hermana, las palabras de Lidia, le habían llegado muy adentro; la impulsaron a recomponerse y a enfrentarse a esta situación con mucha más fuerza y serenidad.

Después de comer, jugó un buen rato con sus sobris, hasta que les venció el sueño y ella misma les llevó a la cuna para que durmieran la siesta.

Se tomó un café con unas pastitas que había hecho Elvira, y se marchó, cerca de las seis.

Al llegar a casa, le sorprendió que la llave estuviera echada, por lo que dedujo que Rubén aún no había venido.

Se quedó dormida en el sofá, hasta que él apareció cerca de las ocho.

No la quiso despertar y se fue directamente al dormitorio, se puso cómodo y encendió la televisión, para ver las noticias.

María había oído el ruido de la puerta, y ya estaba despertando. Dejó pasar unos minutos hasta espabilarse del todo, y al rato fue a ver a Rubén.

- ¿Estás bien? – le preguntó María
- Sí, más tranquilo, ¿y tú?
- También, he estado con mi hermana y mis niños, y me han dado un buen chute de energía. – dijo algo más distendida.
- Me alegro, yo he estado con mi hermano Santi, viendo el fútbol.

Aunque aún se cortaba un poco la tensión, parecía que ambos se encontraban algo más receptivos.

Esa noche durmieron sin apenas rozarse, y cada uno para su lado. Pero ambos estaban tan agotados que pudieron conciliar el sueño sin problema.

Miguel no había pegado ojo en toda la noche. Estaba eufórico y se había ido a la cama con el llavero en la mano. No podía dejar de mirar esa sonrisa; al mirarla le aparecía la cara de María, tan sonriente y tan llena de vida.

Aquellos besos los recordaba dulces y sinceros; probar el sabor de sus labios de nuevo era el mayor regalo que jamás hubiera creído recibir tan pronto, ni en sus sueños más remotos.

Estaba deseando oír el despertador para ver comenzar un nuevo día, y poder irse al trabajo, ansioso de encontrarse con ella.

Lucía le había escrito varios mensajes, pero no la quiso contestar. Estaba molesto con ella por la bochornosa actitud que había tenido durante la cena de empresa. Además, tenía claro que ese mismo día, hablaría seriamente con ella para dejar la relación, no soportaba más esa farsa. No la quería, y cada día que pasaba era más complicado convivir con esa posesión enfermiza que le hacía la vida imposible.

Los días de Nochebuena y Nochevieja, María y Rubén los pasaron en casa de sus padres, con su hermano Santi, y el de Navidad y Año nuevo, fueron a casa de Elvira y Jaime. También se unieron a la cena Lidia y los peques, que dieron la nota de alegría, con sus panderetas, cantando villancicos con esa lengua de trapo, haciendo muy divertida la noche, a todos.

El día de reyes se intercambiaron todos los regalos y los más afortunados, como era de esperar, fueron Hugo y Marcos que no pararon de romper papeles de colores, durante un buen rato. Estaban ansiosos por abrir y abrir cajas, y no paraban más de un minuto jugando con ningún regalo.

Rubén estaba más apagado de lo normal, y Lidia se había dado cuenta desde el primer momento que había entrado en su casa. No tenía el humor de siempre y apenas gastaba bromas con los niños.

- A Rubén le pasa algo, ¿no? – preguntó Lidia muy preocupada
- No, está bien, solo que está un poco cansado, estos días para él son muy complicados – respondió María sin dar más importancia al comentario.

El día de la lotería, Rubén había recibido el premio gordo, pero no especialmente el del sorteo de Navidad, sino el que su urólogo le había dado, tras valorar los resultados de todas sus pruebas. Sin duda, las noticias para él no fueron nada buenas. Pero trató de aceptarlo con dignidad y prefirió no comentar nada a María, hasta que pasaran unos días.

Llena de vida

Por fin, se habían acabado las fiestas, y todo volvía a la normalidad.

El mes de Enero empezó muy tranquilo, pero la última semana empezó a cambiar todo y las pólizas se multiplicaban por cuatro. No daban abasto con la cantidad de llamadas y de trámites administrativos, y tanto Isabel como María,

tuvieron que echar bastantes horas extras para sacar adelante el trabajo.

María llevaba días con un cansancio más acusado de lo habitual y en cada sitio que se sentaba, el sueño la vencía. Se encontraba floja, y con un dolor de pecho que antes no había notado.

Ese día, tuvo un presentimiento, y antes de llegar a casa, se paró frente a una farmacia. No podía quedarse con la duda, y necesitaba confirmar si su sospecha era cierta. Recordaba tener un retraso, pero tampoco quiso darle demasiada importancia, ya que después del accidente, sus ciclos menstruales le habían cambiado por completo y eran muy irregulares.

Compró la prueba de embarazo y leyó las instrucciones, para asegurarse si podía hacérsela en cualquier momento del día. Comprobó que para unos resultados más fiables, se recomendaba hacerse la prueba, con la primera orina de la mañana, así que se aguantó las ganas y guardó la caja en el bolso.

A la mañana siguiente, se levantó un poco tarde, pero aunque iba justa de tiempo, en su cabeza solo tenía una tarea prioritaria para esa mañana.

Cogió la caja, desembaló el tubito y cogió un bote de plástico estéril que tenía en casa. Su mano temblaba sin parar y le costó poder coger la toma, sin derramar casi todo el bote. Introdujo el tubo en el vaso, y esperó los minutos que indicaban las instrucciones. Era un manojo de nervios, y no quiso ni mirar al cuadro indicador. Sentía miedo, pero a la vez ilusión, era un cúmulo de sensaciones. Cerró los ojos durante unos minutos, y cuando los abrió lentamente, vio las dos rayitas completamente marcadas.

¡Sí !, exclamó, ¡gracias Dios mío por darme este maravilloso regalo!. La gran emoción que sentía, la impedía llorar. Se miró al espejo y tocándose el vientre, sintió una felicidad indescriptible.

Eran casi las siete y cuarto cuando miró la hora en el móvil. Iba tardísimo. Ni siquiera se había dado cuenta de que no había desayunado.

En la mesa del salón vio una nota, que le llamó mucho la atención, e intuyó que la había dejado Rubén, se moría de la curiosidad por leerla, pero no tenía ni un minuto más para pararse, así que la cogió rápidamente y la guardó en el bolso.

Salió de casa, seguía nevando, y se sorprendió de las capas de hielo que había en el suelo. Se cruzó con varios camiones echando sal en las aceras y en la carretera. Comenzó a andar con mucho cuidado, muy despacio hasta que llegó a la estación de metro.

Entró en la oficina, con la lengua fuera, y preocupada por el retraso. Encendió el ordenador, y vio que tenía treinta mensajes nuevos.

Le llamó la atención, el último que venía sin asunto, y algo le dijo que otra vez tenía mensajito sorpresa; estaba casi segura del remitente de ese mensaje.

<< Te lo advertí zorra, te dije que no te acercaras a mi novio. Esto tendrá consecuencias. Lucía.>>

Este mensaje la pareció surrealista. La costó reaccionar, y no podía creer la clase de persona que era esa mujer. Estaba fatal -“esto se lo tiene que hacer mirar seriamente”-, dijo en alto tratando de poner un poco de humor. Aunque luego se dio cuenta de la seriedad del asunto. No solo se sentía acosada sino que ahora estaba siendo víctima de una amenaza.

David llegó en ese momento, y la escuchó quejarse con gesto serio, pero no sabía bien que la pasaba.

- ¿Qué te pasa Mary, qué andas relatando por lo bajini? – preguntó él muy distendido.

María estuvo a punto de contárselo, pero prefirió ser prudente, y no decir nada.

- Nada, que tengo más de treinta correos del viernes a hoy, y no me dejan ni respirar los clientes – contestó, evitando contarle sobre el mensaje.

- Hoy me han pasado fotos de la cena, y tú estás en casi todas – dijo David.

- Ah sí, pues ya puedes ir pasándomelas.

David se quedó un poco callado, antes de comentar algo que no sabía si a su compañera le iba a gustar demasiado.

- Ruth me ha pasado una foto que hizo con su móvil, pero me la ha pasado a mí en lugar de a ti porque no tiene tu número. No estoy muy seguro de si te va a gustar...

María se levantó de su silla, y se fue a la mesa de David con mucha expectativa, pero a la vez con preocupación por su tono de voz.

En la foto se veían a Miguel y a ella besándose en el sofá del hotel.

María no podía salir de su asombro, y le empezaron a sudar las manos; su corazón se aceleraba y sintió cierto mareo que le hizo caer de lado hacia el borde de la mesa de David.

- Por favor David, envíame esa foto y bórrala de tu móvil. Te agradezco si me das el móvil de Ruth, tengo que hablar con ella – dijo María muy enfadada.

- ¡Vale, vale, no te preocupes, borrada! – dijo David con sentimiento de culpabilidad. Intuía desde el principio que esa foto iba a traer problemas.

María apuntó el número de Ruth y seguidamente la llamó.

- Hola Ruth, soy María
- Hola guapa, ¿qué tal estás?
- No muy bien – dijo María en tono cortante.
- ¿Qué es por lo de la foto?
- Pues hombre, no me ha hecho ni pizca de gracia, primero que me la hagas y segundo que la vayas enviando a más gente por ahí.
- ¡Para, para!, a ver, no la tiene nadie. Solo David y se la envíe porque no tenía tu número.
- Pero antes de hacerlo, lo más lógico hubiera sido que le pidieras a David mi número y me la enviaras a mi directamente. De todas formas, te pido por favor que la borres, y la próxima vez que hagas este tipo de fotos, sé más discreta – le dijo María muy molesta.
- Ok, perdona, no pensé que pudiera molestarte tanto.

María colgó el teléfono sin despedirse. Estaba aún más cabreada que antes de llamarla.

Lo que no sabía María es que Ruth, compañera de Lourdes, le había enseñado la foto de ambos besándose, y ésta en un arrebato de celos se lo había comentado a Lucía.

Isabel acababa de llegar del médico, y al ver a su compañera tan enfadada, se acercó a ella, pero enseguida vio el gesto en su mano de “ahora no por favor” y se dio la vuelta hacia su mesa. David, un poco más tarde, le puso al corriente de los motivos de su enfado.

Ya en el comedor, María se acercó a ver la variedad del buffet, ya que ese día no se había llevado comida. Cogió la bandeja y siguiendo el orden de siempre, tomó el pan, el vaso del agua y eligió crema de verduras, de primero, y un poco de carne de segundo. De postre cogió arroz con leche.

Se acercó a la caja, y cuando justamente fue a pagar, Lucía de muy malas formas le dio un codazo y su bandeja cayó al suelo. El vaso de agua se rompió y la crema y la carne en salsa se derramaron entre las baldosas.

Miguel que no se había perdido detalle del codazo, se dirigió a Lucía y la

recriminó su mal acto delante de todas las personas que estaban allí. Ella se sintió avergonzada y salió del comedor con mucha ira.

- ¿Estás bien? – preguntó Miguel, mientras pedía a la camarera que le cobrara a él el menú.
- Sí, no te preocupes. Sinceramente ya estoy al límite con esa mujer, y esta es la última que la paso. ¡Ni una más! – dijo María muy cabreada.
- ¿Qué te apetece comer?, dime y te lo voy cogiendo – se ofrecía Miguel con la bandeja en la mano.
- Nada, ya se me ha quitado el hambre, gracias – le dijo mirándole fijamente y acariciando su brazo.
- Vale, si tú no comes, yo tampoco – dijo él.
- ¡No seas tonto!, déjalo estar en serio, hoy no tengo buen día – dijo ella con tono tristón.
- ¡Te invito a comer en la pizzería de la esquina! – propuso Miguel con ganas de sacarle una sonrisa.

María se lo pensó y aunque tenía sus dudas, vio su cara tan complaciente, y le dijo que sí.

- ¡Pero mira primero que no esté tu novia, que me quedo sin pizza! – dijo ella en tono divertido.

Miguel sonrió, aunque por dentro estaba muy dolido con ese nuevo y bochornoso espectáculo de Lucía, esa mujer, a la que no quería y con la que había terminado la relación definitivamente.

Entraron en la pizzería, y en tono jocosos, Miguel gritó: “¡ No hay moros en la costa!”, comentario que hizo sonreír a María, que ya parecía un poco más relajada.

- El sábado nos hicieron una foto juntos besándonos – lanzó así de directa María.

Miguel que estaba disfrutando del pico de la pizza recién hecha y saboreando el queso fundido, casi se atraganta y la dejó de inmediato encima del plato.

- ¿Y quién hizo la foto?
- La hizo Ruth – afirmó María
- Ruth, ¿la compañera de Lucía?

- Sí, la misma que viste y calza. Primero no debía haber hecho la foto, eso para empezar, y menos aún, ir pasándola por ahí. Eso es lo que más me ha molestado realmente, tengo la sensación de que ha actuado con cierta maldad – dijo muy enfadada.

- Tranquila, no le demos más importancia. Es cierto que a mí tampoco me gusta que me hagan fotos así, y menos que se haga viral, pero no estábamos haciendo nada malo, solo –se quedó en silencio Miguel.

María se quedó esperando que terminara la frase.

- Solo estábamos sintiendo – concluyó él.

Miguel conseguía cambiarla el humor en cuestión de segundos, tenía una habilidad increíble para hacerla sentir cómoda en cualquier situación, fuera la que fuera.

- Esta mañana, cuando venía en el metro, volví a recordar una imagen; tú y yo en una barca, con otras personas, ¿dónde estábamos? – preguntó María con curiosidad.

- En Venecia – contestó Miguel con nostalgia.

- Cuéntame más cosas del viaje por favor – suplicó María.

Miguel le estuvo contando todos y cada uno de los detalles de ese viaje tan especial por la Toscana italiana.

A medida que él contaba ciertos detalles, María interrumpía y hacía mención a algo que recordaba vagamente; esto a Miguel le hacía ilusión. Sabía que aún no había recuperado del todo la memoria, pero se daba cuenta de que su progreso era muy bueno y quería tener toda la paciencia que hiciera falta hasta que ella lo pudiera recordar todo; al menos esa era la esperanza que tenía.

La hora se había pasado muy rápido y tuvieron que regresar al trabajo.

Caminaron juntos hasta la oficina, y Miguel tuvo un impulso que no pudo frenar. Se dejó llevar por la emoción de haberse envuelto del recuerdo de ese inolvidable viaje.

La cogió de la cintura y la besó apasionadamente, sin importarle nada ni nadie.

María se sintió muy mal, y en esta ocasión no le correspondió. Pensó en Rubén, no podía hacerle eso, y aún menos ahora que esperaba un hijo de él. Bajó la mirada y con mucha tristeza le apartó suavemente y siguió caminando hasta entrar en el edificio.

Miguel se quedó frío y no supo comprender ese gesto. Todo se había vuelto a desmoronar en su cabeza.

María miró el móvil y vio varias llamadas perdidas de Rubén. Antes de subir, quiso devolverle la llamada, pero él no contestó.

Al llegar a su mesa, vio que su pantalla estaba manchada y el teclado lleno de café. Respiró profundamente y solo le vino a la mente una persona, la víbora, como ella la llamaba.

No pudo aguantar más, y esto ya fue la gota que colmó el vaso.

Se armó de valor, y con un enfado monumental bajó las escaleras, y se dirigió al departamento financiero.

Vio a Lucía charlando animosamente con un compañero, y se acercó a ella, contando hasta diez, aunque la costaba contenerse tanto.

- ¿Hasta cuándo vas a acosarme? ¿No te parece que ya está bien de amenazas y niñerías? Esto no es un colegio. Yo vengo a trabajar. Si tienes algún problema conmigo, lo resolvemos ahora mismo. He sido muy paciente pero no te aguanto ni una más, no pienso permitir que me hagas la vida imposible - dijo con firmeza y seguridad María.

Sentir la mirada tan intensa de María, a Lucía le hizo sentir pequeña y le entró la risa nerviosa; miraba a sus compañeros con gesto de “esta loca qué quiere ahora”, comprometiéndoles a intervenir en su defensa.

Todos siguieron disimulando con sus papeles y nadie quiso participar en esa pelea de gatas.

- Ya tienes marido, no vayas robando novios por ahí. – dijo Lucía muy despechada.

Silvia decidió intervenir, y acercándose a María, le pidió que se calmara.

- María tú sí sabes comportarte, lo has demostrado con creces, de verdad, no merece la pena que te pongas a su altura.

María miró a Lucía; en el fondo sentía lástima por ella, con mucha dignidad, se dio la vuelta y se marchó.

Rubén no quería contestar su llamada. La imagen que acababa de presenciar, en vivo y en directo, le hirió tanto o más que si le hubieran clavado una espada en el corazón.

- Maldita la hora que pasé por aquí, y maldita la hora que te

conocí – se repetía con rabia y dolor, una y otra vez, al ver a la mujer que quería, a la mujer con quien compartía su vida, regalando sus besos y sus caricias a otro hombre.

Soltó la rosa roja en el suelo y sin poder tragar saliva, con una impotencia que le hacía temblar todo el cuerpo, se dio la vuelta y se marchó. Estaba tan bloqueado que apenas podía sentir sus manos, al coger de nuevo el volante.

María volvió a su sitio. Había sido un día horrible, pero respiró hondo, y por fin encontró el momento de leer la nota de Rubén, lo estaba deseando. La sacó del bolso, estaba un poco arrugada y alisando el papel con los dedos, comenzó la lectura.

Buenos días preciosa.

Hace mucho tiempo que no te escribo, sabes que no se me da muy bien. Pero hoy me he levantado con ganas de recordarte lo mucho que te quiero. No te lo digo muy a menudo, y debería hacerlo más, lo siento. Me conoces y sabes que expresar mis sentimientos me cuesta mucho, pero esta vez he querido dejar las excusas a un lado, y darte la razón cuando dices, que es importante decir a las personas lo que sientes por ellas y no se debe dar nada por hecho. A todos nos gusta oírlo, pero dedicamos poco tiempo a decirlo.

No me gusta cuando discutimos, y menos aún, cuando no nos hablamos. Me arrepiento de no haber estado a la altura y no haber comprendido bien todo lo que te ha pasado tras el accidente. Espero que me perdones.

Cuando le mencionas a él, siento miedo, mucho miedo, y no me he atrevido a decírtelo por vergüenza, pero no soportaría perderte. Quiero compartir contigo muchas cosas, y si pudiera..., formar una bonita familia, créeme que es lo que más deseo en este momento.

Te quiero mucho

Rubén.

María llevaba un rato con los ojos empañados de lágrimas, y la última parte de la carta, la pudo leer con dificultad. Se sintió tan mal como persona, que no creía ser merecedora de esas preciosas palabras.

Cogió el teléfono de nuevo, y marcó su número, pero Rubén no contestaba. Así que decidió ponerle un mensaje.

- Cariño, ¿dónde estás?
- Me ha encantado tu carta. Te quiero.

Rubén leyó el mensaje, pero con mucha rabia, un segundo después, apagó el móvil. Estaba decepcionado, y había perdido totalmente la confianza en ella. No encontraba razón alguna para entender su deslealtad, y su comportamiento. Se preguntaba desde cuando estaba con él, y desde cuando le engañaba.

María llegó a casa muy preocupada, esperando encontrarse con su marido. Pero Rubén no estaba allí.

Llamó a su hermano Santi, por si estaba con él, pero este le dijo que no, él estaba con unos amigos y había hablado con Rubén por la mañana, pero no tenía ni idea de dónde podía estar.

A las nueve y media de la noche, María ya empezó a preocuparse en serio, ya que él nunca llegaba más tarde de las ocho. Pero su móvil estaba apagado o fuera de cobertura...

Eran las once y cuarto, cuando escuchó la llave. Se levantó rápidamente del sofá, directa hacia la puerta, muy nerviosa y preocupada. Se abalanzó a Rubén preguntándole si le había pasado algo, pero un terrible olor a alcohol le hizo dar un paso hacia atrás, y mirarle más detenidamente con cara de asombro.

Jamás había visto a Rubén bebido, y no reconocía a esa persona, que tenía delante.

- ¿Qué pasa cariño, por qué vienes así?, te he llamado más de diez veces – dijo María muy preocupada.
- No me llames cariño, yo no soy tu cariño – contestó Rubén con la voz entrecortada.
- ¿Pero por qué me hablas así, no entiendo nada, qué te pasa?
- Dímelo tú, qué te lo pasas muy bien con otros – dijo Rubén con sarcasmo.

María se quedó aturdida con esa respuesta, y no encajaba la razón de esas palabras, ni podía imaginar que es lo que le había llevado a su marido a decir eso.

- No te reconozco Rubén, es la primera vez que te veo así, y me duele. Por favor dime qué tienes.
- Tengo decepción, tengo rabia, tengo pena, tengo impotencia, tengo ganas de tirar la toalla – dijo alzando un poco la voz, mientras la miraba con resentimiento, dirigiéndose al dormitorio.

María decidió quedarse en el salón. Esa escena era totalmente nueva para ella; estaba muy descolocada. No era un buen momento para seguir hablando con él,

así no. Trató de poner en orden su cabeza; necesitaba averiguar cuál había sido el motivo que le había hecho reaccionar de esa manera, y comenzó a sospechar que todo esto solo podría tener un nombre, Miguel.

Se tocó el vientre, y solo sintió ganas de llorar. El día fue un cúmulo de despropósitos y todo había salido al revés de lo que había previsto. Horas antes estaba feliz, imaginando la cara de su marido al contarle la maravillosa noticia de que iban a ser padres. Y horas después, la realidad era bien diferente; se encontraba sola en un sofá, intentando armar en su corazón ese puzzle de sentimientos que no encajaban.

Eran cerca de las dos de la mañana, cuando el sueño la venció por completo, y se quedó dormida en el sofá.

A la mañana siguiente, Rubén se levantó muy temprano, y vio a María, que seguía dormida, con las piernas prácticamente en el suelo.

La cogió en brazos, muy cuidadosamente y la llevó a la cama para que al menos pudiera dormir mejor varias horas que la quedaban aun para levantarse.

Rubén se había despertado con mal cuerpo, y con un terrible dolor de cabeza; se arrepintió de haber sido tan estúpido de haber querido ahogar las penas en el alcohol, que no solo no le había ayudado en nada, sino que le había producido una jaqueca horrible, de la que iba a ser difícil desprenderse, al menos en las siguientes horas. No le gustaba nada beber, y se lamentaba en voz baja del comportamiento tan inmaduro que había tenido.

Se puso un café bien cargado y a los diez minutos se marchó a trabajar.

María se despertó a su hora de siempre, algo desorientada; no recordaba haber puesto el despertador la otra noche, y para nada sabía cómo había llegado a la cama. Fue entonces cuando pensó en Rubén y sonrió.

Tenía el estómago muy revuelto, y unas horribles nauseas matutinas la provocaron ir a la carrera hacia el baño.

Después de quejarse de la mala cara, de los pelos y de las primeras manchas en la cara que estaba detectando, se duchó y se marchó a la oficina, sin apenas desayunar. Pensó en lo poco recomendable que sería tomar café en su estado, y empezó a sentirse muy falta de cafeína, lo que agravó mucho más su mal humor mañanero.

Mientras iba de camino, pensó que debía coger cita en el ambulatorio y visitar al médico de cabecera. Quería estar segura de que todo iba bien, y se moría de ganas por saber de cuántas semanas estaba. En ese momento se acordó de Rubén; necesitaba tener una conversación con él en cuanto llegara a casa.

Miró el móvil por si tenía algún mensaje de él, pero se desanimó, al no haber

recibido nada.

Al llegar a la oficina, se encontró con Isabel en la puerta.

- Buenos días guapa, ¿qué tal? – saludó Isabel
- Bien, y tú, ¿qué te ha pasado en la mano? – preguntó María al verla con una venda en la mano.
- Me quemé ayer con la plancha, pero estoy bien, algo sin importancia.
- El que peor está es el hijo del jefe, Miguel creo que se llama – dijo Isabel con cierta cautela, aunque sabía perfectamente que entre ellos había pasado algo; David le había enseñado la foto del beso.
- ¿Miguel?, ¿qué le ha pasado? – preguntó María asustada.
- Me ha contado David que ayer tuvo un accidente con el coche.

María se quedó helada, esa noticia le cortó la respiración por unos segundos.

- Pero, ¿se encuentra bien?
- Está en el hospital, pero no te sabría decir más, ahora le pregunto a David, no te preocupes – contestó Isabel reforzando su teoría de que entre su compañera y Miguel, no había solo una simple aventura.

Subieron a su despacho, y María inmediatamente se acercó muy preocupada a David por si tenía alguna noticia más de Miguel.

- Solo sé, que un autobús se saltó un semáforo y chocó de frente con él. Al parecer su coche quedó destrozado, y por lo que me ha contado el Sr. Vidal, ha sufrido un golpe muy fuerte en la columna, pero tampoco él sabe nada más.

María se apartó de ellos, y se fue en silencio al baño, necesitaba ese momento de intimidad para asimilar la noticia. De repente le vino un flashback, con la imagen muy clara; se vio de la mano de Miguel, cruzando un paso de cebra, y un impacto brusco la hizo gritar.

- ¿Qué te pasa cariño, estás bien? – preguntó Isabel, acercándose a ella.
- Sí, tranquila, estoy bien. Me he asustado por una tontería que he visto en el baño – trató de disimular, pero Isabel la miraba muy incrédula.

Salieron juntas del baño y se fueron cada una hacia su mesa.

A los pocos minutos, apareció Lucía, caminando con paso firme, haciendo oír sus tacones, y mirando a todos con gesto desafiante y mucha soberbia, mientras preparaba las monedas en la mano, acercándose a la máquina de café.

María no daba crédito a sus ojos. No entendía nada. Cómo era posible que estuviera allí tan fresca, y tan sonriente, mientras Miguel estaba en el hospital.

El Sr. Vidal salió del despacho al verla, y se acercó inmediatamente para interesarse por el estado de su novio.

- ¿Qué tal está Miguel?, estamos todos muy preocupados, desde que nos hemos enterado, y no consigo hablar con Rodrigo.
- No tengo ni puñetera idea – dijo con indiferencia, sin dejar de mirar fijamente a María, que a la vez la observaba con atención.
- Ah, perdona, pensé que ...- e hizo una pausa – pensé que eráis pareja.
- Desde ayer ya no lo somos. ¡Menudo muermo me he quitado de encima! – contestó muy descarada y con gesto altivo.

El Sr. Vidal no podía creer como una mujer podía acumular tanto rencor e indiferencia por alguien que había sido su pareja, y que hacía unas horas prácticamente, había sufrido un accidente. ¡Qué mujer más fría y calculadora!, reflexionó en voz baja.

No contenta con el show de “soy la más divina” que mostró ante todos, tuvo la osadía de acercarse a la mesa de María, y con gesto de burla la increpó.

- Hala, guapita de cara, ya puedes ir a ver a tu amorcito, lo he dejado libre, para mí no vale nada. Qué pena me da tu marido, seguro que no sabe lo zorra que eres.

María no pudo contenerse más, y estalló.

- Tú sí que me das pena Lucía, eres una falsa interesada, y qué poco sabes de humanidad. Lo que tengo, lo he conseguido por mi esfuerzo y mi trabajo, y jamás necesité liarme con el hijo del jefe para llegar alto. El valor de las personas afortunadamente no lo das tú, y ojalá valieras una cuarta parte de lo que vale Miguel. Por cierto, a mi marido ni lo nombres, antes te lavas la boca.

El resto escuchó atentamente las palabras de María, y se quedaron boquiabiertos al verla tan firme en su auto defensa. El Sr. Vidal se quedó muy pensativo tras intuir, que entre Miguel y María pudiera haber una relación. Sentía haber presenciado el capítulo de una telenovela.

Lucía se marchó haciéndole una peineta e insultándola en voz baja, con una

sonrisa sarcástica.

El teléfono no le paraba de sonar, y decidió volver a su sitio para atender las llamadas. Aunque su cabeza no estaba allí en ese momento, debía calmarse y continuar con su trabajo. El enfrentamiento con Lucía no le había gustado nada; María era una persona muy pacífica y tenía el umbral de conflicto muy alto, pero la paciencia había rozado el límite, y no quería seguir permitiendo este trato injusto, de alguien que por sus celos enfermizos, le seguía haciendo la vida imposible.

A los cinco minutos, empezó a sentir muchas náuseas y tuvo que ir rápidamente al baño.

Salió con muy mal cuerpo y no se tenía ni en pie. Pero disimuló todo lo que pudo y continuó haciendo su trabajo, evitando las miradas de Isabel, que de forma cómplice, trataba de gesticular llamando su atención, al observar su mala cara.

A las dos horas, María que no se había quitado a Miguel de la cabeza, pensó en la forma de averiguar en qué hospital se encontraba, sin levantar demasiadas sospechas alrededor, evitando preguntas incómodas. Pensó, que tal vez en Recursos Humanos podrían tener más información sobre él, ya que deberían haber recibido su parte de baja.

Bajó las escaleras hacia la planta tercera. Al ver la puerta abierta del despacho, llamó antes de entrar, con bastante discreción.

- Sí, pasa María, ¿qué tal estás? – dijo Inma con tono entusiasta.
- Bien, gracias.
- Dime, ¿en qué te puedo ayudar, necesitas alguna cosa?
- Sí, en realidad, me gustaría preguntarte si sabes cómo se encuentra Miguel, que me han dicho que ha tenido un accidente – dijo María sin titubear.

Inma se quedó algo sorprendida por la pregunta, pero enseguida la respondió.

- Pues mira, justamente acabo de hablar con Rodrigo hace cinco minutos; me ha dicho que ya se encuentra fuera de peligro, pero aún está en la uci. Recibió un gran impacto en el pecho, y tiene algunas costillas fracturadas. Le están haciendo seguimiento para evitar cualquier otra complicación en los pulmones. Pero si todo va bien, es muy probable que esta tarde o mañana ya le pasen a planta.

María respiró muy hondo y exhaló el aire fuertemente, sintiéndose algo más aliviada al escuchar esas noticias.

- Uf, me quedo más tranquila al saber que está bien. ¿Sabes en

qué hospital está? – preguntó muy directa.

- Sí, está en el Ramón y Cajal.
- Muchas gracias Inma, de verdad, te agradezco tanto esta información – dijo María con sinceridad.
- No hay de qué, tranquila.

Inma vio salir a María del despacho, y sonrió al imaginar que detrás de aquella preocupación, había algo más, que implicaba sentimientos. Había entrado con una mirada de sufrimiento y preocupación, y sin embargo, salió con un gesto más tranquilo; ese detalle no había pasado desapercibido para ella.

Rubén llevaba más de media hora dudando en si enviar o no el mensaje a María. Tenía sentimientos encontrados; por un lado estaba muy decepcionado con ella, y por el otro necesitaba aclarar ese tema, que le ardía por dentro, y no le dejaba pensar en otra cosa. Aún debía escuchar la versión de su mujer, y esta situación le resultaba muy incómoda y dolorosa.

El día anterior, lo hubiera querido borrar de su vida, sin lugar a dudas, por varios motivos diferentes.

Ver a su mujer besándose con otro hombre le rompió el alma y sobrellevarlo durante todo el día con dignidad, le estaba costando un triunfo. Las horas siguientes a encontrarse la escena que tanto le dolió, no era consciente de lo que le pasaba alrededor. Los pasajeros subían al autobús y ni siquiera les saludaba, tan solo miraba hacia adelante, completamente ausente. No tenía ganas de reír, ni de gastar bromas, como hacía diariamente.

Estaba perdido en sus pensamientos, completamente desconcentrado y sin pararse en algunas paradas; hecho que más de un pasajero le recriminó y con mucha razón, ya que había tenido varios despistes seguidos.

Eran las cinco y media de la tarde, cuando paró en un paso de cebra, y dejó pasar a una madre con un carrito de bebé. Mientras tanto miraba de soslayo como el semáforo más próximo, se iba cambiando de verde a ámbar. En ese momento soltó el freno y piso el acelerador a fondo, para evitar que se pusiera en rojo, pero no llegó a tiempo y el semáforo cambió de color.

Haciendo caso omiso, siguió conduciendo y se saltó el semáforo. En ese instante un coche blanco que venía por su derecha, tratando de frenar con urgencia para evitar el impacto, se empotró contra el autobús, provocando un grave accidente.

Los pasajeros se asustaron, y alguno de ellos cayó al suelo en el momento del choque.

Rubén reaccionó cuando sintió un golpe fortísimo en el lateral derecho, y vio la puerta completamente hundida hacia dentro con cristales en su interior.

La imagen del conductor del turismo, mal herido y con bastante sangre en la cabeza, le impactó de tal manera, que no supo ni reaccionar en unos segundos.

Inmediatamente se bajó del autobús y fue a asistir al conductor del vehículo, que se encontraba consciente en el asiento delantero.

- ¿Estás bien?, ¿te puedes mover? – preguntó con mucho miedo Rubén.

El conductor hacía gestos con la mano, para pedir ayuda, y apenas podía hablar.

Rubén logró abrir la puerta para poder asistirle. Cuando le vio con tanta sangre, con la cabeza hacia atrás, en el respaldo del asiento, sintió un terrible remordimiento y una culpabilidad absoluta.

Llamó inmediatamente a la ambulancia, explicándoles todo lo que había sucedido. Estaba muy nervioso, se repetía una y otra vez: ¡ Dios, cómo ha podido pasar esto, la culpa ha sido mía, la culpa ha sido mía, me he saltado el semáforo. Lo siento, lo siento mucho !.

Empezó a llorar como un niño, liberando toda la tensión que tenía acumulada, y pidiendo perdón a todos los pasajeros, que contemplaban absortos, toda la escena, ya fuera del autobús.

La ambulancia llegó muy pronto, y asistieron al conductor del turismo, subiéndole rápidamente a una camilla y de inmediato lo trasladaron al hospital Ramón y Cajal.

Rubén se quedó prestando declaración a la policía, quien le tomó todos sus datos y le informó de la sanción que iba a recibir por cometer esa infracción tan grave. Pero a él lo único que le preocupaba realmente, era el estado de salud del hombre que estaban metiendo en la ambulancia. Por lo que decidió acompañarle hasta el hospital.

Ese hombre, se encontraba consciente, y hablaba con normalidad, pero se quejaba de un gran dolor en el tórax, a consecuencia del gran impacto que sufrió. Rubén no paraba de lamentarse, y de pedirle perdón cientos de veces. Con lágrimas en los ojos, le miraba y rezaba porque la lesión fuera mínima.

Llegaron al hospital, y al entrar en urgencias, Rubén informó a los médicos que le asistieron, cómo se había producido el accidente.

No sabía nada más de esta persona, ni siquiera sabía su nombre, pero quiso esperar en urgencias hasta que alguien le informara de su estado.

Habían pasado dos horas aproximadamente, y preguntó en información, al no haber recibido noticias.

- ¿Es usted familiar del paciente? – preguntó el señor de información.
- No, soy la persona que conducía el autobús cuando se produjo el accidente – contestó con honestidad y coraje Rubén.
- De acuerdo, lo sentimos mucho, pero solo podemos informar a los familiares.
- Pero, si no sé ni cómo se llama esa persona, menos aún podría llamar a sus familiares para avisarles. Ojalá lo supiera.

La persona de información al verle tan sincero, y preocupado, le pidió que esperara un momento, y volvió a la sala, a los cinco minutos.

- Solo le podré decir, que el Sr. Suárez se encuentra en la uci, pero evoluciona favorablemente. Ha tenido un traumatismo torácico, y tiene fracturadas algunas costillas.

Rubén agradeció la información y aunque estaba muy nervioso, sintió cierto alivio al ver que su estado no era de gravedad.

- Muchas gracias por informarme, agradezco que hayan hecho esta excepción conmigo.

Al rato, salió del hospital, con intención de regresar al día siguiente.

El día, había sido un auténtico desastre, y se sentía muy culpable con todo lo que le había sucedido. María ocupó sus pensamientos en ese instante, y la necesitaba, necesitaba un abrazo, un te quiero, un no te preocupes; necesitaba cariño, mucho cariño, para recomponerse de esa angustia que llevaba soportando durante horas. Pero sufrió al pensar en ella, le había fallado, y no se lo podía perdonar.

Antes de llegar a casa, decidió entrar en el bar, a pesar de que no era un ambiente que frecuentaba de forma habitual; no le gustaba nada beber. Tras más de tres horas allí sentado, solo, con un vaso en la mano, y con la mirada fija en la pared, se levantó con paso torpe, y se marchó llorando. Tratar de ahogar sus penas en el alcohol, fue una estupidez, y le hizo sentir bastante peor; se dio cuenta de que esa no había sido una buena solución.

Después de mirar de nuevo el mensaje que había escrito a María, y que llevaba más de diez minutos releendo, pulso el botón de enviar.

María iba de camino al hospital, cuando recibió el mensaje de su marido.

- Hola, ¿cómo estás?, necesito hablar contigo, creo que te debo una explicación, y sé que tú también a mí. Esta tarde llegaré pronto a casa.

María echó en falta su tono cariñoso habitual, ese mensaje la pareció muy frío. No parecía Rubén, pensó en alto. La entristeció, pero ella también necesitaba hablar con él de muchas cosas importantes, y ansiaba aclararlo todo cuanto antes. Esta situación la estaba haciendo daño.

Pero en el metro solo pensaba en Miguel. Deseaba tanto verle, que cualquier otra cosa quedaría en segundo lugar. Estaba preocupada, a pesar de que Inma le había tranquilizado bastante al contarle que se encontraba fuera de peligro.

Eran las cinco de la tarde cuando entraba por la puerta del Ramón y Cajal. Justamente al dirigirse al mostrador de información, vio esperando en el ascensor a Rodrigo y a Beatriz, los padres de Miguel. En ese momento, con una clara expresión de sorpresa agradable, se acercó a ellos y con efusividad les llamó la atención. Beatriz no la había vuelto a ver desde el accidente, hacía casi año y medio, y no pudo evitar abrazarla con cariño, mientras la miraba con alegría por verla tan recuperada.

Rodrigo, sin embargo, fue algo más comedido, y la saludó discretamente. María le miraba como si estuviera viendo un fantasma, pero hacía varios días que ya había recordado las veces que estuvo en su casa, y las charlas que habían tenido sobre música. Rodrigo tocaba muy bien el piano, y en alguna ocasión, habían cantado juntos algún clásico español.

María aprovechó para pedirles perdón, y se lamentó por su falta de recuerdos. Tras estas palabras sinceras, tanto Beatriz como Rodrigo la abrazaron, ofreciéndola toda la comprensión que podían en esas circunstancias, y mostrando el mismo cariño que siempre la habían tenido.

Enseguida la pusieron al corriente sobre la mejoría de su hijo. Y ambos se miraron muy cómplices, intuyendo que esa visita inesperada le iba a agrandar muchísimo a Miguel.

Beatriz entró primero, y vio a Miguel despierto, inmovilizado en la cama, con un corsé que le acababa de colocar el traumatólogo que le atendía, para estabilizar las fracturas de las tres costillas, por el golpe tan fuerte que había recibido en el accidente.

Tras ella, entraba María con cierta timidez, y dudas sobre la reacción que Miguel pudiera tener al verla.

Miguel miró a su madre y enseguida centró sus ojos en María. Su cara se iluminó de repente, y una amplia sonrisa demostraba la gran ilusión que le hizo la visita.

Buscó sus manos inmediatamente, y se las cogió con fuerza, besándolas con

mucha ternura.

- ¿Cómo estás? – le preguntó ella, mirándole con cariño y sin soltarle las manos.

- Ahora mucho mejor al verte – contestó él con mucho entusiasmo.

María se sintió feliz al escuchar esas palabras.

- ¿Tienes mucho dolor?

- Un poco sí, pero me acaban de poner otro calmante, y me aliviará durante algunas horas.

- ¡Qué guapa estás! – dijo Miguel mientras la miraba ensimismado y sin dejar de sonreír.

- Gracias – dijo con modestia, cruzando sus dedos con los de él.

- Estaba muy preocupada por ti, necesitaba ver que estabas bien – dijo ella mirándole fijamente con mucha complicidad.

Miguel estaba tan obnubilado con ella, que no reparó en que su padre, también estaba en la habitación.

- Papá, perdóname, no me había fijado – dijo muy avergonzado.

- No te preocupes hijo, me alegro de verte tan bien - le contestó sonriendo.

Beatriz, se dio cuenta de que era el momento de dejarles solos, y le hizo un gesto a su marido, para que salieran de la habitación, y así ellos podrían hablar con más intimidad.

- Ya me contaron que chocaste contra un autobús – María quiso hacer una pausa, tratando de no ahondar demasiado en este último detalle - ¿hubo algún herido más?

- No, el conductor salió ileso y los pasajeros también. Afortunadamente no hubo más heridos. Se saltó un semáforo en rojo, y supongo que recibirá una importante sanción, por ello, y bien merecida, aunque no he querido preguntarle más al respecto. Me ha perdido perdón, y agradecí que me acompañara ayer en la ambulancia. Me consta que estuvo aquí en el hospital durante horas preguntando a las enfermeras sobre mi estado. A pesar de todo, le veo buena persona.

- Y ¿tú, cómo estás, como siguen tus recuerdos? – preguntó Miguel para cambiar el tema.

- Bien, estoy bien, estos últimos días he tenido muchos, sobre todo de mis sobrinos y de mis padres. También de ti – dijo bajando el tono de voz.

María se encontraba sentada en el borde de la cama, tratando de no moverle, pero no pudo controlar su impulso, se acercó hacia él y le besó en los labios con dulzura.

- Princesa, cómo lo echaba de menos.

En ese momento, se abrió la puerta, y apareció Rodrigo con un chico alto, y fuerte, que al acercarse a la cama, se quedó inmóvil al ver a su mujer sentada junto al hombre con el que había chocado el día anterior.

María se levantó como un resorte, con los ojos como platos.

- Rubén, ¿qué haces aquí? – preguntó descompuesta.

Rubén se quedó perplejo, mudo, tal fue su sorpresa, que no pudo asimilar esa escena tan desconcertante para él; se dio la vuelta de inmediato y salió de la habitación con un gesto de frustración y asombro.

María salió detrás inmediatamente.

- Rubén, por favor, espera, espera cariño – gritaba, ante la actitud impasible de su marido, que no frenaba el paso.
- ¡Para, te lo pido por favor, para un momento!, y déjame explicarte esto – suplicaba María.

Rubén estaba tan alucinado que no escuchaba ni tenía intención de montar el numerito en el hospital.

María dejó de perseguirle, y se sentó en el banco que estaba al lado de la puerta, con la cabeza sobre las manos, se apoyó en las piernas, y se echó a llorar desconsoladamente.

Beatriz había visto toda la escena, desde el pasillo, y no pudo evitar buscar a María, a quien había visto sentarse muy desolada en el banco.

- María cariño, tranquilízate cielo, sé que esto debe ser muy duro para ti – la trataba de consolar Beatriz.
- Ella sintió ese abrazo como si fuera de su madre, y con lágrimas en los ojos, apretaba sus brazos contra su espalda, temblando como si fuera una niña asustada.
- Esta situación es muy difícil Beatriz. Este hombre que acaba de entrar en la habitación, es mi marido, Rubén. Aún no sé por qué el destino se empeña en ponerme a prueba todo el tiempo, con

situaciones tan increíblemente inesperadas como esta. ¿Cómo puede ser verdad que los dos hombres de mi vida se hayan cruzado en el camino de esta manera? Esto es una locura, una locura, repetía una y otra vez María, sin poder encajarlo.

Beatriz no salía de su asombro, creía estar soñando y se había quedado en la primera frase. Ese hombre que había provocado el accidente de su hijo, era el marido de la mujer que amaba. ¿Cómo podía ser tan caprichoso el destino?, pensaba en silencio, tratando de digerirlo y ponerse en la situación de María en ese momento.

- Lo entiendo cielo, lo entiendo, estoy tan alucinada que me cuesta hasta articular las palabras. Imagino como te debes sentir, esto es surrealista, pero debes calmarte. Si ha pasado así, es porque estos dos hombres tarde o temprano tenían que conocerse. Nada pasa por casualidad.

- Sí Beatriz, pero yo tengo el corazón dividido, nadie sabe lo que estoy sufriendo. Siento algo muy fuerte por los dos, y no quiero hacerles daño. Esto es duro, muy duro para mí – confesaba con sinceridad María.

- Y además.... e hizo una pausa María a punto de confesar algo, pero se arrepintió y prosiguió Beatriz.

- Debes calmarte, y tomarte tu tiempo. Has pasado por algo muy doloroso, tu pérdida de memoria. No tienes culpa de nada, y también tenías derecho a rehacer tu vida como lo has hecho.

- Soy madre, y quiero lo mejor para mi hijo, sin duda sé lo que te ama. Miguel Ángel lo pasó muy mal cuando saliste del hospital, y no quiero que vuelva a sufrir, me dolería en el alma. Te pediría que fueras muy honesta con él, María, y si no tienes aún claros tus sentimientos, por favor, tómate tu tiempo, todo el que necesites, pero debéis evitar haceros daño. Los dos merecéis ser felices o juntos o separados.

María escuchó atentamente las palabras de Beatriz, y agradeció sus consejos. Pero ya no podía soportar seguir hablando más del tema. Algo más tranquila, se levantó, cogió su bolso, y se marchó a casa. Necesitaba ver a su marido, tenían muchas cosas de que hablar, y no podía dejar pasar más tiempo.

- Por favor Beatriz, dile a Miguel que me he tenido que marchar.
- Tranquila cielo, se lo diré – la dijo dándole un beso en la cara.

Miguel se quedó en silencio, no entendió la reacción de María, pero

enseguida pudo encajar las piezas y deducir que Rubén, podía ser su marido. Eso le pilló completamente desprevenido y se quedó de piedra, cuando su madre, minutos después, se lo confirmó.

En ese momento, sus ilusiones se desvanecieron.

Leyre

María entró en casa, y vio que la luz del dormitorio estaba encendida. Dejó el bolso colgado en la percha, y se fue a la cocina a por un vaso de agua. Sentía muchísimo calor y estaba muy mareada. El viaje de vuelta en metro fue una pesadilla, y estuvo a punto de bajarse en dos ocasiones para vomitar. Tenía el cuerpo muy revuelto y necesita descansar, había sido un día muy duro. Pero tenía que coger fuerzas porque aún le quedaba lo más difícil.

Aprovechó para ir al baño, ya que se había sentido un poco húmeda, y esto le extrañó. Al limpiarse vio como dejaba sangre en el papel, y se alarmó. Se puso nerviosa y trató de respirar profundamente para contener los nervios, pero no lo consiguió. Entonces decidió salir y se acercó a Rubén con un gesto serio y de preocupación.

- Rubén por favor, necesito que me lleves a urgencias.

Rubén, la estaba esperando, tenían una conversación pendiente, que sería clave para el futuro de su relación. Pero la petición de María, le descuadró por completo. Al mirarla y ver su gesto, supo enseguida que algo iba mal. Pensó que le había sucedido algo relacionado con las secuelas de su pérdida de memoria, por lo que reaccionó rápidamente, dio un salto en la cama, se puso las zapatillas, y cogió la cartera que había dejado en la mesilla.

- ¿Qué te pasa, qué tienes? – preguntó Rubén muy preocupado.

- Te lo cuento ahora en el coche, pero por favor, vámonos ya – dijo ella con seriedad.

Se montaron en el coche, y Rubén no quitaba ojo a su mujer, completamente ignorante de lo que la sucedía.

- Cariño, siento muchísimo todo esto que está pasando. Te pido perdón por no haber sido sincera contigo, y por no haber tenido el valor de hablarte de Miguel. Pero antes de nada, quiero darte una noticia que para mí es lo más importante que me ha pasado en la vida.

Rubén estaba poniendo todos sus sentidos en ella, pero no quería desconcentrarse en el volante, esto es algo que le había marcado en las últimas horas, y le estaba martirizando hasta el punto de plantearse seriamente si continuar trabajando como conductor.

Pero enseguida volvió a prestar atención a su mujer.

- Me hubiera gustado decirte esto en un momento más romántico y más ideal, pero no ha podido ser así. Cariño, estoy embarazada, vas a ser papá.

Rubén, se quedó helado, y tal fue el impacto que le causó semejante noticia, que tuvo que hacer una parada obligada, justo antes de llegar al hospital.

- ¿Cómo, qué? – ¿desde cuándo lo sabes? – preguntó Rubén con emoción.

- Desde ayer. Pero no habíamos tenido ocasión de hablar y estaba deseando contártelo.

- Pero, no entiendo, y por qué vamos al hospital, ¿qué te pasa? – preguntó él muy nervioso, creyendo perderse algo.

- Tranquilo, me acabo de ver sangre, y creo que no es normal, por eso prefiero salir de dudas – dijo ella con calma, pero a la vez triste.

Rubén, miró a María, y con lágrimas en los ojos, la abrazó con fuerza, transmitiéndola todo su apoyo. Estaba tan asustado, lleno de dudas, que no sabía si llorar de emoción o reír de alegría, no sabía si estaba feliz, o era un amargo sentimiento; sin duda esa noticia le había tocado y mucho, el corazón. Y si fuera posible....., pensó.

Llegaron al hospital, y a María la metieron en una camilla rápidamente, para hacerle el chequeo correspondiente. Mientras él se quedó esperando en la sala de espera.

Respiraba hondo y exhalaba el aire con fuerza, una y otra vez, deseando que pasara el tiempo lo más rápido posible, y con impaciencia por ver a su mujer salir de esa sala con buenas noticias. La espera se le hizo eterna.

A la media hora, María salía de la sala, con gesto serio, pero sonrió al ver a Rubén, y le abrazó muy emocionada.

- Está todo bien, el bebé está perfecto, y ya he escuchado su corazoncito, estoy de siete semanas – dijo María con mucha ilusión.

Rubén demostró entusiasmo y se quedó aliviado al saber que todo estaba

bien. Aunque no estaba tan eufórico como él hubiera deseado, ya que tenía algo por dentro que le hacía restar alegría a ese momento. Aún tenían mucho de lo que hablar, y con la llegada de este bebé, las cosas debían de aclararse lo antes posible.

Llegaron a casa, y Rubén comenzó a darle instrucciones para que no hiciera ningún esfuerzo ni ningún movimiento brusco. Quería protegerla y mimarla como se merecía, al fin y al cabo la quería con locura, y eso estaba por encima de cualquier problema, que sabía que juntos, podrían solucionar.

Ambos se pusieron cómodos y decidieron zanjar el asunto cuanto antes. Se quitaron las zapatillas y se sentaron cada uno en un sofá, frente a frente, con cierto nerviosismo por ambas partes, ya que la conversación fácil, precisamente fácil, tenían claro que no sería.

María miró a Rubén, y le hizo un gesto para cederle el turno de palabra, ya que suponía que tendría un interrogatorio enorme para hacerle, y lo entendía perfectamente.

- Tengo tantas cosas, que no sé por dónde empezar – comenzó Rubén.

- Estoy muy dolido María, no has sido honesta conmigo, y aún no sé la historia de Miguel desde el principio. Siempre me has ocultado algo, y no he entendido la razón de tu mentira. Creo que él ha sido alguien especial en tu vida, más de lo que me has contado. Quiero saber qué sientes por él, ¡dime la verdad por favor, quiero que seas sincera, no quiero más mentiras! – exclamó Rubén con decisión.

Ella se quedó callada durante unos segundos, y puso orden en su cabeza, para ser capaz de contestar a todas las preguntas de una forma clara y honesta. Debía ser valiente, aunque alguna parte de la confesión, sabía que podría hacerle mucho daño. Pero ya no había vuelta atrás.

- Tienes razón cuando me dices que no fui honesta desde el principio, y es algo de lo que me arrepiento. Sí, debí contarte que Miguel era la persona que venía conmigo el día del accidente, era mi novio, mi pareja con la que llevaba un año saliendo.

- Cuando desperté del coma, sufrí una amnesia retrógrada que me provocó una pérdida de memoria de episodios de mi vida que habían sucedido un año atrás. No recordaba nada de lo que había vivido en esa etapa, y eso me hizo sentir muy mal porque veía sufrir a mi familia, y no podía hacer nada – prosiguió ella.

- Miguel me visitó durante días en el hospital y en casa de mis padres, pero para mí era un completo desconocido. No tenía ni un solo recuerdo de él. Para mí era un extraño por el que no tenía

ningún sentimiento; sin embargo, para él esto fue una tremenda pesadilla, sufrió muchísimo porque me quería, me quería mucho.

- Dejó de visitarme porque ya no aguantó más esta tortura, y quiso rehacer su vida, al igual que hice yo, sin ser consciente de que había alguien de mi pasado, anclado en mi corazón.

- Te conocí, y me enamoré de ti. Mi vida estaba completa contigo, y era feliz, muy feliz. Hasta que mis recuerdos empezaron a llegar a mi cabeza, y de repente un día me di cuenta de que ese hombre, al que ya ponía cara en mi recuerdo, había formado parte de una maravillosa historia en mi vida.

Rubén, empezó a ponerse algo más tenso en el sofá, y sintió mucho miedo al llegar a este punto del relato. Realmente la estaba escuchando con la mayor atención que jamás la había prestado.

- Me preguntas qué siento por él, y te diré que siento algo, algo muy especial. Pero también te diré, que te quiero, te quiero mucho, y no desearía a nadie que se pusiera en mi lugar, porque tengo el corazón completamente dividido y no lo estoy pasando nada bien. Sufro por verle sufrir a él, sufro por verte sufrir a ti, y sufro por no saber qué es lo que debo hacer.

Esta última frase le llegó al alma a Rubén, le caló muy hondo, y es ahí cuando se dio realmente cuenta de que el problema era más importante de lo que parecía.

María se quedó mirándole fijamente, reflexionando en silencio, y tratando de atisbar algún gesto por parte de él, que le hiciera pensar cómo se encontraba, después de escuchar esa sincera confesión.

- Ayer pasé por la puerta de tu trabajo. Me sentía mal por estar enfadado contigo, y quise darte una sorpresa. Cuando bajé del autobús, iba sonriente con la rosa que te había comprado, en la mano. Pero mi alegría duró muy poco cuando te vi besándote con él en esa calle. Se me cayó el alma a los pies, me decepcionaste.

- Después de varias horas, en mi cabeza solo tenía una imagen: la de ese hombre cogiéndote de la cintura fuertemente y besando tus labios. No podía pensar en otra cosa. Perdí el control del autobús y ni siquiera me fijé en el semáforo, estaba completamente desconcentrado y fue una gran negligencia por mi parte. No me lo perdonaré jamás en la vida. En esas condiciones debí bajarme del autobús y no arriesgar la vida de los pasajeros, ellos no tenían culpa de mis problemas personales. Cuando sentí el impactó de ese coche en el lateral, desperté de esa pesadilla y fui consciente de

que algo grave había sucedido.

- Me preocupé por esa persona, que menos podía hacer, después de haber sido culpable y de poner en riesgo su vida. Le acompañé al hospital, y quise interesarme por su estado, hasta saber que estaba fuera de peligro.

- Cuando he llegado hoy y te he visto en el borde de la cama sentada, con las manos agarradas a él, todo mi mundo se ha desmoronado a pedazos, jamás podría imaginar que esa persona era Miguel, y nunca hubiera pensado que el destino fuera tan cruel.

María no daba crédito a lo que estaba escuchando y sus lágrimas caían sin parar. Veía sufrimiento en Rubén, y ella sentía ese dolor doblemente. No quería hacerle daño, le quería. Estaban cumpliendo un sueño, el sueño de formar una familia, un dulce sueño, que ahora se estaba convirtiendo en una amarga situación, para ambos.

- Pero solo me queda decir, que estoy feliz por ti, es una noticia maravillosa y no quiero que nada ni nadie pueda enturbiar esta felicidad. Te voy a cuidar como mereces y hagas lo que hagas, o decidas lo que decidas, aquí seguiré, y si me dejas, aquí a tu lado – finalizó Rubén muy emocionado.

María no pudo contenerse y se levantó para abrazarle. Eran las palabras más bonitas que había escuchado de él jamás y le demostraba el verdadero amor que sentía por ella.

Miguel se recuperó bastante bien, y en menos de una semana le habían dado el alta. Aún seguía con el corsé y debía guardar reposo durante unos meses.

Durante todo ese tiempo, no pudo ir a trabajar, ni tampoco, ver a María. Aunque, consiguió su número de teléfono, a través del Sr. Vidal. Ella no mantenía el número anterior, y supo que lo había cambiado días después de salir del hospital.

Esa mañana, María había parado cinco minutos a tomarse una manzana, y un yogurt. El embarazo la tenía comiendo a cualquier hora, o bien fruta, yogurt o galletitas saladas que se había comprado por paquetes; la ayudaban a sentir menos náuseas y a aliviar el ardor.

Contestó el mensaje de Rubén, que estaba preocupado por ella, al saber que la noche anterior no pudo dormir casi nada, por el ardor de estómago. Y cuando dejó el móvil en la mesa, le sonó un nuevo mensaje.

- Hola princesa, me tienes muy abandonado. Te echo mucho de menos.

María se quedó blanca y al leer la palabra princesa, le dio un vuelco el corazón.

Había pasado ya un mes sin tener noticias de él. Trató de centrarse en su trabajo, en su marido y en cuidar su embarazo lo mejor posible, que ya estaba acabando su primer trimestre. Necesitaba poner tierra de por medio con Miguel, para aclarar sus ideas. Ahora se sentía más tranquila, y aunque se acordaba muchísimo de él, hacía un esfuerzo enorme por evitar cualquier contacto.

Pero el mensaje la desestabilizó y dudó durante unos minutos si contestarle o no. Al final, se dejó llevar por el corazón.

- Hola, me alegro muchísimo de saber de ti, ¿cómo te encuentras?

- Mejor, aburrido sin poder moverme mucho. Estoy deseando incorporarme a trabajar. Tengo muchísimas ganas de verte.

María respiró muy hondo, cerró los ojos, su corazón latía con fuerza, y se pensó bien la respuesta.

- ¡Cuídate mucho, espero verte pronto por aquí! Un beso enorme.

Miguel se quedó un poco frío con la respuesta, esperaba algo más cariñoso, pero entendía su situación. Su madre le había contado la conversación que tuvieron el día que le fue a ver al hospital.

Cuando supo que el conductor del autobús era su marido, se quedó impactado, jamás lo hubiera podido creer. Ese hombre le había provocado un accidente, tuvo una negligencia imperdonable, poniendo en peligro su vida, pero lejos del rencor que pudiera tener hacia él, agradeció recibir sus muestras de interés, preocupación y arrepentimiento por lo sucedido, demostrando tener calidad humana.

Después de saber quién era ese hombre, tuvo un sentimiento de tristeza, incluso de derrota al pensar que María tenía al lado a una buena persona, que seguramente también la estaría haciendo feliz.

Aun así, deseaba volver a verla, la quería, era la mujer de su vida, y todavía se negaba a tirar la toalla; tenía claro que lucharía por ella.

El día del accidente, Miguel llevó a Lucía a casa. Quería poner un punto y final a una historia sin sentido, que le estaba causando estrés y mucho desgaste en todos los aspectos, sobre todo a nivel emocional.

Salieron del trabajo, y casi sin hablarse, se dirigieron al parking. Lucía entró al coche con soberbia y mucha ira. Miguel no quería dilatarlo más en el tiempo, y comenzó a hablar sin esperar casi a que se pusiera el cinturón.

- Está claro que esto no funciona, y yo no quiero continuar la relación– dijo Miguel con firmeza.

Lucía se mantuvo callada, impassible, mirándose en el espejo y pintándose los labios, como si la cosa no fuera con ella.

- ¿No vas a decir nada? – preguntó Miguel algo enfadado por su actitud.

- ¿Es por la zorra esa, qué me vas a dejar?, te recuerdo que está casada, y no dejará a su marido por un muermo como tú.

Miguel apretaba sus labios con fuerza, acumulando su rabia al escuchar esas palabras tan desafortunadas que con tanta maldad soltaba por su boca.

- Me das pena Lucía, tienes mucho que madurar, y no te mereces un hombre como yo a tu lado. Prefiero ser un muermo a una persona insoportable, obsesiva y con tanto rencor como tú.

Lucía, sin mediar palabra, se giró y le dio una bofetada con todas sus fuerzas, que hizo que Miguel diera un pequeño volantazo en la carretera.

A Miguel no fue el dolor físico lo que más le sorprendió, sino la agresividad y la ira contenida de esa mujer, que sin piedad le había agredido, mucho más en su amor propio.

Paró el coche, inmediatamente en el primer lugar que pudo, y la pidió que saliera, sin mirarla ni a la cara.

- ¡Sal por favor del coche, pero ya! – dijo Miguel muy enfadado.

Lucía con una sonrisa en la cara como si hubiera salido victoriosa, se volvió a mirar el espejo, se colocó el pelo, y cerró la puerta con un portazo tremendo, no sin antes pronunciar un dardo envenenado.

- Qué seas muy infeliz, capullo.

Miguel hizo una pausa de un par de minutos, con la cabeza cabizbaja, mientras se recomponía de semejante escena, asimilando el mal trago que había pasado.

Se incorporó de nuevo a la carretera principal, y giró en la siguiente glorieta para dirigirse a su casa.

Estaba completamente ausente en sus pensamientos, cuando de repente vio cruzarse ante él, un autobús; estaba tan desconcentrado que sus reflejos no funcionaron como debían, y de haber sido así, hubiera frenado a tiempo, evitando el choque, que finalmente se produjo.

Se encontró rodeado de cristales, y el airbag había saltado evitando que el

impacto en la cabeza fuera mucho mayor. Se quedó atrapado entre el volante y el asiento, con bastante dificultad para moverse. Enseguida vio a un hombre rubio, muy alto, que trataba de abrir la puerta delantera, y le preguntaba muy angustiado, cómo se encontraba. Más tarde supo que ese hombre, era el conductor del autobús.

María estaba muy contenta en su nueva etapa, y cada dos por tres se tocaba el vientre con mucho orgullo. Apenas se le notaba nada la tripa, y en el trabajo, nadie había sospechado nada.

Ese día decidió compartir la noticia con Isabel y David, y luego también tenía la intención de contárselo al Sr. Vidal.

Se levantó de la mesa, y con una sonrisa de oreja a oreja, se acercó a sus compañeros.

- Bueno chicos, tengo que contaros algo – dijo muy emocionada y sonriente.

Isabel y David se miraron con mucha complicitad y ya imaginaron cuál podría ser la noticia que iban a escuchar. La veían guapa, muy contenta y sí habían observado que se tocaba bastante el vientre, en los últimos días; María no había intuido que se habían dado cuenta.

- ¡Estoy embarazada! – dijo muy orgullosa.

- ¡Guau, qué noticia, enhorabuena Mary, cuánto me alegro! – gritó Isabel.

- ¡Enhorabuena guapísima, así estás tú de feliz últimamente! – exclamó David.

- ¿Ya sabes si es niño o niña? – preguntó Isabel.

- No aún no, solo estoy de once semanas.

Ambos se levantaron a abrazarla con mucho cariño.

A los pocos días, prácticamente toda la oficina, ya sabía lo de su embarazo, y no paraba de recibir felicitaciones de compañeros de otros departamentos.

Su familia estaba muy feliz, Elvira ya estaba preparando a su nieto una mantita de patchwork, igual que les había hecho a Hugo y Marcos cuando nacieron. Aún no sabía si sería niño o niña, por lo que dejaría la parte de en medio pendiente de coser, para bordarle el nombre y elegir el color de la tela.

Eran las diez y media de la mañana, cuando Rubén y María esperaban

ansiosos en la consulta del ginecólogo, para la ecografía en la que esperaban con mucha ilusión, conocer el sexo del bebé.

María estaba en su semana veinte de embarazo, y ya había comenzado a sentir los movimientos del bebé, sobre todo por las noches. Apenas había engordado cuatro kilos, y estaba haciendo un gran esfuerzo por llevar una buena alimentación. Dejar el café, ya era una prueba superada, y apenas lo echaba en falta. Aún no se le notaba casi la tripa, aunque algunos pantalones ya habían pasado al fondo del armario, porque no le entraban.

- ¿María Vega? – preguntó en alto una enfermera que acompañaba al ginecólogo en la sala.

- Sí, soy yo – se levantó María, un poco nerviosa y muy expectante.

El ginecólogo comenzó con la exploración, muy concentrado, moviendo de arriba abajo el ecógrafo, bajo la atenta mirada de Rubén, que no quitaba los ojos de encima de la pantalla. Todo aquello le parecía asombroso y ver la forma del bebé, le hizo llenar de lágrimas sus ojos.

María respiraba tranquila y miraba igualmente la pantalla sin pestañear.

- Bien, pues la niña está perfectamente, la imagen es muy clara, y se ve muy bien posicionada dentro del útero. No hay ninguna anomalía, y todo está dentro de la normalidad.

Rubén miró a María con una sonrisa muy cómplice y cogió la mano de su mujer para compartir la emoción que ambos estaban sintiendo.

Aún no habían querido hablar de nombres, hasta no saber el sexo del bebé, y ahora sí estaban como locos por decidirlo pronto.

En el coche, María que había estado barajando varios nombres, desde que supo que estaba embarazada, dijo en alto varios que le encantaban.

- ¿Qué te parecen, Leyre o Abril?, son preciosos – preguntó María con persuasión.

- Sí, me gustan, son bonitos, yo he pensado en Marta o Sofía – contestó Rubén con decisión.

- También me gustan, ¡uf cariño, qué difícil lo vamos a tener! – dijo ella, y ambos rieron.

Esa tarde María tenía clase de canto, a la que de momento, quería seguir asistiendo, mientras el embarazo se lo permitiera. Aún se encontraba muy ágil. Su

calidad vocal había mejorado a pasos agigantados y su profesor estaba orgulloso con su progreso; ya había conseguido llegar al mismo nivel de antes.

Martin estaba entusiasmado por contarle una noticia. Había recibido una llamada de una de las salas de fiestas, en las que ya había cantado María, años atrás, y al enterarse de su mejoría, le había pedido contactar con ella para un evento especial en la sala, por su veinticinco aniversario.

María sin poder cerrar los ojos y muy agradecida, por la invitación de esta sala, empezó a recibir varias imágenes muy nítidas en su cabeza; en una de ellas se veía con un vestido rojo largo, mirando al público emocionada, con las manos en el pecho, y recibiendo muestras de cariño y numerosos aplausos tras su actuación. Se quedó inmersa en estos recuerdos, hasta que Martin la llamó la atención.

- ¿Me estás escuchando María?
- No, perdona, estaba distraída.
- ¿Entonces, le decimos que sí cantarás la semana que viene? – preguntó el profesor.
- Sí, claro que sí, me haría mucha ilusión volver a cantar, aunque tengo un poco de miedo escénico, seguro que me impone el escenario – dijo ella con total sinceridad.
- No tienes nada que temer, cantas como los ángeles y tienes una voz privilegiada, si has sido capaz de emocionar a tanta gente, sin duda, lo volverás a hacer, creo firmemente en ti y en tu gran capacidad para transmitir, ahora te toca a ti confiar en que lo vas a hacer perfectamente y todo fluirá – le dijo con mucho ánimo Martin.

María hablaba con Rubén sobre su actuación, y se expresaba con nerviosismo y con inseguridad. Rubén la miraba fijamente y la sonreía para transmitirla calma; estaba convencido de que todo saldría bien, y estaba deseoso de verla actuar, ya que hasta ahora nunca había tenido la ocasión.

- ¿Qué vestido me pongo, si ya no entro en ellos? – preguntó en alto.
- Tranquila cariño, que no se te nota apenas la tripa y seguro que el azul que tienes en el armario te sienta de maravilla.
- Qué va, si me lo probé justamente ayer, y no me cierra la cremallera – dijo ella con un poco de rabia.
- Bueno, pues seguro que alguno de los otros doscientos que

tienes colgados en mi armario – e hizo una pausa sonriendo y arqueando la ceja - te quedará estupendo.

- ¡Qué exagerado eres, ni que fuera yo la Piquer!

María revisó en el fondo del armario, y encontró un vestido negro largo, del que no se acordaba para nada; Se lo probó y al contrario que el resto, este le quedaba incluso algo más suelto, y le disimulaba perfectamente la tripita, que ya iba despuntando un poco. Se alegró muchísimo de haberlo encontrado.

Rubén mientras tanto, se entretenía leyendo una revista de muebles para bebé, y empezó a doblar algunas hojas con cunitas y vestidos que le habían llamado la atención. Tenía la ilusión de pintar a su princesita una habitación de colores pastel, y decorar la pared con unas figuritas infantiles, que había tomado como ideas en la revista. Querían empezar a preparar las cositas de la niña, para evitar los agobios y los imprevistos de última hora.

María no había podido evitar comprarle unos vestidos preciosos, que había visto en una tienda, y a los que no se había podido resistir. Uno de ellos era de color turquesa y amarillo, y otro rosa y verde con un bolsillo en el centro de corazones. Aunque eran para primera puesta, y sabía que no se los podría poner mucho tiempo, le habían encantado y cuando los miraba, se emocionaba imaginando a su pequeña con ellos puestos.

Llegaron a la sala con una hora de antelación, y Martín enseguida buscó al organizador del evento para que pudiera saludar a María, a la que después de tanto tiempo, tenía mucha ilusión por ver de nuevo.

- ¡Estás bárbara, no has cambiado nada, sigues igual de hermosa! – exclamó Roberto con ese acento argentino tan marcado.

María sintió una fuerte punzada en la cabeza, al oír su voz, y enseguida le vino el recuerdo de la última actuación que había tenido en esa sala. Todo estaba casi igual, excepto las luces del escenario y el suelo de madera que lo habían cambiado. A parte del decorado tan llamativo que habían puesto para la celebración del veinticinco aniversario.

- ¡Muchas gracias, tú que me ves con buenos ojos! – dijo ella, frotándose las manos con nerviosismo.

- No querida, es cierto lo que digo, estás muy hermosa.

- Mira, te presento a mi marido, Rubén – le dijo muy orgullosa.

- Mucho gusto, ¡pero vos estás muy cambiado, diste un buen estirón en este último año! – dijo Roberto con tono divertido y

extrañado por su diferente aspecto.

María, se quedó muy descolocada con estas palabras, e inmediatamente se dio cuenta de que Roberto estaba pensando en Miguel, al que había visto las últimas veces con ella acompañándola en sus últimas actuaciones.

Rubén no sabía cómo salir del paso, y simplemente sonrió, para evitar alargar una conversación que posiblemente no le apetecía para nada iniciar.

Las luces del escenario se dirigieron hacia el centro, y todos los focos la iluminaban a ella. Estaba radiante, con su vestido negro largo, elegante y con la mirada serena, buscando el calor de ese público, que con entusiasmo la miraba expectante por disfrutar de una fantástica noche de fiesta, envuelta por las notas de un piano que comenzaba a sonar, invitando a María a deleitarles con esa grandiosa voz.

De repente se hizo un silencio en la sala y comenzó a sonar “Without you”.

Los gestos de María, atrapaban la atención de todos los presentes; su voz tan grandiosa, sus manos, señalando al público muy cómplices, su elegancia al moverse en el escenario, y su sonrisa constante, hicieron levantarse de sus asientos a las casi cuatrocientas personas que ocupaban la sala, y aplaudían sin cesar la brillante actuación.

María estaba muy emocionada, y no pudo contener las lágrimas; no paraba de dar las gracias mirando hacia todos los lados, y en especial hacia la primera fila, donde Martin, con una cara de asombro y admiración, la gritaba eufórico, “ole, ole, y ole”. Luego miró a su marido, que no paraba de lanzarla besos, muy orgulloso de ella, y boquiabierto aún por el sorprendente espectáculo que había protagonizado. Era la primera vez que la veía actuar y no podía sentirse más dichoso, por tener una mujer tan increíble a su lado.

Bajó las escaleras hacia el camerino, y resopló mientras abría la puerta y descargó con un grito toda la tensión acumulada de los últimos días. Estaba muy feliz por su actuación, y deseaba abrazar a Rubén y a Martin con todas sus fuerzas.

Antes de que ellos llegaran, miró hacia la mesa, y se encontró un ramo de flores precioso, que le hizo sonreír con curiosidad y mucha ilusión, creyendo estar segura de que serían de su marido.

Encontró la tarjeta en un sobre pegada, y la abrió con impaciencia.

- *Me moría de ganas por volver a oírte y has vuelto a dejarme impresionado. Eres maravillosa. Te sigo amando princesa, no lo olvides.*

Para María se acababa de detener el tiempo. Sus piernas la empezaron a temblar y sus pulsaciones se aceleraron. Deseaba verle,

abrazarle, besarle. Le echaba muchísimo de menos.

Esa nota la removi6 tanto por dentro, que no tuvo tiempo de quitarse las l6grimas antes de que Rub6n la cogiera en brazos y la subiera hacia arriba, muy euf6rico.

Estaba tan nerviosa que sin querer hab6a dejado la nota, al lado de las flores.

Martin entr6 a los pocos minutos, y despu6s de dar un beso enorme a Mar6a, la felicit6 con mucho entusiasmo, sinti6ndose muy orgulloso de su pupila, y se acerc6 muy curioso a ver el ramo de rosas que hab6a en la mesa. Cogi6 la nota, y al leerla la guard6 en el bolsillo disimuladamente, sin que Rub6n se diera cuenta. Mar6a si se hab6a percatado de ese detalle, y le mir6 con mucha complicidad, agradeciendo con la mirada ese gesto.

Martin conoc6a muy bien a Miguel, y nada m6s leer la 6ltima frase, supo perfectamente que se trataba de 6l. No supo si hizo bien o mal, pero trat6 de evitar una situaci6n inc6moda para su alumna favorita, a la que ten6a un aprecio muy grande desde hac6a muchos a6os. Quiso protegerla, y por la cara de Mar6a, supo que hab6a obrado bien.

Rub6n mir6 las flores, y como era de suponer, se acerc6 extra6ado, y un poco celoso, quiso ver si ten6a alguna nota. Pero en ese momento, Martin sali6 muy airoso.

- Son detalle de la casa, Roberto siempre tiene esta deferencia con las artistas – dijo Martin gui6ando el ojo a Mar6a.

Eran las doce de la noche cuando llegaron a casa, y Mar6a se encontraba muy cansada. El d6a hab6a sido muy intenso y tantas emociones juntas, en su estado, no eran muy aconsejables. Pero estaba feliz, se sent6a estupendamente aunque el embarazo ya empezaba a provocarle los s6ntomas normales que le correspond6an a sus casi veintid6s semanas.

Rub6n la abrazaba con mucha ternura, pero ella con los ojos cerrados, solo pensaba en Miguel. Era una situaci6n que la estaba desesperando, no comprend6a como pod6a sentir amor por los dos, y quer6a encontrar la f6rmula perfecta para no hacer da6o a ninguno de ellos.

Miguel no se atrevi6 a acercarse a ella, aunque estuvo a punto de hacerlo. Ver a Rub6n abraz6ndola con tanto orgullo, le hizo darse la vuelta y marcharse. No ten6a derecho de hacerla pasar por ninguna situaci6n inc6moda. Se merec6a disfrutar de esa noche, y nada deb6a empa6ar su momento de gloria en el escenario ni fuera del

escenario.

Salió de la sala, desilusionado y triste; se empezó a sentir el perdedor en esta historia; sentimiento que no le gustó nada. Pero poco podía hacer, él la seguía amando, la seguía esperando, y aunque nadaba a contracorriente, soñaba con volver a estar con ella.

Sacó el llavero del bolsillo, y lo acarició como si sintiera la suavidad de su piel en sus manos. Lo volvió a guardar, se metió en el coche, y se marchó.

María había llegado a la oficina un poco más tarde de lo habitual. El paso ya no lo tenía tan rápido como antes, y aunque se levantaba a la misma hora de siempre, sus movimientos eran un poco más torpes y lentos.

En cuestión de semanas, su tripa se le había duplicado y ya sí se tenía que poner ropa muy holgada. Entraba en la semana veintinueve de embarazo, y esa mañana tenían cita con la matrona, para las primeras clases de preparación al parto.

En el trabajo, seguía al mismo ritmo estresante, aunque se lo tomaba con algo más de parsimonia, por el bien de su pequeña Leyre, a la que definitivamente habían bautizado con ese nombre, por consenso.

Rubén se mostraba tímido entre tantas parejas que se habían juntado ese mismo día en la primera clase. Estaba nervioso y se sentía con la responsabilidad de hacerlo muy bien, y poner todos los sentidos en las indicaciones que la matrona, con mucho tacto y delicadeza les daba a todos los papás primerizos que se miraban asustados.

María no quitaba ojo a la mamá de la derecha que seguía muy bien las respiraciones.

Salieron del hospital, y Rubén llevó a María al trabajo, y luego quedó con su compañero Sergio, quien le había cambiado el horario de ese día, para trabajar por la tarde.

Eran cerca de las dos de la tarde, así que María decidió ir al comedor, ya que no se había llevado comida ese día. Isabel y David la acompañaron. Últimamente no la dejaban ni a sol ni a sombra. La recriminaban cuando se agachaba, y no la dejaban hacer prácticamente nada que supusiera un mínimo esfuerzo; mucho menos coger peso. La tenían bastante mimada, y ella se lo agradecía todos los días.

Nada más entrar, se cruzaron con Lucía. Hacía más de dos meses que no la veía por allí, e incluso se había hecho ilusiones por no verla nunca más.

- ¡Vaya, vaya, si tenemos bombo y todo, uf que gordísima estás!

María siguió andando y no quiso ni dirigirle la mirada, aunque la última

frasecita, venía tan envenenada como de costumbre, y le había dolido. Ella había engordado bastante, y no se veía nada atractiva últimamente, algo que también le había mencionado a Rubén. Aunque su marido la seguía viendo tan guapa como siempre.

Miguel observaba atónito el perfil de la mujer de su vida, y se tuvo que sentar de nuevo en la silla del impacto que le había causado. Se acababa de incorporar al trabajo ese mismo día, después de una larga baja laboral. Desde que se había levantado, tenía a María muy presente en su cabeza, y esperaba ansioso que llegara la hora de volver a verla allí.

Pero nunca imaginó verla embarazada. Fue algo que le provocó desilusión, impotencia, rabia; era una barrera que ponía más distancia entre ellos, y complicaba cualquier intento de acercamiento hacia ella; significaba un nuevo golpe a su orgullo y a su continua lucha, que parecía estar llegando a su fin.

Aun así, se recompuso enseguida, y con mucha dignidad se acercó a ella. María estaba de espaldas decidiéndose por el primer plato que no tenía del todo claro.

- Hay cosas que no cambian – dijo él con tono risueño.

María se dio la vuelta bruscamente, y la expresión de su cara era un fiel reflejo de la felicidad al estado puro. Le abrazó efusivamente y estuvo a punto de darle un beso en los labios, pero el roce de su tripa con él, la hizo contenerse, y volver a la realidad.

- ¿Cómo estás, cuándo te reincorporaste? – preguntó María muy excitada.

- Hoy, me he reincorporado hoy mismo.

- ¿Y te encuentras bien, te noto muy serio? – preguntó ella extrañada por su reacción tan fría.

- Sí, estoy bien, no te preocupes, bicho malo nunca muere – dijo en tono divertido.

María no veía el brillo de siempre en sus ojos, y Miguel apenas le aguantaba la mirada. Intuyó que verla embarazada para él había sido un palo muy grande, y ella tampoco se sentía demasiado cómoda en ese encuentro.

- ¡Enhorabuena!, ¿de cuánto estás? – preguntó él con poco entusiasmo.

- De casi treinta semanas.

- ¿Y ya sabes qué es, niño o niña?

- Sí, una niña, Leyre – dijo muy contenta.

Miguel se quedó callado, aguantando la respiración; en ese momento hubiera deseado que le tragase la tierra. Leyre era su nombre favorito, y recordó las veces que habían hablado sobre los hijos que les gustaría tener juntos en un futuro; recordó perfectamente el día que iban juntos en el autobús desde Siena a Roma, comentando sobre los nombres que más les gustaba, tanto de niño como de niña. A María le encantaba el nombre de Pablo, y a Miguel, el de Leyre, tenían muy claro ambos, que cualquiera de los dos sería el de su primer bebé.

Qué paradojas del destino, ahí estaba él, frente a la mujer de su vida, embarazada de otro hombre, y con el que iba a tener una niña, a la que pondrían ese mismo nombre. La realidad superaba la ficción, era imposible de asimilar.

- Un nombre precioso – dijo él con resignación.

Miguel no se encontraba nada bien. Verla así, le había desestabilizado muchísimo, y ya se le habían quitado las ganas de comer.

La acarició el hombro con mucho cariño, y sin decirle nada más, se marchó del comedor.

María se le quedó mirando fijamente, sin pestañear, mientras le veía caminando cabizbajo hacia la puerta, pero no podía hacer nada para detenerle. Se sintió triste y también dejó la bandeja vacía en la mesa.

Isabel que la observaba muy atentamente, se acercó a ella con preocupación.

- ¡Coge ahora mismo la bandeja y come algo Mary, que Leyre tiene que engordar!. Si no lo haces por ti, hazlo por ella.

María agradeció sinceramente su consejo, e hizo el esfuerzo por comer algo, aunque tenía el estómago completamente cerrado.

Luego subió al despacho, y se quedó pensativa durante un rato, planteándose la posibilidad de dejar ese trabajo. Era muy duro encontrarse todos los días esa persona que tanto quería, saber que estaba sufriendo por ella, y no poder hacer nada para evitar ese sufrimiento mutuo.

Quizás había llegado el momento de separarse. Sería lo mejor para los dos.

A los dos días, entregó la baja médica, hecho que entendieron perfectamente en la empresa y no le pusieron ningún inconveniente. Rubén se alegró bastante de esta decisión, y le tranquilizaba saber que María, en su recta final, estaría más tranquila; necesitaba quitarse de preocupaciones del trabajo y sobre todo de trayectos en transporte público, que últimamente la estaban provocando mucha fatiga.

Ella se sentía muy afortunada y orgullosa de compartir su vida con un hombre tan noble, bueno y comprensivo, y a la vez, sentía pena por el hombre que tan feliz le había hecho. No podía dejar de recordar esos intensos ojos verdes que la deslumbraban, esas manos fuertes retirando su pelo de la cara, esos labios que la llevaban a la gloria cuando la besaba. Eran tantos los recuerdos que habían regresado a su memoria, que creía estar volviéndose loca.

Durante las siguientes semanas, se encargó de ultimar algunas compras que tenía encargadas, como el cambiador, el carrito y alguna ropita para la cuna. Se encontraba mucho más descansada, pero a la vez muy nerviosa de ver tan cercana la hora de la verdad, el momento del parto; algo que le asustaba un poco y le habían dado tantas versiones distintas que ya no sabía qué pensar. Su hermana también le había dado la suya, su experiencia con la cesárea, y eso le provocó mayor inquietud aún con el tema.

Llegó a casa a la hora de comer, y dejó las bolsas de la ropita encima del mueble que acababa de montar Rubén en la habitación, una cómoda blanca con cuatro cajones, de los cuales dos ya estaban llenos de pijamas, vestiditos y calcetines, la mayoría, regalos de familiares y amigos. Por supuesto, estaban ordenados por colores diferentes en cada cajón.

Se encontraba muy pesada, la tripa la tenía muy baja, por lo que le costaba cada vez más andar, y se fatigaba muchísimo. Hacía un calor terrible, y ya no podía salir de casa sin su abanico en la mano y con una botella de agua.

Llegó con muchas ganas de descansar. Se quitó las sandalias, se echó un poco de agua por el cuello, y se sentó cómodamente en el sofá.

Cogió el móvil y vio varias llamadas perdidas de Rubén, y dos mensajes de whatsapp. Al pulsar al icono, vio el nombre de Miguel y se quedó paralizada.

- *Llevo días sin verte y estoy preocupado. Espero que tu embarazo siga bien. Te echo mucho de menos, y estoy volviendo a sentir que te pierdo.... Perdóname si el otro día no estuve a la altura, pero verte en estado me produjo un dolor que sería difícil de explicar. La realidad me sigue golpeando duro, pero te diré que aún sigo con fuerzas para seguir luchando por lo que más quiero. Esto nunca lo olvides.*

María estaba muy sensible, con los sentimientos a flor de piel. Leer este mensaje la hizo sentir una opresión en el pecho, que la dejó casi sin aire para respirar. Se quedó triste, muy triste, y cerró los ojos, muy emocionada, recordando momentos que ahora sí veía con más claridad que nunca, en los que Miguel la demostraba su amor incondicional.

- ¡Dios mío, qué duro es esto para mí, ¿por qué estoy condenada a amar a dos hombres a la vez?, ¡no sé qué debo hacer, por favor

ayúdame! - decía en alto con desesperación.

En ese momento acarició su vientre y sintió algo muy especial, algo que tuvo muy claro desde siempre.

Era una tarde muy calurosa de verano, cuando Leyre quiso llegar al mundo.

Tras un parto natural, y una semana antes de lo previsto, el diez de agosto, María daba a luz a su pequeña princesa. Leyre había pesado tres kilos trescientos, y medía cincuenta centímetros. Era preciosa, con el pelito negro, su tez blanquita, y la boquita sonrosada.

Se quedó embobaba mirándola fijamente, cogiéndola los deditos tan pequeños, y derramando sus lágrimas sobre su cabecita, que acariciaba con ternura sobre su pecho. Era inmensamente feliz, sintiendo su calor, piel con piel, y escuchando el corazón de su hija palpitar junto al suyo. Estaba viviendo la experiencia más maravillosa de su vida.

Rubén las observaba a las dos, sin poder pronunciar ni una sola palabra, tan solo lloraba emocionado.

Tenían todo preparado para su llegada, no les faltaba detalle en la habitación. Rubén se había encargado de pintarla de dos colores de tono pastel, un mes antes, y también había decorado con papel una cenefa muy original con la familia Disney al completo, que rodeaba toda la pared.

Hugo y Marcos estaban encantados con su primita, y la visitaban en la cuna, cogiéndola cada uno de las manitas, y dándole muchos besitos entre las barandillas, con mucho cuidado para que no se despertara.

Elvira y Jaime no podían sentirse más orgullosos de su nieta. Estaban tan contentos que no hablaban de otra cosa, que de lo guapísima que había salido la niña, y de la tremenda alegría que había aportado a esa casa. Ellos sentían adoración por sus nietos, y aun eran jóvenes para poder jugar con ellos, gozaban de buena salud, y de momento esto les permitía tirarse al suelo, con ellos, de vez en cuando, que es lo que más les hacía felices.

Los padres de Rubén vivían fuera, en un pueblo de Soria, y se desplazaron en cuanto pudieron para conocer a su nieta y disfrutar de unos días con su hijo, al que no veían desde hacía meses. Santi también les visitó nada más llegar del hospital, y se le caía la baba con su sobrina. Era la primera que tenía y no cabía en sí de orgullo.

La llegada de sus padres, supuso un momento muy delicado para Rubén, pero trató de disimularlo lo mejor que pudo. Las dudas y la incertidumbre se juntaron con la esperanza y la posibilidad, algo que le provocó un estado de ánimo diferente, y le ayudó a afrontar esta situación con mucha más calma.

La niña le provocaba tanto amor y tanta ternura que pasaba horas y horas junto a ella, solo mirándola y sintiendo su respiración.

Los primeros días tuvieron que adaptarse a convivir con más gente en casa, lo que les hizo no tener la intimidad que necesitaban como padres primerizos, pero a las pocas semanas, ya pudieron disfrutar a solas de sus gestos, de su olor, de su llanto, de sus posturas, de los baños, de esas sonrisas angelicales que les regalaba Leyre.

Cuando ya estuvieron más instalados y organizados en casa, empezaron a recibir las visitas de algunos amigos y compañeros de trabajo, que se sorprendían al ver el parecido tan grande de la niña a María, a pesar de ser tan morenita. Tenía los ojos muy abiertos, y llamaban mucho la atención, no solo por su color azul sino por lo grandes y expresivos que los tenía. Aunque el pediatra ya les había informado que el color posiblemente se le cambiaría en pocos meses.

Dar de mamar a su hija, era un momento único e irremplazable para ella. Apenas dormía, pero la falta de sueño, la compensaba completamente con el acto de amor y entrega al amamantarla, creando ese lazo tan especial con ella.

Inevitablemente, Rubén pasó a un segundo plano en la vida de María, pero entendía que así tenía que ser. Su mujer se debía en cuerpo y alma a su bebé las veinticuatro horas del día, y aunque también sacaba tiempo para él, este se le hacía muy corto, ya que estaba agotada.

Rubén comenzó a trabajar esa semana, y estaba como loco por terminar pronto la ruta, y regresar cuanto antes a casa, para ver a su princesa y prepararle su baño diario.

Esa tarde, mientras la echaba el jabón con la esponjita tan suave, y la decía cositas para atraer toda su atención, se dio cuenta de que esa niña ya le había robado completamente el corazón y el sentimiento que tenía por ella era tan grande que le asustó.

La dio muchísimos besos y la sonrió con mucho amor, mientras Leyre le miraba con esos ojitos que parecían estar entendiendo todo lo que la decía en ese momento.

- “cómo me hubiera gustado ser tu padre cariño” – dijo con frustración.

María estaba apoyada en el marco de la puerta, pero Rubén no la había oído llegar. Se dio la vuelta con disimulo y se metió en el dormitorio con un deseo irrefrenable de desahogarse y soltar todo lo que llevaba conteniendo durante tanto tiempo; la frase que acababa de escuchar de su marido, le había impactado. Estaba en estado de shock.

Lejos de saber abordar ese tema, María optó por dejarse llevar por el corazón, y hacer como si no hubiera pasado nada. Conocía a Rubén y sabía perfectamente que tarde o temprano todo lo que tuvieran que hablar, lo hablarían, pero ambos debían estar preparados. Ese no era el momento oportuno.

Dos meses después, Leyre seguía haciendo muy felices a sus padres, y a toda su familia. La llegada de esa niña, había inundado de buena energía cada rincón de esa casa. Estaba muy graciosa y había engordado mucho en el último mes; apenas le valía la ropa de seis meses.

María decidió llevarla al trabajo y presentarla con mucho orgullo en sociedad. Tenía mucha ilusión porque la viera Isabel, pero lo que más deseaba, sin lugar a dudas, es que la conociera Miguel.

Durante varios días, había tratado de escribirle varios mensajes, pero no tuvo el valor de dar a enviar. Se arrepentía en el último momento y los borraba. Pero esa mañana, mientras entraba por la puerta del edificio, escribió lo que sentía, y de forma precipitada pulsó enviar.

- *Tengo muchísimas ganas de verte, y lo que más deseo es que conozcas a Leyre, tiene tus mismos ojos.*

María se arrepintió de haber sido tan impulsiva, y trató de borrar el mensaje, pero ya no pudo. Vio como las dos marcas del mensaje enviado se convertían a color azul. Miguel lo acababa de leer. Respiró profundamente, y sus piernas comenzaron a temblar sin control. Ya era tarde, no había marcha atrás.

Leyre comenzó a llorar, reclamando su toma, que ya llevaba más de diez minutos de retraso. María se puso algo nerviosa y decidió meterse en una de las salas de reuniones que había en la planta baja, donde podría dar el pecho a su hija, sin que la molestaran.

Mientras la estaba quitando los gasecitos, le sonó el móvil.

- *¿Dónde estás? ¿te puedo ver ahora?*

Miguel estaba completamente confundido con el mensaje, y a la vez eufórico. Era tal la impresión que le había causado saber de ella, que no sabía ni para qué lado volver a caminar de las diez veces que lo había hecho en el despacho, de arriba a abajo, con el móvil en la mano.

María estaba aún temblando y permanecía sentada en la sala de reuniones mientras masajeara con ternura y suavidad la espalda de su hija.

No sabía si había hecho bien o mal, su cabeza había entrado en conflicto con su corazón, y eran miles de sensaciones, en tan pocos minutos.

Pero lo que sí tenía claro es que necesitaba ver a Miguel, deseaba mirarle a los ojos, deseaba rozarle, deseaba sentirle y sobre todo, deseaba que conociera a su

hija. María lo supo desde el primer día, esa niña era el fruto del amor verdadero de dos personas que se amaban por encima de todo.

Leyre ya se había quedado muy tranquilita, y la metió en el carrito. Cogió el ascensor y subió a la planta cuarta, para saludar a sus compañeros.

- ¡Ohhhh, pero quién viene por aquí, la cosa más bonita del mundo! – gritó Isabel al verla llegar.

David también se levantó gratamente sorprendido por la sorpresa y se acercó al carrito a piropear a la princesita que llamaba la atención por donde fuera. Tenía los ojos grandes y verdes, y ya le había crecido un poco más el pelito.

- Está preciosa la gordi, y ¡tú estás guapísima hija, no sé cómo lo haces! – exclamó Isabel.

- ¡Gracias, tú qué me miras con buenos ojos, y no me ves las ojeras! – le respondió María en tono divertido.

Estuvo cerca de veinte minutos con ellos, pero ya se le estaba haciendo tarde.

- Bueno, no os quiero entretener mucho, que sé que andáis con mucho lío, me voy a marchar que ya se me hace tarde para la niña.

- ¿Está el Sr.Vidal?

- No, está de viaje, vuelve mañana – respondió David.

- Ok, saludadle de mi parte.

Se despidieron de ella, y la acompañaron hasta la puerta del ascensor.

Se abrieron las puertas, y se quedó fija mirando a los botones. Dudaba en si pulsar la planta sexta o el bajo, y decidió darle al cero. Le entró mucho miedo, y de repente pensó en Rubén. Esto la hizo sentirse muy mal, y no era lo correcto.

Pero no podía huir del destino.

Llegó a la planta baja, y al abrirse las puertas, allí estaba él, mirándola con los mismos ojos de siempre, con esa sonrisa que le erizaba el vello, y con un deseo enorme de abrazarla.

No hizo falta nada más que la señal de un silencio, que les invitó a abrazarse con fuerza; sobraban las palabras, pero hablaban sus ojos. Se besaron en los labios con la misma pasión, y se estrecharon las manos como si eso les ayudara a no volverse a separar.

María le hizo un gesto cómplice señalándole a la niña, y Miguel se acercó al carro. Se agachó en el suelo apoyando sus rodillas, y acercó su cara a la de su hija. La miró con tanta ternura y felicidad, que María no pudo contener las lágrimas.

No pudo reprimir sus ganas de cogerla y besar esa carita tan dulce y tan bonita. La levantó y la cogió en brazos con la mantita. Leyre abrió sus ojitos y sonreía, ausente del momento tan mágico que estaba sintiendo su padre, mientras la acunaba.

La besó en la frente, y muy emocionado, miró a María.

- Se parece muchísimo a ti, es guapísima – dijo muy orgulloso Miguel.
- Tiene los preciosos ojos de su padre – respondió ella devolviendo el cumplido.
- ¿Me dejarás verla con frecuencia?

María se quedó atónita con la pregunta, así de repente, no se esperaba tener que tomar una decisión de ese calibre, in situ.

- Ahora mismo no puedo pensar en nada Miguel, todo esto es muy difícil para mí.
- Tómame tu tiempo, perdona, quizás me he precipitado, debe ser por la euforia que tengo en estos momentos.
- Sí, necesito aclarar mis ideas. Ahora no solo tengo que pensar en mi vida, sino en la de mi hija.
- Lo entiendo cariño, lo entiendo, sé lo duro que esto es para ti – dijo Miguel mostrándole su comprensión.
- Me tengo que marchar – dijo ella con tristeza.
- Hasta pronto princesa. Te quiero – la contestó mientras la besaba.

Miguel había reaccionado con mucha madurez y comprensión, hecho que a María la impresionó. Una noticia tan importante como esa, no era nada fácil de aceptar. Ser padre era una responsabilidad muy grande, y todo había sucedido muy rápido; apenas podía asimilarlo, a pesar de que ese vínculo, para toda la vida con María, le había hecho inmensamente feliz.

No sabía cómo seguiría el rumbo de esta historia, pero lo que sí tenía claro, es que pasara lo que pasara, su entrega a esa personita, sería absoluta e incondicional, y trataría de hacer todo lo posible por no perderse verla crecer.

La decisión

María llegaba con la cabeza hecha un lío, pero a la vez, había sentido una gran liberación, que la llevaba atormentando varios meses. Ahora le quedaba una parte más difícil con Rubén.

Rubén estaba muy preocupado por ella, hasta que escuchó la llave de la puerta.

- Cariño, ¿dónde estabas?, te he llamado varias veces, y pensé que te había pasado algo.
- No, tranquilo, todo está bien, fui al trabajo para que conocieran a Leyre.

Rubén se quedó callado, y supo perfectamente que el principal motivo, no eran sus compañeros, sino otro más importante para ella; estaba convencido que había visto a Miguel, y su cara lo delataba.

María dejó a la niña con Rubén, mientras se tomaba unos minutos de reflexión en el dormitorio.

Se sentó en el borde de la cama, se miró al espejo, y respiró profundamente, soltando el aire con fuerza. Debía reunir el valor y la seguridad suficiente para enfrentarse a una conversación que intuía, claramente, que podría ser dolorosa e incómoda para ambos.

Salió de la habitación con gesto triste, y se dirigió hacia el salón, observando como su marido levantaba a Leyre en alto y le hacía carantoñas. La risa tan inocente y sonora de su hija, la hizo estremecerse mientras se acercaba a ellos.

Rubén al mirar su gesto, enseguida dejó a la niña sentada en la hamaca.

- No me gusta ver esa tristeza en tu cara, te conozco muy bien, y sé que algo te está afectando demasiado. Tarde o temprano, sabía que este momento tenía que llegar – dijo Rubén con mucha entereza.
- Sé que a ti también cariño, y llevas tiempo ocultando tus sentimientos; estas últimas semanas has estado distante y muy apagado, ese no eres tú, no el verdadero Rubén que yo conocí. Sé que hay algo que no me has contado y que te está haciendo daño.

Rubén bajó la cabeza y se puso las manos en los ojos, conteniendo las ganas que tenía de llorar o de gritar, algo que le hiciera sacar fuera ese sufrimiento que tanto le estaba amargando.

- He tratado de ser un buen marido, alguien que te ha querido y te quiere muchísimo, pero quizás no he sido lo suficientemente

comprensivo en algunas ocasiones, en las que tú lo necesitaste. Aceptar que tenías un pasado, un pasado aún muy presente, no lo he llevado del todo bien, pero... Rubén hizo una pausa larga – pero aceptar que no soy el padre de tu hija, es lo más duro que me ha pasado en la vida – confesó secándose con el dedo la primera lágrima de sus ojos.

María le miraba con mucha atención y muy sorprendida por la seguridad que mostraban las palabras de su marido, al admitir que no era el padre de la niña. Algo que ella estaba dispuesta a confesarle esa misma tarde.

- Lo siento mucho cariño, no te imaginas lo que me duele todo esto. Para mí eres el marido perfecto, el compañero que cualquier mujer pudiera desear tener, eres la mejor persona que he conocido en mi vida, y sin duda el padre más maravilloso que hubiera querido para Leyre – dijo María entre sollozos que la impidieron poder continuar.

- Semanas antes de que me dijeras que estabas embarazada, fui al especialista a hacerme unas pruebas, y me confirmaron mi sospecha. No puedo tener hijos, soy estéril – dijo Rubén con la voz quebrada.

- Aun así, me aferré a la esperanza de que esa niña fuera mía, traté de visualizarlo todos los días y sentí que haciéndolo, se convertiría en verdad; llegué a pensar que los resultados podrían haber sido un error, no lo quería aceptar – prosiguió Rubén.

- ¿Por qué no me dijiste nada? – preguntó María con asombro.

- ¿Y qué hubiera cambiado María?, no hubiera cambiado nada, no quise perjudicar tu estado de ánimo, quería que llevaras un buen embarazo, el bebé era lo más importante en esos momentos. Posiblemente si te lo hubiera dicho antes, quien sabe si estarías conmigo, tenía miedo a perderte.

María se acercó a él y le dio un abrazo muy fuerte. Ambos se quedaron abrazados durante unos minutos sin decir ni una sola palabra.

En ese instante, Leyre comenzó a llorar, como si sintiera que también formaba parte de esa conversación, y reclamaba sus mimos.

Rubén la cogió en brazos, y la acurrucó sobre su pecho, mientras le cogía las manitas con ternura.

- Perdóname Rubén, perdona todo el daño que te he causado, no te lo mereces – dijo María con arrepentimiento.

- Él forma parte de tu vida también, y sé que te ha hecho feliz, contra los sentimientos no se puede luchar, es absurdo. No quisiera estar en tu lugar, porque sé lo difícil que esto está siendo para ti, y créeme que por mi parte haré lo posible para no entorpecer tu decisión; sea lo que sea lo que decidas, será por tu felicidad y la de tu hija, lo aceptaré con dignidad por mucho que me duela – respondió Rubén con firmeza y valentía.
- Te quiero, te quiero muchísimo – contestó María emocionada.

Justo en ese momento, sonó el timbre de la puerta, y ambos se extrañaron ya que no esperaban ninguna visita.

María se asomó por la mirilla y al ver a Miguel, se le encogió el corazón.

Abrió la puerta muy nerviosa y no estaba segura de que fuera el mejor momento para aparecer en escena, pero decidió ser valiente y dejar que todo fluyera de la forma más natural.

- Hola, ¿cómo estás? – preguntó Miguel con mucha calma.
- Bien, ¿cómo has sabido esta dirección? – preguntó María con la cara algo desencajada.
- Se lo pregunté a Inma, y aunque la costó dármela, pudo entender mis motivos.
- Pasa, Rubén está en el salón – dijo María con cierta incomodidad.

Rubén se quedó perplejo al verle aparecer. La tensión se podía cortar en el ambiente. No se habían vuelto a ver desde el hospital.

- No entiendo, ¿qué haces aquí? – dijo Rubén con asombro mirando a María.
- Tampoco es fácil para mí esta situación, y creo que tú y yo deberíamos tener una conversación a solas – contestó Miguel, haciendo un gesto cómplice a María para que les dejara solos.

María, sin dar crédito a todo lo que estaba pasando, decidió coger a Leyre, la puso en el carrito y salió con ella a dar un paseo, tratando de asimilar esa escena, que jamás hubiera pensado que se podría producir, y mucho menos en su casa.

- Solo he venido para pedirte perdón porque sé que no debí interferir jamás en vuestra relación, a pesar de lo mucho que siento por María.

- Una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, es conocerla a ella. Me enamoré como nunca antes lo había hecho de ninguna otra mujer, y fui inmensamente feliz hasta que tuvimos el trágico accidente. No le deseo ni a mi peor enemigo, el sufrimiento que tuve tras su pérdida de memoria. Todo mi mundo se desmoronó, y no pude aceptar que la había perdido. Viví un infierno durante meses, y solo tenía un sueño, que se repitió día tras día: que ella volviera a tener recuerdos de nuevo – se sinceró Miguel.

Rubén le escuchaba atentamente, con los brazos apoyados en las piernas, valorando su gesto de sinceridad, aunque a la vez con cierto recelo al oír sus palabras.

- Para mí ella es lo más importante que tengo. Al igual que tú, me enamoré y jamás había sentido lo mismo por nadie. Cuando la conocí, me contó algo sobre el accidente, pero no recordaba lo suficiente; las secuelas, sin duda la hacían vivir muy ajena a todo su pasado. Más tarde, y tras sus primeros recuerdos, apareciste tú y ya pude encajar todas las piezas del puzle – continuo Rubén.

- Hoy me he dado cuenta de cómo os miráis y he entendido perfectamente que el amor tiene varias caras, pero solo vibra con una – terminó Rubén con desazón.

Miguel se quedó callado, consciente de que ese hombre que tenía enfrente, estaba sufriendo tanto o más que él.

- Sea lo que sea, lo que ella decida, estoy convencido que será por el bien de Leyre, y para mí es lo más importante. Ahora tengo una gran responsabilidad, quiero estar a la altura de las circunstancias y poder disfrutar de cada minuto de vida de mi hija – dijo Miguel con decisión.

Rubén sintió una punzada en el pecho, al oír estas palabras, su ego había quedado muy tocado, y no era fácil remontarlo.

- Lo entiendo. Creo que esta conversación ha terminado aquí – respondió Rubén con orgullo.

Estaba empezando a incomodarse bastante y no veía sentido seguir hablando; al fin y al cabo, ninguno de ellos podía tomar la decisión por María, y además se sentía en desventaja, hecho que le hizo enfadarse. Evidentemente no quería ser su amigo, y aunque tenía un carácter conciliador, en ese momento, ya sobraba la diplomacia para él.

Miguel se levantó y le extendió la mano, pero Rubén no hizo ademán de saludarle, y se quedó impasible sentado en el sofá, estaba muy dolido.

María paseaba a Leyre, pero estaba ausente, nerviosa, y con una incertidumbre tremenda, imaginándose a los dos hombres de su vida, juntos, en su casa, contándose a saber qué. Tenía miedo, confusión y esto la presionaba más a tener que acelerar su decisión; algo que debía hacer cuanto antes, pues la situación de los tres no podía continuar así.

Se sentó en un banco, y mientras acunaba a su hija, observó a una familia que estaba sentada en el césped. Se les veía felices y le llamó la atención las miradas de complicidad de los padres, mientras ayudaban a su hija pequeña a dar sus primeros pasos.

La pequeña llevaba un globo en la mano, y al darse la vuelta, María pudo ver la sonrisa que había dibujado su madre en el globo, antes de atárselo a la muñeca. La niña observaba el dibujo y se reía paseando su globo, tan contenta.

Sus lágrimas comenzaron a brotar, y se quedó pensativa mirando hacia el globo.

Miró el reloj, y vio que había pasado ya una hora. Sacó un pañuelo, secó sus lágrimas y cogió a su hija en brazos. La puso de pie en sus piernas, y la miró fijamente. Sus ojos verdes la transmitieron tanta inocencia y tanta ternura, que la besó en la frente, con mucho amor, y la dedicó las palabras más sinceras que su corazón la dictó.

- Te quiero vida mía, espero que algún día me perdones, si he elegido la decisión equivocada.

Volvió a casa, con un cúmulo de sensaciones que le pasaban todas juntas como una película, en cámara rápida: nostalgia, recuerdos, sueños, sonrisas, ilusión, viajes, canciones, besos, caricias, abrazos, amor, mucho amor.

Vio a lo lejos, como Miguel salía del portal, y se dirigía hacia su coche, con gesto muy serio. Tuvo el impulso de adelantar el paso, y alcanzarle, pero decidió no hacerlo.

Cuando entró en casa, vio a Rubén sentado en la terraza, con la mirada perdida en un punto, sin reaccionar, al oír que ella había llegado. En la puerta, había una bolsa de deporte bastante llena.

Dejó a Leyre sentada en la hamaca, mientras la preparaba el biberón. Se lo dio sin dejar de observar con mucha pena a Rubén, que permanecía sentado completamente inmóvil y sin articular palabra.

De repente, vio una carta doblada en la mesa del salón, con una nota pegada: “Por favor, no la abras hasta que me haya ido”.

Rubén se levantó, se cruzó con María, sin apenas aguantarla la mirada, y se

acercó a Leyre, la dio un beso muy tierno en la frente. Cogió las llaves, la cartera, la bolsa de deporte y salió de casa.

María estaba triste, todo estaba resultando más doloroso de lo que había imaginado. Sin aguantar ni un segundo más, abrió la carta y comenzó a leer:

- *Jamás hubiera deseado que llegara tan pronto este día, pero llegó. En todas las batallas siempre hay un perdedor, y en esta asumo la derrota con dignidad. Deseo tu felicidad por encima de todo, y confío en tu decisión. Gracias por estos años tan maravillosos en los que me has hecho el hombre más feliz del mundo, y te pido por favor que le hables a Leyre de mí, recuérdala lo mucho que la he querido, aunque supe desde el principio, que no era mía. Te amaré siempre. Rubén.*

El llanto de María de debió oír a bastantes metros de distancia; lloraba sin consuelo, y con impotencia por haber dejado ir a un hombre tan bueno, y tan importante para ella.

Pero no podía engañar a su corazón. Miguel era el hombre con el que había compartido los momentos más felices, era el que le hacía vibrar, el que creía en ella más que ella misma, el que le había dado el mayor tesoro de su vida, su hija.

Le llamó por teléfono, y Miguel no tardó ni un segundo en cogerlo.

- Dime cariño – contestó él con inquietud.

- Me siento feliz y me siento triste, sé que he hecho bien, y la vez me siento mal, pero en esta difícil batalla del querer y el deber, el corazón ha sido más fuerte. Te quiero y te doy las gracias por haberme regalado la mejor sonrisa que podría tener jamás, la de nuestra hija. Pase lo que pase, quiero compartir esta nueva etapa contigo, y no deseo nada más, que ser feliz a tu lado – se sinceró María.

Miguel se quedó unos segundos en silencio, y le respondió con mucha firmeza.

- El sufrimiento para mí ya quedó atrás y quiero recuperar el tiempo perdido. No importa lo que el destino nos pueda deparar, si estamos juntos, lo demás no importa. Alguien me dijo una vez, que si finalmente tú eras para mí, lo serías, que no lo dudara; créeme que nunca lo hice... Te amo princesa, gracias a ti por no olvidarme.

FIN

A ti, que has llegado al final de esta historia, dedicándome tu tiempo, te doy las GRACIAS de corazón, y te regalo mi más sincera sonrisa.

Personas como tú, hacen posible que crear historias y poder compartirlas, sea el mejor premio que podemos recibir.